

Cuito Cuanavale

Viaje al centro de los héroes



Casa Editorial Verde Olivo

César Gómez Chacón

Edición: *Olivia Diago Izquierdo*
Corrección: *Mirta Suárez Solé*
Diseño de cubierta e interior: *Albert Zayas Alarcón*
Realización de cubierta: *Albert Zayas Alarcón*
Realización: *Idis Manals Casañas*
Digitalización de imágenes: *Miguel Ángel Castillo*
Fotos: *Leonel Gil, Carlos Cánovas, Juan Luis Aguilera*
y *Archivo Verde Olivo*
Conversión a ebook: *Grupo Creativo RUTH Casa Editorial*

© César Gómez Chacón, 1989
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2024

ISBN: 978-959-224-749-9
(Segunda edición corregida y ampliada)

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10693
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu
www.verdeolivo.co.cu

ÍNDICE

Prólogo / 6

Preámbulo / 17

1

LAS ALAS DE LA VICTORIA / 21

2

EN EL CENTRO DE LOS HÉROES / 63

3

MISIÓN EN TERRITORIO PROHIBIDO / 163

EPÍLOGO / 199

ANEXOS / 216

Datos de autor / 220

*A Tony, Marquitos y Eduardito, corresponsales de guerra;
hermanos caídos en el cumplimiento del deber,
quienes también hicieron el VIAJE
y habrían podido escribir este libro.*

*“A partir de ahora, la historia de África tendrá
que escribirse antes y después de Cuito Cuanavale”.*

COMANDANTE EN JEFE FIDEL CASTRO RUZ
La Habana, 31-5-1988

*“En Cuito Cuanavale brilló con toda su intensidad
la estrella del internacionalismo”.*

PRESIDENTE JOSÉ EDUARDO DOS SANTOS
Luanda, 10-1-1989

*“Cuito Cuanavale fue el viraje para la lucha de liberación
de mi continente y de mi pueblo del flagelo del apartheid”.*

NELSON MANDELA
Matanzas, 26-7-1991

PRÓLOGO

Todavía están hoy muy claros en mi memoria el campo de batalla en Cuito Cuanavale y todo el movimiento que entonces iniciaba y concluiría con el exitoso avance de nuestras tropas por el frente sudoccidental de Angola. Recuerdo también, con orgullo, la mirada extraviada de sudafricanos y norteamericanos y la frente en alto, la serenidad y la modestia de nuestros generales, los vencedores de Cuito Cuanavale y de la guerra en Angola, mientras la televisión trasmitía el histórico momento cuando fueron firmados los Acuerdos de Paz en Nueva York, aquel 22 de diciembre de 1988.

Sin embargo, dos décadas después, es obvio que aquella historia no ha sido bien escrita aún por nuestra parte. A lo largo de todo este tiempo, sudafricanos, norteamericanos y otros dudosos historiadores y analistas de todo tipo, salvo honrosas excepciones, se han encargado de minimizar e incluso ignorar la contundente victoria angolano-cubana en Cuito Cuanavale, que constituyó, como afirmó Nelson Mandela, el viraje en la lucha de liberación del continente africano contra el flagelo del apartheid.

El recuerdo de los tanques sudafricanos abandonados, todavía humeantes ante nuestras trincheras, es una imagen imborrable y suficientemente reveladora de quién venció a quién en Cuito Cuanavale, aquel 23 de marzo de 1988, cuando por última vez los racistas intentaron tomar el poblado.

Semanas más tarde, el 27 de junio, entre las ruinas de la represa de Calueque, los propios soldados de Pretoria se encargaron de escribir, en las piedras calcinadas por el fuego de nuestra aviación, aquella frase históricamente lapidaria: “MIK 23 ak van die kart” (Los Mig-23 nos partieron el corazón). Fue el epílogo de la derrota, el fin de su aventura militar de quince años en suelo angolano.

¿Acaso no sucedió todo aquello? En el discurso pronunciado en el acto conmemorativo por el trigésimo aniversario de la Misión Militar Cubana en Angola, el 2 de diciembre de 2005, el Comandante en Jefe Fidel Castro explica lo ocurrido hasta hoy:

“Aquella extraordinaria epopeya nunca ha sido narrada cabalmente [...] El imperialismo yanqui realiza un extraordinario esfuerzo para que el nombre de Cuba no aparezca siquiera en los eventos conmemorativos. Para colmo, pretende reescribir la historia: Cuba al parecer nunca tuvo absolutamente nada que ver con la independencia de Angola, la independencia de Namibia y la derrota de las hasta entonces invencibles fuerzas del ejército del apartheid; Cuba ni siquiera existe, todo fue obra de la casualidad y la imaginación de los pueblos.

“[...] Esto constituye un insulto a los pueblos de Angola, Namibia y Sudáfrica, que tanto lucharon, y una grosera injusticia contra Cuba, el único país no africano que combatió y derramó su sangre por África y contra el oprobioso régimen del apartheid.

“[...] Las ridículas pretensiones yanquis de ignorar el honroso papel de Cuba indignan a los pueblos africanos. Ello se debe, en parte, a que nunca se escribió la historia de todo lo ocurrido.

“Prestigiosos investigadores se esmeran en buscar información. Cuba, por su parte, que nunca ha querido escribir y se resiste a hablar de lo que hizo con tanto desinterés y espíritu solidario, está dispuesta a prestar su modesta cooperación, abriendo progresivamente sus archivos y documentos a escritores serios y prestigiosos que deseen narrar la verdadera e irrefutable historia de aquellos acontecimientos”.

Coincido con el Comandante. Una de esas honrosas excepciones, que aprovechó con seriedad y profesionalismo el camino a la investigación abierto por Cuba, y acotejó cada entrevista e información recibida aquí, con documentos y otras fuentes angolanas, namibias, norteamericanas y sudafricanas, es el prestigioso profesor estadounidense, de origen italiano, Piero Gleijeses. Sus apuntes, ya varias veces publicados, pero todavía no suficientemente publicitados, hacen justicia a la historia. Extraigo unos fragmentos suyos, recientemente aparecidos en el periódico Granma:

“[...] Soldados cubanos reforzaron a Cuito Cuanavale y aviones cubanos ganaron la superioridad en los cielos de Cuito. Los jefes del Estado Mayor Conjunto de EE.UU. (JCS) señalaban que era ‘impactante’ cómo la fuerza aérea

sudafricana desapareció del área. El 23 de marzo los sudafricanos lanzaron el último asalto de mayor envergadura contra Cuito. ‘Desde el primer momento todo le salió mal a la SADF’, informaban los jefes militares norteamericanos. En palabras del coronel sudafricano Jan Breytenbach, el asalto ‘fue frenado abrupta y definitivamente’ por los defensores. Los jefes del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos advirtieron: ‘la guerra en Angola ha dado un viraje dramático y, para las SADF, muy poco deseable’.

“La estrategia cubana era salvar a Cuito y luego atacar en otra dirección [...] A mediados de marzo, poderosas columnas cubanas empezaron a avanzar en el suroeste de Angola hacia la frontera de Namibia. Las acompañaban tropas angolanas y 2 000 guerrilleros de la SWAPO. Los sudafricanos retrocedieron porque –explicaban los servicios de inteligencia de Estados Unidos– estaban impresionados por la rapidez y la fuerza del avance cubano y porque consideraban que un combate de mayor envergadura ‘hubiera acarreado grandes riesgos’. El 26 de mayo el jefe de las SADF anunciaba que ‘fuerzas cubanas y de la SWAPO fuertemente armadas... han avanzado hacia el sur a unos 60 kilómetros de la frontera’ y que MIG-23 cubanos estaban volando sobre Namibia. El 8 de junio advertía que los cubanos habían llegado a 20 kilómetros de la frontera. ‘El avance cubano y el crecimiento de sus fuerzas han cambiado el statu quo de manera decisiva, con serias implicaciones militares y políticas’. Asimismo, la CIA señalaba que Cuba había logrado la superioridad aérea en el sur de Angola y el norte de Namibia.

“[...] El 24 de junio, en El Cairo, el subsecretario adjunto de defensa de EE.UU. James Wood, le explicó al canciller sudafricano Pik Botha y a los altos jefes de la SADF que el ‘avance cubano hacia el sur... había sido objeto de mucha atención por parte de los servicios de inteligencia de EE.UU. Un hecho clave era que Fidel Castro estaba personal y profundamente involucrado. Era él quien estaba tomando todas las decisiones importantes y por ende era necesario leerle el pensamiento a Castro, algo que era muy difícil aún en las mejores circunstancias’ [...]”.

El profesor Gleijeses, los dirigentes políticos y militares sudafricanos y norteamericanos y hasta la CIA, no dejan

lugar a dudas de quiénes fueron los vencedores y quiénes los derrotados en Cuito y en Angola.

El papel desempeñado por el Comandante en Jefe Fidel Castro en la dirección de las tropas cubanas, no solo en Cuito Cuanavale, sino desde el mismo inicio de nuestra presencia en Angola, en 1975, hasta el día de la retirada del último de los combatientes de Cuba del suelo africano, en 1989, fue determinante.

Durante todos los meses que duró la defensa de Cuito, y el posterior avance de nuestras columnas por el frente sudoccidental, se mantuvo diaria la comunicación entre el Estado Mayor en Cuba, dirigido por él y por el general de ejército Raúl Castro, con nuestra jefatura en Angola. Ello obligaba a nuestros jefes en el frente a estudiar una y otra vez, y a informar con lujo de detalles cada movimiento en el terreno, tanto del enemigo como nuestro. Toda decisión importante era consultada y aprobada por La Habana.

La experiencia político-militar y la visión estratégica de Fidel y Raúl, sus evaluaciones de la situación en el frente, sus críticas y decisiones en el momento oportuno, fueron decisivas en los combates de Cuito y propiciaron, con el menor costo humano y material, el éxito definitivo de nuestras tropas en el sudeste angolano.

La fe en la victoria que Fidel transmitía en cada una de sus cartas y mensajes llegaban hasta el último de nuestros soldados. Todos sentíamos seguridad al sabernos dirigidos por aquellos mismos comandantes que nos llevaron al triunfo en la Sierra Maestra, en Girón y en muchas otras batallas dentro y fuera de Cuba.

Prefiero entonces que sea el propio Fidel quien cuente su versión de los hechos. A lo largo de estos veinte años, él se ha referido a ellos en algunas de sus intervenciones. Para su mejor comprensión, extraigo y empalmo fragmentos de dos de ellas: la ya mencionada del 2 de diciembre de 2005, y el discurso pronunciado en el Mandela Park, de Kingston, Jamaica, el 30 de julio de 1998.

Se trata de una parte importante de esa historia sin escribirse, narrada por aquel que, a la larga, resultó el comandante invicto de la batalla por Cuito Cuanavale, y de la guerra por la defensa de la integridad de Angola.

“Como es conocido, a finales de 1987 se produjo la última gran invasión sudafricana a suelo angolano, en circunstancias que ponían en peligro la propia estabilidad de esa nación.

”[...] Nosotros sosteníamos una teoría, frente a determinados consejeros [...] que estaban allá en el Estado Mayor y aconsejaban ofensivas hacia lugares lejanos, en el sudeste de Angola [...] distantes de toda fuente de suministros, en terrenos arenosos, de modo tal que cuando las tropas angolanas avanzaban largo trecho en aquella dirección, agotando combustible y suministro, desgastando sus fuerzas y equipos, intervenían los sudafricanos con sus tanques, sus aviones, su artillería de largo alcance y derrotaban unidades angolanas en operaciones militares absurdas, mal aconsejadas y asesoradas, a las que nosotros nos oponíamos categóricamente y en las cuales no participábamos.

”Por la fecha mencionada Sudáfrica y Estados Unidos lanzaron el último y más amenazador golpe contra una fuerte agrupación de tropas angolanas que avanzaba por terrenos arenosos en dirección a Jamba, en el límite suroccidental de la frontera de Angola, donde se suponía radicaba el puesto de mando de Savimbi [...]

”Los asesores [...] eran asesores soviéticos y creían que estaban librando la batalla de Berlín, con Zhukov al frente, que contaba con miles de tanques, con 40 000 cañones. Una mentalidad académica, formada en el más puro estilo de guerra convencional. No entendían ni podían entender los problemas del Tercer Mundo, el escenario de la lucha y el tipo de guerra que debe librarse en ese escenario. Cuando se ganó la guerra en 1976, expulsándose al ejército sudafricano de Angola, como la victoria tiene muchos padres, entonces nuestros amigos soviéticos se interesaron por la cuestión, decidieron apoyar generosamente a los angolanos y les suministraron las armas para sus fuerzas armadas en formación.

”Desde luego, nosotros podíamos disponer de las armas que empleaba nuestro ejército y no teníamos posibilidad alguna de suministrar las que necesitaba el ejército angolano, que eran muchas. Acordamos que fuesen ellos los que asesoraran el Estado Mayor angolano. Nosotros formábamos combatientes en las escuelas, formábamos

oficiales y defendíamos, con nuestras tropas ya reducidas a menos de 20 000 hombres, la extensa frontera del sur contra cualquier ataque en profundidad de Sudáfrica. Pero quien asesora estados mayores y suministra las armas de un ejército adquiere mucha influencia [...]

"No obstante, siempre prevaleció entre militares cubanos y soviéticos un gran respeto y profundos sentimientos de solidaridad y comprensión [...]"

"Nosotros les decíamos a los soviéticos: 'Si quieren aconsejarles a los angolanos esas ofensivas, hay que prohibirle a Sudáfrica intervenir', sencillamente, y se lo dijimos una y otra vez durante tres, cuatro o cinco años, hasta que en un momento dado se desata una grave crisis militar."

"En esa ocasión, el ejército sudafricano no se conforma con atacar para destruir aquellas columnas en ofensiva asesoradas por los soviéticos [...] El enemigo, sumamente envalentonado, avanzaba después en profundidad hacia Cuito Cuanavale, antigua base aérea de la OTAN, y se preparaba para asestar un golpe mortal contra Angola [...] Contaba en el interior del país con el apoyo de las bandas que se habían organizado durante más de doce años y se creaba una situación muy compleja [...]"

"Desesperadas llamadas de apoyo a la Agrupación de Tropas Cubanas se producían por parte del gobierno angolano ante el desastre creado, sin duda el mayor de todos en una operación militar en la que, como otras veces, no teníamos responsabilidad alguna."

"Fue en ese momento que tuvimos que tomar la decisión más difícil, jugarnos prácticamente la vida de la Revolución [...] En un esfuerzo titánico, pese al serio peligro de agresión militar que también se cernía sobre nosotros, la alta dirección política y militar de Cuba decidió reunir a las fuerzas necesarias para asestar un golpe definitivo a las fuerzas sudafricanas [...] Calculamos qué hacía falta para prohibirles a los sudafricanos intervenir y derrotarlos definitivamente."

"Se toma la decisión de enviar desde Cuba todas las fuerzas y equipos necesarios para ello. Fue cuando se produce la famosa batalla de Cuito Cuanavale [...]"

"Nuestra patria repitió de nuevo la proeza de 1975. Un río de unidades y medios de combate cruzó rápidamente

el Atlántico y desembarcó en la costa sur de Angola para atacar por el suroeste en dirección a Namibia mientras, 800 kilómetros hacia el este, unidades selectas avanzaron hacia Cuito Cuanavale y allí, en unión de las fuerzas angolanas que se replegaban, prepararon una trampa mortal a las poderosas fuerzas sudafricanas que avanzaban hacia aquella gran base aérea [...]

"En aquel lejano punto, distante de las bases de abastecimiento y de las posiciones defendidas por nuestras fuerzas situadas muy al oeste, tropas cubanas enviadas de refuerzo por aire y por tierra entran en acción junto a las tropas angolanas que en difícil y desigual lucha, ofreciendo desesperada resistencia, venían replegándose [...] Había que ganar un mínimo de tiempo mientras arribaban desde Cuba los equipos y las armas para organizar el golpe principal desde el suroeste de Angola en dirección a Namibia.

"Habíamos analizado cuántos cañones hacían falta, cuántos tanques, cuántos combatientes, armas, sobre todo armas antiaéreas, incluidos grupos completos de cohetes tierra-aire, aviones de combate. Realmente, muchas de las mejores armas que teníamos en nuestro país para defendernos de cualquier ataque las enviamos para Angola, las enviamos en nuestros barcos, en nuestra flota mercante, que por esos días se dedicó a transportar armas y tropas. La cifra total de combatientes cubanos en Angola ascendió a 55 000 hombres en aquellos meses críticos. La isla quedaría defendida por el pueblo y el resto de las armas y unidades disponibles. Contaba todavía con millones de hombres y mujeres dispuestos a combatir. Pero las fuerzas internacionales en Angola no estarían expuestas a la derrota ni el país sería ocupado por Sudáfrica.

"Nuestros vecinos vigilaban desde los satélites; nosotros teníamos que mover las unidades de noche, llevarlas a los puertos y embarcarlas rumbo a Angola, hacia un país situado a mayor distancia de la que existe entre Cuba y Moscú: 14 horas de viaje en avión para llegar a Luanda y, por lo menos, 15 horas en avión para llegar desde La Habana hasta el sur de Angola. Pero se reunieron todos los hombres, se les hizo la trampa de Cuito Cuanavale, se estrellaron las fuerzas racistas contra aquellas defensas

angolanas y cubanas, mientras que con el puño derecho –usando una imagen boxística–, con el jab, los manteníamos a distancia y con el gancho de derecha amenazábamos con aniquilarlos [...]

”De este modo, mientras en Cuito Cuanavale las tropas sudafricanas eran desangradas, por el suroeste 40 000 soldados cubanos y 30000 angolanos, apoyados aproximadamente por 600 tanques, cientos de piezas de artillería, 1 000 armas antiaéreas, y las audaces unidades de Mig-23 que se apoderaron del dominio aéreo, avanzaban hacia la frontera de Namibia, dispuestas a barrer literalmente a las fuerzas sudafricanas que se acuartelaban en aquella dirección principal.

”Avanzaban las tropas. Nuestros amigos de la URSS y otros países socialistas no nos quisieron suministrar los tanques auxiliares para los Mig-23. Hubo que construir en cuestión de semanas un aeropuerto militar cerca de la frontera de Namibia para aumentar el alcance de los aviones y hacernos dueños del aire, gracias a la pericia de nuestros pilotos que volaban a ras de tierra. En esas condiciones nos apoderamos del agua, tomamos las presas, que estaban en la frontera de Angola y de Namibia, de las cuales tenía que abastecerse el enemigo. Unos breves combates y un golpe aéreo limitado fueron suficientes. El ejército del apartheid no aceptó el reto.

”Nos alegramos, una gran batalla podía haber costado miles de bajas [...]

Un detalle, un detalle importante que estaría todavía por investigar a fondo [...] Sudáfrica contaba entonces con siete armas atómicas. Nosotros lo sospechábamos; no teníamos la seguridad, pero adoptamos las medidas pertinentes. Las tropas avanzaban de noche, con gran cúmulo de armas antiaéreas, abrían refugios subterráneos en las arenosas tierras del suroeste de Angola y se atrincheraban sólidamente. Avanzaban en grupos tácticos no mayores de 1 000 hombres, fuertemente equipados con diversos tipos de armas, en distintas direcciones, a la distancia conveniente, siempre previendo el empleo por el enemigo del arma nuclear. Hace poco tiempo, ya desaparecido el régimen del apartheid, los militares sudafricanos confesaron que en

aquel momento disponían de siete armas nucleares, suponemos que aproximadamente de la capacidad destructiva de las bombas de Hiroshima y Nagasaki.

”¿Qué quiere decir esto? Que, a pesar de sus armas nucleares, el apartheid fue derrotado; y esto fue realmente el fruto de la combinación de la lucha del pueblo heroico de Sudáfrica, del espíritu que le inculcó Mandela, del apoyo de la opinión pública mundial y en no poca medida la acción noble y abnegada de los angolanos y cubanos, que hoy Occidente, tantas veces complaciente con el apartheid, no quisiera siquiera recordar.

”Nosotros habíamos sacado una conclusión: si usan las armas nucleares contra las tropas angolanas y cubanas, si es que sus aviones lograban pasar, si es que podían alcanzar con cierta precisión algunos objetivos, al no existir grandes concentraciones de tropas, y a partir de todas las medidas tomadas y la elevada moral de los hombres, el daño se habría reducido considerablemente. ¿Y qué iba a hacer después el apartheid con sus armas nucleares? ¿Utilizarlas contra el pueblo africano en Sudáfrica? ¡Ni siquiera con esas armas pudo sostenerse el apartheid! [...]

”Las contundentes victorias en Cuito Cuanavale y, sobre todo el avance fulminante de la potente agrupación de tropas cubanas en el suroeste de Angola, pusieron punto final a la agresión militar extranjera [...]

”Fue tal el respeto que inspiraron con su acción resuelta y heroica los combatientes angolanos, namibios y cubanos, que entonces se iniciaron las negociaciones de paz [...]

”El enemigo tuvo que tragarse su habitual prepotencia y sentarse a la mesa de conversaciones. Las negociaciones culminaron con los Acuerdos de Paz para el Suroeste de África, firmados por Sudáfrica, Angola y Cuba en la sede de la ONU en diciembre de 1988 [...] en virtud de lo cual se aplicó la Resolución 435 de las Naciones Unidas, que reconocía la independencia a Namibia, y el ejército del apartheid sufría un golpe político, militar y moral demoledor [...]”

Poco más tendría que agregarse, que no sea la exhortación a continuar los esfuerzos por que siga saliendo a la luz la verdad acerca del significado de la batalla por la defensa de Cuito Cuanavale y la contribución cubana a la salvaguarda

de la integridad de Angola, a la independencia de Namibia y al fin del apartheid.

A ese objetivo se suma ahora el esfuerzo de la Casa Editorial Verde Olivo por la reedición de Cuito Cuanavale: Viaje al centro de los héroes, escrito también veinte años atrás, al calor de los acontecimientos en el frente.

Recuerdo también, a los autores de estas páginas: fusil al hombro, agenda, cámara y grabadora en mano, a veces con la cantimplora vacía, otras con un pedazo de pan en el bolsillo (su almuerzo), yendo felices de trinchera en trinchera, no importaba si bajo los bombardeos enemigos, en busca de los héroes y sus historias.

Se trata, por eso mismo, de un testimonio valioso, porque está escrito y fotografiado desde abajo, desde el soldado, el piloto, el oficial, el jefe en el campo de batalla. Como diría uno de los protagonistas del libro y del triunfo en Cuito: el lector escuchará y verá con sus propios ojos a esos combatientes que van “en la punta de cada flecha trazada en los mapas militares”. En esto radica su mayor importancia.

Reeditarlo hoy es un merecido homenaje a todos los angolanos y cubanos que, en las trincheras de Cuito Cuanavale, en Menongue o en cualquier otro lugar de la hermosa geografía angolana, contribuyeron con su sudor y su sangre a forjar aquella victoria indiscutible.

Es también un acto de justicia muy especial hacia quienes nacieron durante y después de aquellos años y no conocen bien estos hechos, es bueno que lo sepan hoy: muchos de esos heroicos hombres y mujeres que defendieron Cuito y Angola, son sus padres.

CARLOS E. VALDÉS DE LA CONCEPCIÓN



Dos tremendas explosiones levantaron sendas columnas de humo blanco muy cerca de las torres de agua. “Son los cañones sudafricanos; es la guerra, periodista”, me explicó enseguida un joven soldado cubano, mientras dibujaba dos nuevas rayitas en su libreta de observador. Subido en lo alto de aquel árbol, rayé como pude en mi agenda de trabajo:

Cuito Cuanavale, 31 de marzo de 1988.

La guerra.

PREÁMBULO

Para mí todo había comenzado trece días antes. El 18 de marzo, de la revista *Verde Olivo* me enviaron a reportar la primera reunión de oficiales de mando de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, que se iniciaba esa mañana en el teatro de la academia de las FAR.

Como de costumbre, la prensa tenía reservadas las primeras filas a la izquierda de la sala. Allí me detuve a conversar con un grupo de colegas.

Faltaban pocos minutos para el inicio de la reunión, cuando una ola de silencio, seguida por otra de murmullos, descendió desde el fondo de la platea. Todas las miradas hicieron blanco en cuatro desconocidos que se habían atrevido a romper la armonía de uniformes de diario, con sus atuendos de campaña poco comunes.

En la esquina de los periodistas las especulaciones no se hicieron esperar: “Son nicaragüenses”, dijo alguien a mi lado. “No, de la brigada fronteriza”, apuntó otro. Los acordes del Himno Nacional interrumpieron el juego a las adivinanzas.

Después, no hubo tiempo para nuevos comentarios hasta el primer receso. Íbamos a levantarnos de los asientos cuando trajeron el periódico *Granma*, aún con la tinta fresca. En primera plana, ocupando casi un cuarto de la página, había un comunicado del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Jamás olvidaré su comienzo: “Se ha producido un cambio sustancial en la situación de Angola [...]”.

Leí con avidez aquel parte de guerra. Algo grande había sucedido. En el comunicado se hablaba de “[...] amplio empleo de infantería, tanques, artillería pesada de largo alcance y aviación [...]” por parte de Sudáfrica, y del envío de “[...] un grupo de nuestros más experimentados pilotos [...] unidades cubanas de infantería mecanizada, tanques y artillería [...] para reforzar a los heroicos combatientes de las Fuerzas

Armadas Populares de Liberación de Angola (FAPLA) que, con la colaboración de un limitado número de asesores y especialistas cubanos, defendían la posición”. En aquellas líneas se repetía catorce veces el nombre de un poblado del sudeste angolano desconocido hasta ese momento, Cuito Cuanavale había entrado en la historia de Angola, Cuba, África y del mundo.

Un rato después supimos la identidad de los cuatro combatientes vestidos con uniforme de camuflaje de las FAPLA. Fue el general de ejército Raúl Castro quien, al hacer las conclusiones de la reunión, los presentó oficialmente: “Cuito Cuanavale nos envió a sus heroicos representantes”, dijo con orgullo el ministro de las FAR.

Qué lejos estaba yo de imaginar que luego de trece días, trepado en la copa de un árbol, enmudecería ante la vista del letrero pintado con grandes letras negras, en lo alto de una de las dos torres de agua de aquel poblado fantasma. Era el mismo nombre que había leído catorce veces en el parte de guerra del Minfar: CUITO CUANAVALÉ.

Cayeron entonces aquellos dos cañonazos... “La guerra, periodista...”

En esta ocasión, estuve solamente tres días en Cuito. Mandé a la redacción decenas de trabajos de urgencia, todos escritos desde las primeras trincheras de combate. También reporté desde Menongue, ciudad situada a doscientos kilómetros del frente, a la sazón base de operaciones principal de nuestra aviación de combate.

“¿Por qué no escribes un libro?”, me preguntó inesperadamente la colega y amiga Sahily Tabares, entusiasmada por la lectura de mis reportes; pero mucho más fascinada por los recuerdos de la guerra, que yo no paraba de contar a mi regreso a La Habana.

Con el bichito en el cuerpo y sin muchas esperanzas, me fui a ver al general de división Rogelio Acevedo, entonces jefe de la Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

“¿Y qué necesitas para eso?”, me preguntó. “Regresar a Angola”, le respondí sin titubeos. “Hazme llegar tu propuesta”, dijo con una sonrisa cómplice, mientras ponía su mano en mi hombro. A él agradezco, veinte años después, la posibilidad de haber hecho el viaje imprescindible, que dio como resultado este libro.

Un mes más tarde aterricé nuevamente en el aeropuerto de Luanda, como parte de un grupo de corresponsales de la prensa nacional, enviados a cubrir los últimos acontecimientos, tanto en Cuito como en el frente sudoccidental del país, donde unidades angolano-cubanas operaban victoriosamente.

Los cientos de testimonios obtenidos en ambos viajes, algunos publicados en el periódico *Bastión* y en la revista *Verde Olivo*, sumados a las experiencias inolvidables, vividas durante varias semanas en el escenario de los hechos, son la base del libro de testimonio que vio la luz en 1989, y se agotó en pocos días.

Para esta segunda edición he tenido en cuenta algunas correcciones, la adición de croquis y de reflexiones imprescindibles luego de dos décadas. Agradezco también ahora, como entonces no lo hice, a los dos fotógrafos que me acompañaron: Leonel Gil y Carlos Cánovas. La mayoría de las fotos de este libro fueron tomadas por ellos en el momento y lugar de los hechos.

En mis “palabras al lector” que encabezan la primera edición, aclaré que *Cuito Cuanavale: Viaje al centro de los héroes* no pretendía —ni podía— abarcar todos los acontecimientos desde finales de 1987 hasta la segunda mitad de 1988, cuando poco a poco fueron cesando las inútiles acciones racistas contra el poblado y sus alrededores, y los sudafricanos, convencidos de su derrota, se retiraron por completo.

Tampoco están presentes en el libro todos los protagonistas de las acciones, ni la totalidad de las especialidades militares que, de una forma u otra, contribuyeron a la gran victoria, lo cual de ninguna manera tiene que ver con que se minimice el papel jugado por cada uno, sino porque escribí solamente sobre

lo que vi o me contaron mis entrevistados, aquellos que fui encontrando por el camino.

Afirmé entonces, y lo confirmo veinte años después, que la historia de Cuito Cuanavale y de la heroica misión de nuestros aguerridos combatientes, durante casi quince años en la hermana República Popular de Angola, está aún por escribirse.

Agradezco sinceramente al Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y a mi querida Editorial Verde Olivo, la posibilidad de reeditar este libro. Minutos antes de salir para Angola, en marzo de 1988, besé la frente de mi hijo dormido. Este 2008, él también celebra sus veinte años. Una nueva generación podrá hacer ahora el viaje al centro de los héroes y aquilatar, en su modestia y altruismo, tan bello capítulo de la hermandad entre los pueblos de Cuba y del África Austral.

Siga siendo este mi más sincero homenaje a todos aquellos que alguna vez vistieron el glorioso uniforme del internacionalismo y, en especial, a todos los que murieron con él.

EL AUTOR



LAS ALAS DE LA VICTORIA

Comunicado del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

Se ha producido un cambio sustancial en la situación de Angola. Desde hace tres meses y medio Sudáfrica, empleando infantería de la organización contrarrevolucionaria UNITA [Unión Nacional para la Independencia Total de Angola] tropas de las llamadas Fuerzas Territoriales de Namibia y unidades regulares de su propio ejército, trata inútilmente de ocupar el poblado de Cuito Cuanavale, situado al oeste del río de ese mismo nombre en la región sudeste de Angola. A su vez Cuito Cuanavale se encuentra a 200 kilómetros al sureste de la ciudad de Menongue, situada en el extremo izquierdo de las líneas defendidas por las tropas cubanas en el sur de Angola. Hasta Cuito Cuanavale, que posee un aeropuerto, se replegaron en el mes de noviembre un grupo de brigadas angolanas ante la gran escalada sudafricana que tuvo lugar en el mes de octubre para evitar una derrota de la UNITA en la región de Mavinga, a 150 kilómetros aproximadamente al sureste de Cuito Cuanavale.

Los sudafricanos intervinieron con amplio empleo de infantería, tanques, artillería pesada de largo alcance y aviación. Su objetivo final era aniquilar en Cuito Cuanavale la agrupación de tropas angolanas que había participado en la ofensiva hacia el sudeste contra la UNITA.

En Cuito Cuanavale no había asesores, ni unidades de combate, ni personal militar cubano alguno.

A solicitud del gobierno de Angola, desde los primeros días de diciembre fueron enviados por aire a Cuito Cuanavale asesores cubanos para las brigadas de infantería FAPLA, la artillería y los tanques, así como también algún personal especializado en artillería y tanques.

Casi simultáneamente, la fuerza aérea cubana en Angola fue reforzada con un grupo de nuestros más experimentados pilotos.

A mediados de enero, ante la persistencia de Sudáfrica en su propósito de ocupar Cuito Cuanavale, unidades cubanas de infantería mecanizada, tanques y artillería, fueron enviadas a ese punto para reforzar a los heroicos combatientes de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola que, con la colaboración de un limitado número de asesores y especialistas cubanos, defendían la posición.

Desde principios de diciembre hasta hoy 17 de marzo, todos los ataques enemigos se han estrellado contra la inconmovible resistencia angolano-cubana.

La artillería de grueso calibre y largo alcance sudafricana lanzó durante ese período sobre el área de Cuito Cuanavale, más de veinte mil proyectiles calibre 155 milímetros, sin que pudieran hacer ceder en lo más mínimo la tenaz resistencia de los defensores.

Cada intento de las tropas sudafricanas y sus aliados por ocupar Cuito Cuanavale ha sido, a su vez, recibido con un diluvio de fuego artillero y de golpes aéreos. La aviación cubano-angolana ha jugado un brillante y heroico papel en el curso de los combates. Los pilotos han realizado verdaderas proezas atacando sin cesar e implacablemente las columnas y agrupaciones enemigas.

Sus acciones han sido decisivas.

Sudáfrica simplemente se ha roto los dientes contra la férrea resistencia de Cuito Cuanavale, cuya captura había sido anunciada por el enemigo el 23 de enero, hace ya casi dos meses.

Los soldados angolanos se han comportado con admirable valentía. Sobre ellos, por constituir el grueso de las fuerzas defensoras, ha recaído el mayor peso en los combates.

Sus unidades han sufrido entre muertos y heridos algunos cientos de bajas. Las fuerzas cubanas, entre el 15 de diciembre en que llegó el primer personal a Cuito Cuanavale y el 17 de marzo, han tenido 39 bajas, entre muertos y heridos, cuyos familiares han sido oportunamente informados. Estas bajas se produjeron fundamentalmente durante los dos últimos meses.

El enemigo ha sufrido, según datos tomados de sus propias comunicaciones y estimaciones de los jefes angolanos y cubanos, entre muertos y heridos, cuantiosas bajas, entre ellas cientos de soldados de las llamadas Fuerzas del Territorio de Namibia y de las propias fuerzas blancas regulares de Sudáfrica. Desde hace dieciseis días no se ha producido ningún nuevo intento sudafricano por ocupar Cuito Cuanavale.

Los racistas de Sudáfrica han recibido una lección inolvidable. Al frenar en seco a las tropas del racismo y el *apartheid*, los heroicos combatientes angolanos y cubanos de Cuito Cuanavale se han convertido ya en un símbolo extraordinario de la dignidad de los pueblos de África y del mundo.

17 de marzo de 1988, 9 p.m.¹

1 Minfar: "Comunicado", periódico *Granma*, 18 de marzo de 1988.

En camino

El Il-76 de Aeroflot ruge en la cabecera de la pista, se encabrita como una fiera endemoniada. Alrededor de cincuenta hombres, entre cubanos y angolanos, compartimos la amplia cabina del avión de carga con cientos de sacos y cajas de alimentos y un camión Engesa de fabricación brasileña. La mayoría nos acomodamos en los largos bancos dispuestos a ambos lados del salón; el resto prefiere hacerlo sobre las cajas.

Por fin sueltan los frenos, y el gigante metálico se precipita en busca del otro extremo de la franja de asfalto, mientras pasajeros, camión y bultos luchamos en silencio contra la fuerza invisible que intenta sacarnos de nuestros respectivos lugares. Durante unos segundos, alcanzo a ver por la escotilla el Il-62 de Cubana que recién llegó del Caimán.

Miro el reloj: son las siete y veinte minutos de esta hermosa mañana angolana. Máximo de potencia. El despegue parece interminable. Por el momento tengo la impresión de que somos una carga demasiado pesada. Finalmente, el avión separa sus gomas del suelo; rechina con un brusco giro hacia la derecha y rompe el viento en dirección a las nubes. Allá abajo, Luanda, con todos sus contrastes, se hace cada vez más pequeña.

Después de la soberbia trepada, digna de un curso rápido para cosmonautas, la nave estabiliza su vuelo en posición horizontal.

El único miembro de la tripulación que viaja junto a la carga y los pasajeros, un soviético jovencito de pelo rubio, cuelga a un lado sus auriculares y, con la mayor naturalidad del mundo, abandona el tablero de mando que tiene al frente y se dispone a preparar el té para sus camaradas.

Aprovecho la calma espiritual que la hogareña tarea me proporciona para extraer mi agenda de la mochila y revisar una vez más los apuntes que he ido

haciendo desde aquella mañana cuando, por pura casualidad, recibí la misión de realizar este viaje.

Recuerdo que me encontraba yo escribiendo algo en la redacción. Sentí que abrieron la puerta y descubrí el rostro de urgencia y los ojos expresivos de Raisa, la secretaria de la editorial: “Llaman de la Dirección Política –me dijo–, y eres el único que está aquí”. Segundos después tomé el auricular en mis manos y escuché la voz conocida del coronel Alvariño, quien había sido mi primer director en Verde Olivo. Como urgido, me preguntó por el director..., el subdirector..., el jefe de redacción... y otros compañeros. Le dije que yo ni siquiera sabía que estaba prácticamente solo allí. “¿Tú has oído hablar de Cuito Cuanavale?”, lanzó de sopetón. “Sí”, le respondí enseguida, y le conté que yo había participado en aquella reunión con el ministro. Hizo varios segundos de silencio, como meditando o consultando con alguien, hasta que de pronto me disparó la orden: “Prepárate que te vas para Angola...”.

A cientos de metros de altura, repaso ahora mis apuntes: Menongue, situada a más de ochocientos kilómetros de Luanda y a doscientos de Cuito Cuanavale, es la próxima ciudad y obligada escala. En ella radica el aeródromo militar, desde donde parten las naves de guerra hacia el campo de batalla; por eso es considerada una de las primeras y más heroicas trincheras de combate. Constituye, además, la principal base de aseguramiento multilateral, sin la cual no hubieran podido sostenerse las unidades del frente.

Contactar con los pilotos es uno de los objetivos priorizados de mi paso por Menongue.

Se enciende una bombilla roja

El rubio del té pasa por mi lado con varias tazas de la humeante infusión y, mientras lo veo perderse en el interior de la cabina de los pilotos, recuerdo con cierta nostalgia que apenas pude tomar el desayuno

de la Misión Militar Cubana, por miedo a perder el vuelo que, al final, resultó ser mucho más tarde de la hora que nos dijeron.

Decido, por lo tanto, merendarme el reportaje del colega Luis Pardo sobre el más reciente combate en Cuito, aparecido en el último número de *Verde Olivo Internacionalista*, el periódico que se editaba en Angola para nuestras tropas. Leer es una de las mejores formas de evitar que pase el tiempo sin perderlo.

Mi intuición no falla. Levanto la vista del periódico y la sangre se me hiela en las venas al comprobar que el rubio del té regresó a su asiento y se colocó los auriculares, sin duda para comunicar al resto de la tripulación que en su tablero acaba de encenderse una diminuta bombilla roja.

Para nadie es un secreto: una lámpara roja en cualquier pizarra de control significa, cuando menos, que algo no anda bien. Ahora, a unos cuantos miles de pies de altura y en esta gigantesca lata volante, el hecho no parece muy buen chiste que digamos.

Un sudor frío me baja por la espalda. A primera vista no parece haber nada anormal: ni hemos perdido altura, ni huele a quemado, ni se ve humo por ningún lado; tampoco escucho ruidos extraños (parezco un radar); pero ahí está el dichoso bombillito colora'o indicando cualquiera sabe qué, cuando aún falta una hora de vuelo.

Recorro con la mirada a mis camaradas. Bueno, por el momento no soy el único preocupado. Esto es fácil de comprobar, pues la gran mayoría no quita los ojos del tablero; solo no lo hacen quienes aún permanecen dormidos y no han recibido, como este mulato con tipo de santiaguero que tengo frente a mí, un disimulado codazo de su compañero de asiento quien, al ver la cara de pocos amigos que pone el recién despertado, le señala aterrorizado la bombilla encendida. El otro casi pega un brinco en el asiento, pero enseguida se tranquiliza.

Por fin, alguien no puede aguantar más. Es nada menos que un teniente coronel cubano. Se pone de pie y avanza entre las cajas de sardinas hacia el tablero de mando. Se detiene y, ante la mirada inquisitiva del rubio tripulante, inclina con toda su calma el cuerpo para leer el diminuto letrero en ruso que resplandece bajo la púrpura luz del foquito. Solo después intercambia algunas palabras con el soviético, quien le regala un intento de sonrisa.

Con la misma calma, regresa al banco y comparte el secreto con quienes viajan a su lado.

“Es un piloto de Mig”, dice cerca de mí un joven capitán. Entonces recuerdo algo que alguna vez escuché o leí: los que más miedo tienen a los aviones son los propios pilotos cuando les toca ir de pasajeros.

Minutos después, como por arte de magia, la bombilla se apaga y regresa la calma. Apenas vuelvo a comenzar la lectura cuando iniciamos el descenso. ¡Qué descenso! El Il-76 pone la nariz hacia abajo y casi verticalmente va describiendo círculos sobre el aeropuerto, hasta que sus diez pares de gomas se posan con suavidad sobre la pista: Menongue.

Círculos y bengalas

Soy de los primeros en poner pie en tierra y, antes de separarme del inmenso transportador alado, admiro la encomiable tarea de sus tripulantes, jóvenes soviéticos cuyas edades deben oscilar entre los veintidós y veintiocho años. Ahora alistan el avión para el descargue, labor que emprenderá un enjambre de soldados angolanos. Concluido este, tomarán el camino de regreso a la capital y luego retornarán un par de veces más durante el día.

Es impresionante el puente aéreo establecido entre Luanda y Menongue, con aviones de carga soviéticos Il-76 y An-12 en lo fundamental. Prácticamente todo lo que consume esta provincia de Cuando Cubango,

incluidas las unidades del frente, llega por esa vía. Son cientos de toneladas de carga al día, además de la transportación de pasajeros.

A esto se une el peligro siempre presente de que el enemigo planee alguna acción contra las naves. Los bandidos de la UNITA han recibido de los racistas cohetes antiaéreos portátiles Stinger y no se descarta la posibilidad de que intenten usarlos contra los aviones de transporte. De ahí que en Menongue estos aterricen y despeguen describiendo círculos sobre el aeropuerto, uno de los puntos más protegidos por las fuerzas angolano-cubanas.



Momentos en que se descarga material de guerra de un Il-86.

Apenas acabo de escuchar la explicación, cuando sobre el aeródromo aparece la figura de otro Il-76. Sin darme cuenta, comienzo a seguir su maniobra con la vista, dando vueltas en redondo con el cuello (otra vez mi inexplicable vocación de radar). De pronto, cuando la nave ya ha descrito su primera circunferencia de aproximación, una especie de candelada aparece por un costado del fuselaje.

El corazón me brinca cuando veo el objeto incandescente despegarse del avión y caer seguido por una cola de humo blanco. Solo un par de segundos después, la escena vuelve a repetirse. Estoy a punto de comenzar a dar el aviso, pero algo me detiene: otros al igual que yo han seguido el descenso del aparato, y aún lo continúan haciendo sin inmutarse ante los fogonazos, será que...

—Así es —me aclara el mismo soldado que le dio el codazo al otro en el avión—, el Il-76 posee un sistema de bengalas térmicas, que va disparando tanto en el despegue como en el aterrizaje, con el objetivo de desviar hacia ellas cualquier cohete que se les lance. Ahí lo tienes.

El alma me vuelve al cuerpo cuando ya el avión había disparado unas quince bengalas. Sería completamente maravilloso el espectáculo del círculo ígneo y blanco dibujado casi con perfección en el cielo, si no fuera por el siniestro significado que el hecho encierra.

Salchichas y chorizos

El aeropuerto, a unos dos kilómetros del pueblo, cuenta, además de la única pista, con una vieja casa donde funcionan algunas oficinas de la terminal aérea militar, una torre de control que al parecer nunca llegó a construirse y un gran hangar que ha sido blanco constante de los ataques enemigos, de manera que hoy muestra por todos lados los impactos de esquirlas y proyectiles, uno de los cuales le arrancó un pedazo al techo. Esto lo enseñan casi con orgullo los propios pilotos, como diciendo: “A pesar de ello aquí estamos. Nadie puede impedir que volemos”.

Así es, en efecto. Situados en sus respectivos nichos protectores, a ambos lados de los accesos a la pista, relucen al sol los aviones de combate Mig 21 y Mig 23 con los colores rojo, verde y amarillo de las FAPLA. Más allá, como inmensas libélulas metálicas, están posados varios helicópteros.

En estos días en que todavía se mantiene el aecho sudafricano a Cuito Cuanavale, la base aérea se muestra al visitante como un hormiguero de hombres y máquinas que van y vienen, cada cual en cumplimiento de las más disímiles misiones. En dos palabras: tremendo ajetreo. Aquí nadie parece tener tiempo para conversar ni para regalar entrevistas a periodistas preguntones. Esa es, al menos, la primera impresión.

Comprendo que no va a ser nada fácil mi tarea. En el comunicado del Minfar, acerca de los acontecimientos en el sur angolano, se resalta el brillante papel desempeñado por la aviación cubano-angolana y se califican sus acciones como decisivas. Debo demostrar con hechos concretos lo anterior.

Por ahora, veo un solo camino: sumarme como uno más a la vida del aeródromo y aprovechar al máximo cada minuto junto a pilotos, técnicos, mecánicos, navegantes...

Lo primero es lograr ubicarnos bien cerca de la base y no en el pueblo, en la casa de oficiales, como nos han propuesto. La solidaridad de los políticos de la defensa antiaérea del aeropuerto no se hace esperar. Leonel —el fotógrafo— y yo podemos contar desde ahora mismo con su refugio. Se trata de un pequeño albergue soterrado donde hay tres literas. Junto a este también han cavado una oficinita y ¡asombro!, en ella tienen máquina de escribir y hasta un ¡laboratorio fotográfico!, de manera que podemos establecer sin problemas nuestra primera redacción en campaña.

Del Río y Rosendo, el político y el propagandista, solo nos plantean una dificultad: las fotos que ellos tiran les salen muy malas. ¿Podría Leonel en sus ratos libres darles algunas lecciones de fotografía, revelado e impresión? No faltaba más, de esa manera reciprocamos la solidaridad.

Aprovecho la caída de la noche y la máquina de escribir con tipografía portuguesa y redacto mi primera crónica para la prensa en Cuba, que vería la luz, unos tres días después, en el periódico *Bastión*, órgano oficial de las fuerzas armadas:

Hoy los vi de cerca, los toqué con la mano, como quien dice. Los vi despedirse con un simple “hasta ahorita”, tomar los cascos en las diestras y salir con calma por la ancha franja de asfalto en busca de sus máquinas. De ellos pensé saber mucho; esta mañana comprendí que apenas los conocía.

Hablo de los pilotos de nuestra fuerza aérea, los que desde hace varios meses no dejan dormir tranquilos a los enemigos del pueblo angolano [...]

[...] Son hombres en todo el sentido de la palabra; responsables y serios en su trabajo; pero cubanos alegres, a fin de cuentas, que con cariño llaman salchichas a los Mig-21 y chorizos a los 23. Esta denominación solo tiene que ver con la diferencia de tamaños, porque nadie duda que aman sus naves como a la niña de sus ojos, y en ellas confían por sobre todas las cosas [...]

[...] Así, uno los ve partir a cualquier hora del día o la noche. Sus naves, cargadas con bombas y cohetes, enfilan raudas hacia el cielo azul: van a bombardear al enemigo, otras veces a dar cobertura a una columna de abastecimiento o al vuelo de una pareja de helicópteros, listos para enfrentar a cualquier intruso en el aire [...]²

Amor en tiempos de guerra

Menongue, capital de la sureña provincia de Cuando Cubango, es apenas una pequeña ciudad que arrastra consigo el signo de la guerra. En su barrio residencial se levantan unos pocos edificios que no

2 César Gómez Chacón: periódico *Bastión*, La Habana, abril, 1988.

sobrepasan las cinco plantas y numerosas casas de mampostería, algunas de ellas conservan su antigua imagen de mansión de blancos. Alrededor de todo el poblado se extienden, multiplicados a lo infinito, los quimbos con sus típicas chozas redondas de madera, barro y capín.³

Nadie recuerda la última vez que aquí se construyó una vivienda de concreto o se arregló una calle. El polvo y la pobreza se respiran en cada uno de sus vericuetos. Solo el hermoso y apacible río, donde a cualquier hora del día retozan los niños y lavan las mujeres, borra en cierta forma la nostálgica y real imagen de una ciudad herida por la guerra.



La imagen de un día cualquiera en una calle de Menongue no necesita comentarios.

Los bandidos de la UNITA hace mucho se convencieron de que tomar el poblado o su aeropuerto no era más que una pesadilla, y ahora intentan ahuyentar el fantasma de la impotencia con absurdos ataques, fundamentalmente nocturnos o situando minas asesinas

3 Fibra seca, fina y alargada de una hierba que abunda en Angola, parecida a la hierba guinea.

en las vías de acceso, sin que hasta el momento hayan obtenido progreso militar alguno, como no sea sembrar el pánico en la población civil y cobrar vidas de personas inocentes.

No obstante, cada mañana amanece izada la bandera del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) en el vetusto edificio del Comisariado Provincial del Partido, y la vida se normaliza con los primeros claros del día. Se abren las escuelas donde también dan clases profesores cubanos, y al aeropuerto comienzan a llegar los primeros aviones de carga.

A Menongue, por alguna razón que todavía no puedo explicarme, lo asociaré siempre con la imagen de una pareja de jóvenes angolanos, dos enamorados con los cuales tropecé una tarde en el puente sobre el río. Él, orgulloso dentro del uniforme de campaña de las FAPLA; ella, sencilla y hermosa con su vestido de flores, un par de cuadernos bajo el brazo y la gorra de él sobre su peinado de domingo.

Nuestros pilotos viven también en el pueblo; son como una familia. Ocupan varias casas cercanas; una es la antigua terminal por donde un día dejaron de pasar los trenes. Algunos han traído consigo a sus compañeras.

A la soldado Lidia García Capote y a su esposo, el teniente coronel Armando González Nodarse, piloto de Mig-23, los conozco esta mañana en la línea de vuelo.

Muy joven, pequeña de estatura, con ojos vivarachos y una perenne sonrisa en los labios, Lidia es de alguna manera una especie de mambisa de estos tiempos. Ella, como las demás mujeres de pilotos, se fue con su hombre a la “manigua” y comparte con él todas las privaciones de la vida en condiciones de guerra.

En Cuba, Armando nunca le habló de los pormenores de su arriesgada profesión. Ahora es imposible ocultarle los peligros que enfrenta a diario:

—Mira —explica Lidia con su voz de niña grande— nuestros esposos ya no nos pueden engañar. Cuando no estamos aquí en la base, ayudándolos en las tareas

de organización y documentación del escuadrón, estamos en la casa, en el pueblo; pero resulta que también desde allí vemos los aviones despegar. Por lo general, sabemos quién está en el aire y con solo mirar la nave ya tenemos una idea de la misión que va a cumplir...

Armando apenas tiene tiempo para sonreír ante la confesión de su esposa, cuando recibe la orden de despegar: en el frente piden el apoyo de los cazas. No obstante, queda comprometido para una entrevista a su regreso.

Lidia lo acompaña hasta la misma escalerilla del Mig, allí le ayuda a colocarse el casco y lo despide con un beso.

Segundos después, la máquina de combate despegue a toda potencia frente a nosotros y toma rumbo sureste: Cuito Cuanavale. Lidia solo regresa a la tierra cuando la nave se pierde entre las nubes.

—Vamos, te voy a presentar a Alberto Rafael Ley, el que tumbó el Mirage —dice y comienza a caminar por la pista, como despreocupada, aunque de vez en cuando se detiene y eleva su mirada hacia el cielo.

Combate de perros: un Mirage menos

A pesar de la ayuda de Lidia, no es fácil obtener el testimonio del mayor Alberto Rafael Ley Rivas, un robusto mulato de treinta y dos años y ojos asiáticos, resultado tal vez de una complicada mezcla de razas. Ha tenido que hacer la historia en más de una ocasión y a más de un periodista, por eso prefiere mostrar el casete donde están grabadas todas las incidencias del vuelo, una ventaja de la aviación moderna.

Pero sucede que, al hurgar entre sus cosas, recuerda de pronto que los cubanos de la colaboración civil —médicos y maestros— se lo pidieron días antes para una actividad política, y aún no lo han devuelto. Entonces no le queda más remedio que volver a relatar lo sucedido:



Armando regresa de una misión de combate.
Lidia lo recibe al pie del Mig 23.

Fue un domingo cualquiera. Los helicópteros habían despegado, y al primer teniente Juan Carlos Chávez Godoy y a mí nos plantearon la misión de darles cobertura con nuestros Migs. Ya íbamos a regresar cuando apareció la pareja de Mirages. Ahí mismo comenzó el combate: primero a larga distancia; luego de cerca, combate de perros, como le llamamos nosotros, porque cada cual trata de ganarle la cola al otro para destruirlo.

Desde tierra, el navegante nos dirigía y nosotros en el aire también nos protegíamos mutuamente, tratando de organizar nuestras acciones y de buscar el momento propicio para hacer fuego. Así estuvimos varios minutos hasta que, al hacer un giro, vi frente a mí, un poco más arriba, el fuselaje de uno de los Mirages. Sin pensarlo dos veces apreté el botón disparador, al tiempo que tiraba del bastón para salirme más rápido de su radio de acción.

Entonces escuché la algarabía del navegante y de Godoy. Yo sabía que había lanzado el cohete en el momento preciso; pero como giré en ese mismo instante no pude ver cómo este hizo impacto en el avión enemigo. Eran mis compañeros quienes me daban la noticia: ellos lo habían visto caer envuelto en llamas.

Te digo que, aún así, a pesar de que creía en lo que ellos decían, había algo en mi interior que no me permitía disfrutar a plenitud esa victoria: el avión no se encontró y el enemigo hacía total silencio al respecto. Pero, por fin, varios días después, ellos no tuvieron más remedio que informar la “desaparición” de una de sus naves con el piloto. Entonces sí me sentí totalmente feliz.

En el rostro de Ley aflora una hermosa sonrisa. Yo recuerdo haber oído sobre ella. Aquel día, al regresar del combate, bajó del avión en brazos de sus compañeros. Ellos aseguran haber visto esa misma sonrisa en sus labios, mientras de sus ojos achinados brotaban lágrimas de emoción.

Antes de despedirse, el mayor de la fuerza aérea insiste en algo que para él se ha convertido casi en una obsesión:

La oportunidad se me dio a mí; pero, incluso, el propio Chávez Godoy pudo haberlo hecho o cualquier otro del escuadrón, porque todos nos hemos preparado bien para ese momento. Por otro lado, yo no soy el único que se ha destacado. Ahí están los casos de Eladio y Carbó y de muchos otros compañeros que han realizado verdaderas hazañas.



El mayor Ley: piloto cubano que derribó el Mirage.

Aterrizaje en el infierno

Según parece, ese día, el 25 de febrero de 1988, el alto mando sudafricano había decidido con seriedad tumbar uno de nuestros Migs, quizás, entre otras cosas, para desquitarse de la pérdida del Mirage, derribado en la zona del río Cuatir a unos treinta kilómetros de Menongue, días antes, por cuatro jóvenes cubanos con su instalación antiaérea Shilka.

La tarde acaba de comenzar, cuando el primer te-niente Eladio Ávila Martín despegue hacia una nueva misión de cobertura. Una vez concluida, todavía en el aire, recibe la orden de buscar un objetivo detectado al este de Cuito Cuanavale y hacia allí enfila su Mig-23, pero no advierte nada anormal.

Dispuesto a regresar a casa, es que descubre la presencia de dos Mirages F-1. El encuentro es inminente y Eladio se lanza en su nave en busca de la pareja de intrusos que, inexplicablemente, lejos de presentar combate, se dan a la fuga.

El piloto de tercera, de apenas veinticinco años, decide perseguirlos; sabe que los puede alcanzar y tratará de destruirlos: su nave es superior y los cohetes aire-aire que lleva bajo sus alas tienen mayor distancia de tiro efectivo que los sudafricanos. Pero la emoción le tiende una emboscada.

Ya casi encima del enemigo, una señal se ilumina dentro de la cabina: emergencia por falta de combustible. Tiene que abandonar la persecución. Su odisea está por comenzar.

Frías gotas de sudor aparecen en su frente y humedecen el interior del casco. No vale la pena hacer cálculos. El poco carburante que marcan los relojes no alcanza de ninguna manera para recorrer los más de doscientos kilómetros que lo separan de la base, ni siquiera para perder mucho tiempo en divagaciones innecesarias. Se impone, y rápido, una decisión.

¿Qué hacer? ¿Abandonar el avión en perfecto estado técnico? ¡Eso nunca! Allá abajo nuestros hombres combaten y mueren sin dejar sus posiciones. ¿Acaso él tiene derecho a abandonar la suya solo por salvar su vida? No, su trinchera es esta. Este es su Cuito Cuanavale...

¡¿Cuito Cuanavale...?! ¡La pista...! ¡Claro que sí! Eladio Ávila y el navegante de tierra, con quien todo el tiempo el piloto ha mantenido comunicación, coinciden en que es la única posibilidad. El aeródromo de Cuito desde hace algunas semanas es blanco constante de la

artillería de largo alcance sudafricana; por tal razón allí no opera ya nuestra aviación, aunque se mantiene en manos de fuerzas propias.

Sin embargo, esto último también presenta sus dificultades. Las tropas que defienden el pueblo y su aeropuerto tienen orden de derribar cualquier aparato que sobrevuele sus posiciones, algo bien conocido por Eladio y el navegante, pues la zona ha sido declarada prohibida para la aviación.

Aún así hay que jugársela. La guerra está llena de momentos difíciles y solo de nuestra capacidad para enfrentarlos depende que salgamos adelante. He aquí uno de esos momentos.

El joven piloto se prepara para el descenso. Pone todos sus sentidos en la tarea sin perder la ecuanimidad. Un propósito da vueltas en su cabeza: este tiene que ser el mejor aterrizaje de su vida, aunque sea en el infierno.

El navegante, por su lado, hace lo imposible por lograr que se establezcan comunicaciones con todas las unidades del frente y se informe a cada soldado, en especial a los antiaéreos, de la llegada del Mig. Pero el tiempo es mínimo y algunas posiciones están tan lejos...

Por fin, Eladio tiene ante sus ojos la inconfundible imagen de la pista semidestruida, que se acerca cada vez más rápido. Poco a poco, el piloto va recortando velocidad y altura. Si en este momento alguien hace fuego contra la nave... Pero no sucede; aunque parezca increíble, no sucede.

En breves segundos, el Mig-23 posa su cuerpo metálico sobre la tierra, ante la mirada atónita de cubanos, angolanos y más aún de sudafricanos. Estos últimos, al parecer del susto, pierden la capacidad de reacción y solo un rato después, comienzan a cañonear el lugar.

Sin embargo, los combatientes que defienden el aeródromo no esperan orden alguna para correr junto al avión. En menos de lo que se cuenta, varias decenas de manos caribeñas y africanas trasladan al piloto y

la nave a un lugar protegido. Transcurren momentos de verdadera tensión mientras las instrucciones se imparten y ejecutan como por inercia, en una perfecta complicidad colectiva.

De esa manera, nadie sabe cómo, aparece en el lugar una pipa con combustible, y el propio Eladio, con la ayuda de varios compañeros, logra reabastecer el avión. Todo está listo para el despegue, excepto la pista, donde comienza a caer una lluvia de proyectiles G-5.

El cañoneo arrecia cuando, de pronto, entre los árboles, se eleva espectacularmente la diminuta figura del Mig, que a toda potencia y ante las mismas narices de los racistas, hace un giro y se pierde entre las nubes varios segundos después. El final de la historia, el propio primer teniente Eladio, ya relajado, se lo cuenta a sus compañeros en la base de Menongue.

¡Cuidado, son tres!

Esa misma tarde, alrededor de las 17:35 horas, el piloto de tercera capitán Orlando Carbó, cumple una misión de cobertura al sureste de Cuito, cuando desde su punto de conducción en algún lugar del frente de batalla, el primer teniente Ricardo López Castillo, navegante de aviación, le informa de la presencia en el aire de un Mirage F-1.

Carbó se apresta a entablar combate. Al instante, escucha la voz del navegante que le informa sobresaltado: “¡Cuidado, son tres, son tres!”.

Efectivamente, por encima y por detrás se acercan a toda velocidad otros dos Mirages: ha caído en una emboscada. El primer avión descubierto y que parecía volar despreocupado, era solo un señuelo. Ya no hay tiempo para evadir el combate.

A un lado, las tres máquinas enemigas; del otro, el Mig-23 de Carbó, secundado eficientemente desde tierra por Castillo. La situación parece poco más que desesperada; pero ninguno de los dos pierde la cabeza.

Con verdadera sangre fría, Carbó conduce su avión atento a las indicaciones del navegante acerca de la situación del enemigo.

El avión ruge, trepita; pero responde a las mil maravillas ante las exigencias del piloto. Juntos describen complicadísimas maniobras, dignas de acróbatas del aire. Aunque parezca increíble, no huyen: ¡combaten!

Por su parte, los tres sudafricanos se afilan los dientes; piensan que les será fácil acorralar y destruir el aparato cubano, a partir de la superioridad numérica. Pero se precipitan. El Mig logra evadir un primer cohete, luego otro... ¡y el tercero!

En tierra, Castillo permanece únicamente en cuerpo. Su alma y más aún, sus cinco sentidos, vuelan junto con Carbó en la cabina del Mig.

—¡Dale tú, coño! —le grita por el intercomunicador al piloto—. ¡Métele caña, tienes que tumbarlo! ¡No te dejes coger la cola...!

Los minutos pasan a velocidad supersónica, mientras los cuatro pájaros de metal se baten en un carrusel de la muerte. Poco a poco, a la par que sus relojes advierten el final del tiempo de vuelo, los ases sudafricanos comienzan a tener conciencia de lo imposible: el Mig se les escapa una y otra vez de entre sus garras e, incluso, amenaza con derribar a uno de ellos. No vale la pena arriesgarse un segundo más.

Deciden abandonar el combate y se retiran a su guarida con el rabo entre las patas, un grandísimo rabo de burro que les puso un joven piloto de tercera.

Pero no es momento para festejar aún. El Mig ha consumido más combustible de lo permitido y Carbó consulta con su navegante ante el temor de que no le alcance para el regreso a Menongue. Castillo calcula en pocos segundos: cierto, el carburante está corto, pero da; si Carbó logra hacer el vuelo que él le indique, llega. Así se lo informa y el piloto obedece con disciplina su decisión: poner dirección a Menongue.

A cuentagotas, a kilómetro por galón, el diálogo se mantiene ininterrumpido. El capitán informa lo que

marcan sus relojes y el primer teniente indica altura y velocidad. Aún así, cuando se acerca a Longa (aldea situada en la mitad del camino entre Menongue y Cuito Cuanavale), Carbó pregunta si no es mejor tratar de hacer un aterrizaje forzoso allí, donde hay varias unidades angolanas y cubanas. Castillo reitera su decisión: el aterrizaje será en casa, en la base.

Ya a pocos kilómetros de ella, el navegante entrega la dirección del vuelo a sus colegas del aeropuerto. Todos permanecen alertas; atentos a la emergencia del compañero, buscan en el horizonte celeste la diminuta figura del Mig. “¡Allí está!”, gritan varios a la vez.



Nuestros Migs son eficientemente secundados por el navegante de aviación, primer teniente López Castillo, a la derecha, desde su punto de conducción en algún lugar del frente de batalla.

El avión viene bien bajito, en una picada contra el tiempo. Por fin, toca con sus ruedas el mismo borde de la franja de asfalto y se desliza por ella a toda velocidad con el paracaídas de freno extendido. Al final de la carrera, cuando el piloto va a girar en 180 grados para llevar la nave hacia el nicho protector, el Mig consume la última gota de combustible y el potente

motor supersónico se apaga con un suave suspiro, en medio del asombro general.

Lentamente, Carbó retira su mano del bastón de mando y se seca el sudor de la cara con la manga del overol. Entonces, una amplia sonrisa se asoma en su rostro.

Dueños del aire

El teniente coronel Armando González cumple su promesa de concederme la entrevista. Se desarrolla en la sala del ¿apartamento? que comparten Lidia y él con otro matrimonio, y después de la correspondiente disculpa de la anfitriona por no poder brindar café, “pues en estos momentos no tenemos”.

Vale aclarar que no se trata de una entrevista, así de tradicional; es más bien una conversación entre amigos, durante la cual no hago anotaciones ni grabo en aparato alguno que no sea en mi propia memoria. Necesito mantener virgen la intimidad del lugar y del momento, si quiero de veras llegar al fondo de aquello que aún continúa dando vueltas en mi cabeza: “sus acciones han sido decisivas”.

Armando sonríe cuando le afirmo que de las hazañas de los pilotos únicamente pueden hablar los pilotos. No es el caso de los infantes, los tanquistas, los artilleros..., estos, por regla general, combaten en colectivo y cada quien puede apreciar el comportamiento del compañero y su incidencia personal en el desarrollo de las acciones. Los aviadores están solos en el aire, cuando más en pareja, y sus enfrentamientos con el enemigo se producen a grandes alturas, casi siempre lejos del lugar defendido por nuestras tropas. Por lo tanto, ellos y el enemigo son los únicos que pueden contar y valorar qué sucedió allá. Yo no tengo manera de conversar con los sudafricanos, así que no me queda más remedio que “exprimir” a los nuestros.

Mi discurso surte efecto y Armando, aunque insiste en aquello de “no hemos hecho más que cumplir con

nuestro deber”, comienza a hablar, a contar sobre la participación del escuadrón aéreo de Menongue, desde el inicio de la nueva escalada racista en el sudeste angolano. La verdad histórica se va abriendo paso poco a poco: la fuerza aérea fue una de las primeras unidades cubanas en combatir junto con las FAPLA en la batalla por Cuito.

Al principio no resultó fácil. El enemigo tenía la supremacía en el aire y estaba acostumbrado a campear como *Pedro por su casa*. Bombardeaba a sus anchas, unidades, caravanas, poblados, con incursiones a las cercanías de Menongue. Esto ocurrió de manera estable hasta finales de febrero.

La presencia cada vez más efectiva de la aviación cubano-angolana y la decisión y heroísmo de los artilleros antiaéreos, cuyo momento cumbre fue el derribo de un Mirage en la zona del Cuatir, a treinta kilómetros de Menongue, hicieron que cada vez fueran menos frecuentes los vuelos de la aviación enemiga hasta que, al fin, se retiró completamente del campo de batalla. De esa manera, durante los cruentos combates de marzo, nuestros aviones fueron dueños absolutos del aire.

El diálogo con Armando es interrumpido. En el puesto de mando solicitan su presencia. Más tarde sale a cumplir una nueva misión.

Por esas cosas que tiene la vida —y la guerra— nos volvemos a reunir varias semanas después. En esta ocasión, Lidia, que en algún momento me había confesado hacer lo imposible por mantenerse todo el tiempo junto a su esposo, “hasta el fin de nuestra misión”, ya no se encuentra en Menongue: varios paludismos seguidos obligaron a evacuarla hacia La Habana.

Trujillo: una sorpresa tras otra

Armando me recibe con un fuerte apretón de manos, como sabemos darlo solo los cubanos y enseguida pasa a presentarme a sus vecinos del apartamento:

—Mucho gusto, Humberto Trujillo. Ella es mi esposa, Margarita...

Lo veo y no lo creo. Se trata del mismo teniente coronel que venía con nosotros en el Il-76, aquel que se paró a averiguar el misterio del bombillito encendido, todavía sin explicación para mí.

—Sí, lo recuerdo —dice ahora con una sonrisa—. No, no era nada grave; un problemita con la presión en la cabina que, como viste, después se solucionó. No había por qué preocuparse.

Trujillo resulta ser, además de uno de nuestros más experimentados pilotos, un hombre sencillo y sumamente afable. A los pocos minutos de estar conversando, tengo la impresión de haberlo conocido toda la vida. Así, de pronto, con la mayor intrascendencia del mundo, confiesa:

—¿Tú sabes que yo también estoy escribiendo un libro? Es acerca del empleo de nuestra aviación en Angola, a partir de las especificidades de esta guerra y del teatro de operaciones. Se trata de un material más bien técnico sobre las experiencias combativas, que puede servir de consulta a los nuevos pilotos, aunque he tratado de hacerlo de forma comprensible, incluso, para personas que no sean especialistas en la materia.

—¿Sabes? —continúa— ya está casi terminado y me asalta la preocupación de no haber conseguido esto último. ¿Tú serías tan amable de revisarlo? Pienso que, por un lado, te puede servir para lo que estás haciendo y, por el otro, yo gano con tu opinión.

Esa misma tarde, el teniente coronel me busca un lugar tranquilo en su oficina del puesto de mando soterrado. Pone ante mí varios *files* repletos de hojas mecanografiadas: son los capítulos; solo el último está todavía manuscrito con la cuidadosa caligrafía del piloto.

—Quédate aquí, que yo tengo algunas cositas que hacer —se refiere a un vuelo al frente—. Nos vemos por la noche en casa. ¿OK?

Me quedo en la habitación subterránea. Comienzo a leer las primeras cuartillas. El tiempo pasa inadvertido mientras me introduzco en el fascinante mundo de los hombres del aire.

Trujillo ha hecho un estudio minucioso de todos los sucesos extraordinarios que han ocurrido a nuestros pilotos, a lo largo de varios años de campaña en Angola. Cada caso está analizado en detalle, a partir de las declaraciones de los propios protagonistas, las actas de las comisiones investigadoras y las correspondientes anotaciones y conclusiones del autor. A ello se unen esquemas, tablas comparativas, mapas...

Es increíble cómo este hombre, de tan difícil y agotadora profesión, le debe haber robado horas al descanso para lograr un trabajo tan complejo. Sin duda, el libro es comprensible e, incluso, interesante para un neófito en la materia como yo. Solo que, por supuesto, no podrá ser publicado para el “gran público” al menos por ahora, pues sus páginas contienen las respuestas de muchas interrogantes que en estos momentos se deben estar haciendo los sudafricanos respecto al excelente empleo de nuestra aviación en el cielo angolano.⁴

Entonces, ¿por qué la insistencia de Trujillo en que fuera comprensible para alguien que no sea piloto de guerra? Esa noche, en la sala de su casa, me aclara:

—Lo que yo quiero es que uno de los primeros lectores sea el Comandante en Jefe. Él ha estado todo el tiempo preocupado por nuestras acciones. En más de una ocasión se ha reunido con nosotros cuando vamos de pase a Cuba, y nos hace pregunta tras pregunta acerca de los combates. Pienso que el libro será de gran interés para él.

4 El libro de Humberto Trujillo vio la luz varios años después —1998—, bajo el título *Trueno Justiciero. Mis campañas en cielo angolano*.

Trujillo aprovecha el momento para decirle a Margarita que me muestre la carta que Fidel les envió en los días más duros de la defensa de Cuito, de la cual cada uno conserva una copia.

Cuando su esposa sale en dirección al cuarto, el teniente coronel me dice bien bajito:

—Ella es quien me organiza y archiva todos los papeles; ha sido quien se ha encargado de toda la mecanografía del libro. Su presencia aquí es fundamental para mí.

República de Cuba

Presidente del Consejo de Estado y del Gobierno

Ciudad de La Habana, 3 de febrero de 1988

Queridos compañeros pilotos de la

Fuerza Aérea Revolucionaria:

Día a día hemos seguido de cerca durante los últimos meses las proezas de ustedes en la República Popular de Angola cumpliendo difíciles misiones, especialmente las que se han llevado a cabo en torno a la batalla de Cuito Cuanavale a raíz de la difícil situación creada por la abierta intervención sudafricana.

Más de mil vuelos de combate se han realizado por nuestros MIG-23, MIG-21 y helicópteros, en unas cuantas semanas desafiando la aviación sudafricana y los medios antiaéreos del enemigo, en las más difíciles condiciones atmosféricas de la primavera angolana. Enfrentando cada día con singular valor los peligros más diversos, la actuación de ustedes ha sido decisiva para echar por tierra los planes enemigos de aniquilar la agrupación angolana de Cuito, lo que habría significado un golpe terrible para Angola y toda la causa progresista de África. Se le ha arrebatado al enemigo de las manos una gran victoria.

Nunca han sido tan fuertes y aguerridas e invencibles nuestras fuerzas en Angola. Ello hará posible una solución política justa y razonable para los conflictos de África Austral.

Con nuestro enorme esfuerzo no perseguimos victorias ni glorias militares, sino hacer que prevalezca la independencia de Angola y de Namibia y la seguridad general de los pueblos de África, y que los racistas sudafricanos comprendan que la voluntad de los combatientes cubanos es indoblegable, que sus agresiones contra Angola deben cesar.

Tan nobles, dignos y justos objetivos y con ello la paz que todos deseamos no podrían alcanzarse jamás sin los esfuerzos extraordinariamente heroicos que ustedes realizan todos los días, con el apoyo admirable e infatigable del personal de aseguramiento.

En silencio ha tenido que ser hasta hoy, como diría Martí, pero algún día, la historia consignará con letras imborrables las páginas escritas por ustedes con audacia y coraje insuperables, y de las cuales se enorgullecerán las presentes y futuras generaciones de cubanos, como se enorgullecen hoy los combatientes y jefes de nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias y todos los que tenemos el privilegio de conocer las proezas que realizan ustedes. Reciban mientras tanto la expresión de profunda admiración de nuestro Partido y de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias y el más cálido y emocionado reconocimiento, como un día lo hará todo nuestro pueblo.

“PATRIA o MUERTE”

“VENCEREMOS”

Fidel Castro Ruz
Comandante en Jefe⁵

5 Archivo personal del piloto, coronel en retiro Humberto Trujillo.

Solo a mi regreso a Cuba, por una entrevista que el colega Bienvenido Rojas le hizo en otro momento a Trujillo, me entero de que fue el propio Fidel quien le abrió el camino de la aviación al entonces joven rebelde.



Trujillo, al centro, imparte instrucciones a los pilotos de helicópteros que parten hacia una misión de rescate.

Transcurría el segundo año de la Revolución. Trujillo comandaba una batería de obús 122 en La Cabaña. Un domingo, estando de guardia, Fidel se personó en el lugar en busca del comandante Pedro Miret, a la sazón jefe de la unidad, quien en esos momentos no se encontraba. El joven, ni corto ni perezoso, se dirigió al jefe de la Revolución y le planteó su deseo de hacerse piloto. Este lo escuchó con atención y mandó a recoger sus datos personales. Setenta y dos horas después, Trujillo fue llamado al Minfar y más tarde, integrado al destacamento de futuros ases de nuestra incipiente Fuerza Aérea Rebelde.

No fue hasta conocer esa historia cuando comprendí el verdadero interés de mi amigo por que Fidel fuera uno de sus primeros lectores. Pienso que para él constituye algo así como el pago de una antigua deuda de gratitud. Aunque, en honor a la verdad, no hubiera

hecho falta. El heroísmo y la tenacidad demostrados por el veterano aviador a lo largo de su vida y, en más de una ocasión, en los cielos africanos, son elementos suficientes para tener el reconocimiento del Comandante en Jefe y de todo nuestro pueblo.

El ataque se frustra en la profundidad

Muchas veces en estos meses, Trujillo y Armando vuelan en pareja. Ahora que he logrado “emboscarlos” juntos, no pueden evitar el recuerdo de los días recientes. Una vez más se remontan a dúo, en esta ocasión, a través del tiempo y del espacio.

Recuerdan cuando, luego de hacerle grandes bajas a una agrupación de blindados enemigos que se movía en dirección a Cuito, advirtieron entre la maleza un camión que remolcaba a uno de los tanques averiados por ellos. Decidieron no atacarlos de inmediato, sino dejar que continuaran su recorrido para no alertarlos. Mientras tanto, sobrevolaron las huellas de carros dejadas en el camino descubierto, hasta dar con una base a unos cuarenta kilómetros al sur de Cuito. Allí el enemigo tenía agrupada una gran cantidad de técnica de combate. Entonces sí se dieron gusto tirándole bombas y cohetes.

Armando señala el mal tiempo como el adversario más peligroso de nuestra aviación. Algunas veces, se vieron precisados a despegar bajo condiciones meteorológicas muy difíciles, incluso, fuera de los parámetros permisibles, y por ello volar a mínimas alturas desafiando la artillería antiaérea enemiga; pero era necesario: los sudafricanos y sus aliados aprovecharon siempre los días lluviosos o nublados para lanzar los mayores ataques, con el convencimiento de que nuestros aviones no despegarían. En más de una ocasión se llevaron el gran chasco.

Llegó el momento en que los invasores no podían hacer movimientos diurnos sin ser sorprendidos y

hostigados a los pocos minutos por nuestros cazas. Decidieron entonces moverse de noche, pero tampoco se les dio tregua. De esa forma, uno de los mayores méritos de la aviación cubano-angolana en la batalla por Cuito Cuanavale consistió en frustrar en la gran profundidad del enemigo más de un intento por apoderarse del poblado, con lo cual evitaron sangrientos combates a nuestras tropas en tierra.

Los anocheceres son aquí intranquilos

El tiempo ha volado en compañía de los dos destacados pilotos, y descubro que mi reloj marca pasadas las siete de la noche. En Angola, donde oscurece temprano y escasea la luz eléctrica, esta hora es casi medianoche. De manera que Armando y Trujillo no me permiten regresar a mi refugio en la defensa antiaérea. En estos días, la UNITA, al parecer resentida porque se les obvió en las conversaciones cuatripartitas recién iniciadas (participan solo los sudafricanos, sus amos), ha incrementado sus acciones en la zona y, a no ser por una razón de fuerza mayor, se les ha prohibido a nuestros hombres transitar los caminos después del anochecer.

“Te puedes quedar en la cama de algunos de los compañeros que se encuentran de pase en Cuba”, me dice Armando para tranquilizarme, cuando en realidad yo lo que estoy es muerto de vergüenza por todo el tiempo que les he robado y por traerles ahora otra preocupación.

Él me acompaña a la planta baja, donde un grupo de hombres se aglomera alrededor del televisor y el aparato de video. Son una veintena de pilotos y otros tantos soldados de la unidad de seguridad que custodia la casa.

Armando me presenta a mi nuevo anfitrión, el primer teniente Ramón Clavelo, piloto de Mig-23, quien me tiende las llaves de su cuarto para que me vaya instalando en la cama de su vecino, que está en “Cubita

la bella”. Más tarde nos conocemos mejor y hablamos hasta que el cansancio acaba por vencernos.

Apenas he logrado conciliar el sueño, cuando escucho el sonido inconfundible de varios disparos de artillería. “Es la brigada”, dice Clavelo en la oscuridad del cuarto. Se refiere a la unidad de tanques de Menongue, cuyas piezas de artillería responden cada noche ante cualquier movimiento sospechoso.

Pero el cañoneo arrecia e, incluso, da la impresión de que los impactos se acercan al lugar donde estamos. También escucho algunos disparos de fusil.

Agunto acostado todo lo que puedo. No quiero pecar de miedoso, pero finalmente mi instinto de conservación vence. Me siento de un tirón en la cama para comenzar a vestirme y descubro que casi al unísono Clavelo toma la misma decisión. En un dos por tres nos vestimos y nos colgamos las pecheras con los cargadores. Mas, en el momento en que me dispongo a tomar mi AKM plegable, el piloto me detiene: “¡Esperáte!, aquí tenemos lo nuestro” y abre de un golpe el “inofensivo” escaparate que se encuentra a nuestro lado. En su interior, situado en el más perfecto orden, hay un arsenal de guerra: fusiles y ametralladoras de diversos modelos y calibres, granadas, cargadores...

Salimos a ocupar la defensa circular del edificio, pero ya el cañoneo ha cesado. En la oscuridad tropezamos con uno de los soldados de la custodia, quien asegura que “fue la brigada la que tiró, aunque por algo debió ser; ya se sabrá cuando amanezca”.

Regresamos al cuarto, finalmente logro dormirme.

Abro los ojos pasadas las siete de la mañana. A esta hora, la cama de mi vecino ya hace rato que está desierta y su dueño admira los primeros rayos del sol desde la cabina de su Mig, a decenas de kilómetros de Menongue.

En el camino hacia el aeródromo me entero de lo acontecido anoche: un grupo comando de la UNITA trató de minar el camino de acceso a la brigada. Fue

descubierto y, aunque trató de resistir, resultó aniquilado por fuerzas angolanas.

Al llegar a la guardia combativa, pregunto por Trujillo y alguien me dice que está de turista.

—¿De turista? —pregunto asombrado.

—Sí, fue a tirarle unas fotos al “paisaje...”.

Río de buen gusto la broma y aprovecho el tiempo para recorrer la base y ver esa otra parte de la aviación, de la cual siempre hablan con cariño y admiración los pilotos. Me refiero a los hombres de tierra: ellos también aseguran la victoria.

Otros de la tierra y el cielo

Para estos jóvenes en más de una ocasión las noches se hicieron días y el desayuno fue cuestión de las tres de la tarde; pero nunca se les oyó una queja. Trabajan con verdadero heroísmo para garantizar el ciento por ciento de los aviones en el aire; y lo logran.

Ingenieros, técnicos, mecánicos, chóferes...todo un enjambre capaz de asegurar en minutos la preparación de una complicada máquina aérea, no solo para el vuelo, sino para el combate.

El soldado Gilberto Sorí Maldonado es mecánico en motor y fuselaje. Con veinte años de edad y la misma cantidad de meses en Angola, me asegura haber trabajado con entusiasmo y responsabilidad y añade:

En cuanto el avión aterriza le caemos encima, lo gaseamos y lo artillamos. En Cuba, en condiciones de paz, esa labor dura alrededor de cuarenta y cinco minutos, aquí los récords los rompemos uno tras otro.

Cuando Sorí dice gasearlo y artillarlo pudiera parecer algo sencillo; pero en Menongue estos muchachos cargan sobre los hombros e instalan bajo las alas de los Migs las bombas de hasta ¡quinientas libras! que

nuestros pilotos dejan caer con frecuencia sobre las agrupaciones enemigas.

Rainel Reyes Terry es otro entusiasta soldado, mecánico de equipos electroautomáticos. Él afirma:

El piloto es quien cumple la misión combativa frente al enemigo, pero con él va nuestro trabajo; es como si el avión fuera nuestra representación en el campo de batalla. Recuerdo un día que aterrizaron varios compañeros muy alegres, porque habían bombardeado con éxito una caravana sudafricana. Su júbilo lo compartimos nosotros, tal y como si hubiéramos estado allí; pues aquellas bombas que ellos tiraron, las habíamos instalado con nuestras propias manos unos minutos antes.

La impresionante seriedad con que los aguerridos muchachos hablan de su trabajo puede romperse de pronto, como por arte de magia, ante la más graciosa de las jaranas o porque preguntan interesadísimos por la última canción de los Van Van que se escucha en Cuba. Ellos, como muchos otros que encuentro en Angola, son los jóvenes más alegres y profundos que alguna vez haya conocido. Pueden considerarse con razón héroes genuinos de la gran victoria.

Mientras conversamos, en la rampa se alistan dos nuevos aviones para el despegue. Los preparan técnicos angolanos, entre ellos los soldados Pedro César, (¡un tocayo!) y Manuel Antonio. Ambos, al advertir la presencia de Leonel y la Nikón, asumen la actitud del artista que se sabe ante las cámaras y, sin dejar de trabajar, regalan sendas sonrisas infantiles.

Unos pasos más allá descubro las inconfundibles indumentarias de dos pilotos. Son Víctor y Yoyó, así conocen todos al subteniente Víctor Manuel Domingos y al teniente Joao Manuel Antonio Da Silva, valerosos ases de la fuerza aérea angolana. Los dos nacieron hace veinticuatro años y estudiaron juntos la carrera en la

URSS. Se graduaron hace dos años y desde entonces defienden la soberanía del cielo patrio.



Técnicos en la preparación artillera del avión, en la base aérea de Menongue.

En un momento de nuestra conversación, Armando me había definido a los pilotos angolanos, me dijo:

Son muy jóvenes, pero valerosos. Nunca quieren quedarse en tierra. En los días más difíciles despegaban a las seis de la mañana y les daba la noche en el aire. Hubo veces que fueron interceptados por la artillería anti-aérea enemiga y regresaron a la base con el avión seriamente averiado. Se bajaban y a los pocos minutos regresaban en otra máquina al combate. A pesar de su corta experiencia en la profesión, están bien preparados y han demostrado poder cumplir cualquier misión por difícil que sea.

Antes de partir a un vuelo de bombardeo, Víctor y Yoyó me hacen saber la profunda admiración y agra-

decimiento a los pilotos cubanos, a quienes consideran hermanos y maestros. También aseguran que *a victoria e certa* es mucho más que una simple frase.

Trujillo descubre la cueva de los G-5

Minutos después, regresa Trujillo. Viene con la misma alegría del niño con el juguete nuevo.

—¡Los tengo! ¡Ahora sí los tengo! Yo sabía que tenían que estar por allí. Ya en una ocasión los descubrimos y los bombardeamos; pero se nos habían vuelto a perder.

Mi cara de asombro y alegría injustificada lo hacen explicar:

—Sí, los G-5, los cañones con que hostigan a nuestra gente. ¡Los fotografié!

Claro que tiene razón para estar así. Desde hace varias semanas los sudafricanos no han intentado tomar de nuevo Cuito, sin embargo, de manera prepotente mantienen el cañoneo sobre nuestras posiciones. “Lo hacen por joder”, me diría días después uno de nuestros oficiales del frente. Lo cierto es que, si bien desde el punto de vista militar no les reporta ventaja alguna, pues nuestros hombres están bien protegidos bajo tierra, en el plano psicológico resulta verdaderamente molesto y en más de una ocasión han provocado heridos y hasta algunos muertos en las filas angolano-cubanas.

Por otro lado, debido al largo alcance de las piezas sudafricanas, no siempre se hace posible ripostar con efectividad sus ataques con nuestros medios terrestres; en esos momentos la aviación cubano-angolana se convierte en su más eficiente silenciador. En los últimos tiempos, con solo determinar la presencia de uno de nuestros aviones en el aire, dejan de tirar para no descubrir sus posiciones.

Mientras el negativo se revela, Trujillo se entretiene en dejarme boquiabierto:

—Nosotros manejábamos la teoría de que como los G-5 son autopropulsados, ellos los movían cada vez

que tiraban y los escondían en algún lugar del bosque, lejos del emplazamiento, por eso cuando nosotros llegábamos era muy difícil encontrarlos.

”En ocasiones, estábamos en el aire cuando nos informaban del hostigamiento y en pocos segundos llegábamos al lugar y nada, como si se los hubiera tragado la tierra. Esto nos tenía algo desconcertados.

”Pues bien, el descubrimiento de hoy confirmará una teoría que también hace rato nos viene dando vueltas en la cabeza: sí, se los traga la tierra. Las marcas que vi y fotografié lo van a confirmar. Ellos no están moviendo sus cañones para ningún lado, los están enterrando junto a la posición de fuego, algo así como un nicho soterrado, con una rampita por donde los suben y los bajan, antes y después de cada hostigamiento. Eso es lo que están haciendo, pero se los tendrán que tragar, porque les vamos a poner allí mismo unas bombitas que tenemos, que tú vas a ver...

Minutos más tarde, ya con las fotos en la mano, el jefe del escuadrón de Menongue se reúne con todos sus pilotos. A la mañana siguiente, mientras Leonel y yo trepamos a un helicóptero Mi-17 para viajar a Cuito, varias parejas de salchichas y chorizos despegan a ponerles salsa a los emplazamientos “vacíos”.

Hacia el frente en libélula

He volado más de una vez en helicóptero —en Cuba—. Aquí los he visto despegar y aterrizar en todas las formas y variantes, incluso, cuando traen heridos o enfermos graves y se tiran directamente en la plazoleta del destacamento médico independiente.

Muchas son, además, las anécdotas que corren de boca en boca acerca de las peripecias de las libélulas volantes. En más de una oportunidad han tenido que actuar en zonas infectadas por el enemigo, para cumplir las más riesgosas misiones de combate, evacuación, abastecimiento o traslado de tropas.

No obstante, ahora, a punto de despegar en una de estas máquinas, no puedo evitar cierto cosquilleo en lo más profundo de mi abdomen. Doce hombres, entre oficiales y soldados, cubanos y angolanos, nos apretujamos en el interior del Mi-17. Compartimos el reducido espacio con un buen número de cajas de pescado fresco, que viajan por esta vía –la más rápida– hacia el frente, para ser distribuidas enseguida entre las unidades de la primera línea.

Otro helicóptero calienta sus motores junto al nuestro. Volaremos en pareja, pues en caso de ser atacada una de las máquinas, la otra tiene que darle apoyo. Las “mazorcas”, a ambos lados de las naves, van repletas de proyectiles.



Muchas son las anécdotas que corren de boca en boca acerca de las peripecias de las libélulas volantes.

Despegamos a las siete en punto de la mañana y en pocos minutos dejamos atrás los últimos quimbos de Menongue. Tres escotillas de la nave y la portezuela permanecen abiertas. Por ellas se apostan con sus fusiles dos parejas de combatientes listos para hacer fuego ante cualquier ataque terrestre.

Los dos aparatos avanzan sobre la carretera Menongue-Cuito Cuanavale, custodiada en sus doscientos

kilómetros por tropas de las FAPLA y las FAR. El vuelo es todo el tiempo sobre la recta línea de asfalto; en ocasiones, seguimos una trayectoria paralela sobre ella, en otras, la zigzagueamos.

Vamos a tan poca altura que, por unos instantes, tengo la impresión de poder tocar con mis manos las copas de los árboles del bosque que rodea el camino. También por eso descubro, entre el follaje, la presencia de nuestros soldados y sus medios blindados. Los primeros saludan con los brazos en alto el paso de las naves; los segundos brillan al sol desde sus posiciones protegidas. Con frecuencia, estas tropas han sido atacadas por el enemigo; pero nunca han abandonado sus puestos. La importante vía de acceso siempre ha estado en nuestras manos.

Hay tramos donde los árboles desaparecen de pronto y en su lugar se observan inmensas hondonadas de varios kilómetros: son las chanas, como llaman todos aquí a las cuencas hidrográficas. En ellas, por regla general, se asienta el cauce de un río o el misterio de un pantano. Desde el helicóptero, conforman, entre bosque y bosque, un paisaje realmente maravilloso.

No he salido de mi admiración ante la última chana que sobrevolamos, cuando siento en el hombro la mano del oficial angolano que hace el viaje a mi lado. El joven sonriente trata de mostrarme algo que se observa por las escotillas del otro lado del helicóptero y repite una y otra vez: “La octava, primo, la octava”.

Primero no comprendo bien; pero, al asomarme por el diminuto cristal, descubro en la carretera una interminable fila de vehículos militares, camiones en su mayoría, que se mueven en nuestra misma dirección. Son más de cien carros. Se trata de la Octava Brigada de las FAPLA, cuya misión fundamental es realizar las caravanas de Menongue a Cuito y viceversa; un verdadero puente terrestre que se ha mantenido ininterrumpido durante todos estos meses. Días más tarde, yo mismo hago el recorrido en uno de esos carros.



Los helicópteros vuelan a ras de tierra.

Recién calculo los cincuenta minutos de vuelo, cuando el Mi-17 comienza a descender. Un rato después, aterriza verticalmente en medio de la vía: ¡Cuito Cuanavale!

Sacrificio y hasta de la muerte misma, fue el deseo de amar, de crear, de soñar, y –aunque muchos no lo lograron– el imprescindible deseo de vivir.

La Habana, 15 de enero de 2008





EN EL CENTRO DE LOS HÉROES

Un sululú en la ciudad soterrada

En el lugar del aterrizaje apenas hay tiempo para abrazos y apretones de manos. Los recibimientos, como la mayoría de las cosas en el frente, están en el plano de lo superfluo. Lo importante es ponernos enseguida en movimiento. Más de una vez el enemigo ha cañoneado el punto donde se tiran los helicópteros, a pesar de haberse cambiado constantemente. A partir de ahora debemos acostumbrarnos a la idea de que nuestras vidas se desarrollarán dentro del radio de acción de la artillería de largo alcance sudafricana.

Partimos sobre la cama de un camión en el mismo momento en que las naves despegan de regreso a Menongue.

Minutos después, el vehículo se aparta de la carretera y entra en una inofensiva arboleda, bajo la cual se asienta una gran “quimbería”: es el puesto de mando principal de la agrupación de tropas cubanas en Cuito Cuanavale.

Una mirada atenta permite determinar que los quimbos son mucho más grandes por dentro que por fuera; dicho de otra manera, lo que uno ve a simple vista sobre la arena son solo las entradas y, en algunos casos, los techos de cientos de refugios diseminados en un área de unos dos kilómetros cuadrados bajo los árboles. Todo lo demás está soterrado.

Nos hospedaremos en el local de la sección política, que en los últimos tiempos cumple una doble función: por el día, la de siempre, como oficina; y por la noche, albergue del grupo de periodistas, fotógrafos y camarógrafos que de manera permanente reportan los acontecimientos en la primera línea de combate. Son una especie de tribu nómada que deambula por todas las unidades del frente.

Hay varias caras conocidas entre los corresponsales, tal es el caso de Luis Lino, viejo amigo, ahora reportero

deVerde Olivo Internacionalista y de su fotógrafo, Seguí, el más veterano del grupo, a quien muchos con cariño llaman el Viejo.

Lino me pone al corriente de los últimos acontecimientos en Cuito y yo le devuelvo el gesto contándole, a petición suya, los chismes más frescos de su entrañable *Bastión*. Se levanta de pronto y con rapidez pregunta:

—¿Ya viste el sululú?

—¿Sululú? ¿Qué rayo es eso? —indago y me pongo en guardia ante la posible jodedera de quien hasta ahora tengo como una gente seria.

—Sí, chico, el tanque sudafricano que se cogió en el combate del día 23. Está aquí, en el puesto de mando.

—¿Y por qué le dicen así, tan extraño? ¿Qué es el sululululu ese?

—Sululú —aclara Lino—, así llaman despectivamente los faplas, los angolanos, a los sudafricanos y como el tanque es de los racistas, pues también se ganó el apodo. Bueno, ¿qué..., vamos a verlo?

La propuesta la acepto enseguida y con nosotros se embullan varios “fílmicos” y fotógrafos, quienes dejarán constancia gráfica del trascendental momento. Sin duda, el tanque se ha convertido en el personaje más célebre del lugar, junto al cual todos desean fotografiarse.

Desde el quimbopress hasta el sululú hay un buen tramo, así que Lino y Seguí aprovechan el recorrido para mostrarnos a Leonel y a mí dónde se halla cada cosa: “Aquella es la jefatura, allí está el comedor”. “Ese es el puesto médico donde trabajan las únicas cuatro cubanas que hay aquí en Cuito”.

“El quimbo grande es retaguardia; más allá está la panadería y a la derecha, ingeniería...”

A nuestro paso nos saludan soldados y oficiales, angolanos y cubanos, que habitan esta gran ciudad soterrada. Aquí cada uno tiene su casa y su trabajo. Dentro de pocos días podrán contar hasta con sala de video, que recién comenzó a construirse.

El tanque está cubierto con algunas ramas que retiramos para verlo mejor y trastearlo a nuestras anchas.

Se trata de un Olifant (elefante) de fabricación sudafricana. Es, en esencia, una gran mole de oscuro metal con el número 53 en su torreta, demasiado alto para la guerra moderna, aunque bien dotado en cuanto a motor, armamento y confort.



Marianas y Celias de nuestros días



En el hospital de campaña se lucha por la vida de cada hombre. El papel de médicos, ayudantes y sanitarios es heroico.



Está casi intacto; solo perdió el rodillo de una de las esteras al caer en nuestros campos minados, cuando la tripulación en pleno decidió abandonarlo, de forma tan precipitada, que en su interior se encontraron montones de objetos personales, entre ellos la carta en afrikáner de uno de los ocupantes a su esposa: “nos esperan días negros”, afirmaba proféticamente el sululú.



—No me maltraten al muchacho —pide una voz de trueno a mis espaldas.

Se trata de Bruzón, un oficial cubano, alto y corpulento, con un bigote a lo García Márquez.

—Mucho gusto, yo soy uno de los padres de esta criatura —me dice señalando al tanque, con una sonrisa que después comprendí que nunca lo abandona—. Por lo que veo no soy el único que se ha encariñado con el niño. ¿Qué tal los periodistas más tanquistas de Cuito? —indaga con picardía.

La insinuación y la pregunta van dirigidas a Seguí y a Lino. Este último se compadece de mi ignorancia y aclara:

—Él fue quien trajo el tanque desde la 25 Brigada hasta este lugar...

—Yo solo no —interrumpe el alegre oficial—; éramos una tonga de gente, incluidos dos periodistas que tengo ahora muy cerca.

Los tres sonríen con cierta complicidad y se estrechan las manos. Entre chistes recuerdan las peripecias vividas durante dos inolvidables noches junto al río. Días después, Lino publica un reportaje con fotos de Seguí, aunque en ningún momento hace mención de su participación en tan arriesgada y peculiar tarea. He aquí algunos fragmentos de “El traslado del sululú”.

[...] Trasladar el tanque desde la ribera este del río Cuito Cuanavale hasta la ribera oeste y el pueblo del mismo nombre, significaba propinarles un duro golpe moral a los agresores. Un campo de minas en el borde delantero de la unidad frenó la embestida de los blindados enemigos. El tanque quedó allí y fue trasladado por los ingenieros cubanos, luego de complejos trabajos, hacia el interior de la defensa, mientras otros completamente destruidos quedaban entre las minas como símbolo del descalabro racista y blanco perfecto para el entrenamiento de los vencedores.

“Tras situarlo en una línea segura, lo principal era hacerlo andar —cuenta el teniente René Ricardo Bruzón, técnico de tanques.

”Quienes estaban allí suponían que los sudafricanos habían huido con el aditamento para el arranque, pues no encontraron un mecanismo para tal fin.

”Fui con un electricista y dos mecánicos, y luego de trastear el Olifant, descubrimos que la función de ese mecanismo consistía en darle corriente al tanque a partir de otro tanque. Utilizamos un T-55, más dos baterías de camiones, para producir los 32 voltios que emplea el blindado enemigo y... arrancó”.

Vencían un primer paso y comenzaba el más difícil: trasladar la mole de hierro por el río a lo largo de algunos kilómetros.

[...]

Poco antes de partir hacia la otra orilla, donde Bruzón esperaba con el tanque en marcha, la balsa autopropulsada cubana sufre un desperfecto. Son las diez de una noche de luna extraordinariamente brillante y de este lado se oye con claridad el ruido persistente del motor del tanque, como si clamara contra la tardanza.

Al mando de esta parte de la operación está el teniente coronel Víctor Manuel García Ferrer, quien solicita el apoyo de los faplas ante el percance ocurrido. Estos acuden rápidamente con su balsa y se integran a la dotación de nuestros compatriotas.

Llegan sin contratiempos a la ribera este, pero allí enfrentarán una nueva dificultad.

“La misión era riesgosa por tres motivos fundamentales —explica el teniente coronel Víctor—: primero, según las indicaciones para la explotación de estas balsas, la carga no debe exceder

las 52 toneladas y el tanque pesaba alrededor de 54; segundo, el enemigo podía descubrir nuestras intenciones y hostigarnos con su artillería de largo alcance; y tercero, el río constituía el obstáculo principal: grande, con demasiados recovecos y remolinos y una corriente intensa”.

Bruzón acomoda el tanque con sigilo sobre la balsa. Nada extraordinario ocurre. La alegría se adueña lentamente de los rostros, pero... un grito alerta contra la catástrofe inminente: “Se hunde, se hunde... Bruzón dale pa’lante al tanque”.

El aludido maniobra con premura y desembarca el tanque en la orilla. Hay confusión, desaliento, y una que otra mala palabra golpea el hierro y la arena.

Víctor reacciona y avizora una escapatoria: aligerar el tanque lo más posible. Trabajan con desnudo: le quitan el blindaje del motor, los panes de esteras, las herramientas y se desartilla (sesenta y dos proyectiles en total).

La dura faena concluye a las tres y media de la madrugada, mas no hay otro intento. Esperarán la noche de ese mismo día para utilizar la balsa cubana, ya reparada, en vista de que la de los faplas debió dañarse.

Retornan los combatientes a la ribera opuesta. Solo Bruzón y sus muchachos quedan al cuidado del tanque.

A las siete de la noche nuevamente la odisea; en la ribera oeste queda un grupo para auxiliar a los “navegantes”, en caso de que la balsa naufrague.

[...]

SOLDADO RAMÓN RODRÍGUEZ DESPAIGNE, MECÁNICO: “El ingeniero [Víctor] estaba nervioso, también el resto de nosotros; pero cuando el tanque

subió a la balsa y no se hundió, gritó: ‘¡Coño!, jodimos a los sudafricanos’. Aquella frase me impresionó. Todos nos abrazamos y los angolanos exclamaban: ‘*¡Esto si presta* [esto sí sirve], *primo; esto si presta!*’.”

Avanzan lentamente, con suma precaución; en medio del río, de pronto, el fapla encargado de vigilar la situación de la balsa, avisa del hundimiento paulatino de esta. El tanque iba deslizándose hacia atrás.

“El teniente Juan Ravelo me alerta y subo a millón al tanque, nervioso, por supuesto—apunta Bruzón—. Lo arranco, digo, pensé que había echado a andar y el propio ruido de la balsa no me dejaba escuchar el funcionamiento del motor; pero en realidad no estaba encendido. Me alarmé cuando lo supe, no obstante, logré que arrancara. Esto que narro sucedió en fracciones de segundos”.

Un último susto los acecha en un punto del río, donde precisamente se unen varios afluentes y la velocidad de la corriente es enorme.

TENIENTE JUAN RAVELO: “Cuando la balsa enfiló el rápido y se enredó con los remolinos se nos pusieron los pelos de punta, pues dimos como tres vueltas en redondo. Me dije: esto se acaba. Pero la dotación supo salir del embrollo. Fue uno de los momentos más difíciles”.

Cuando la balsa afinca por fin sus pasarelas en la ribera oeste, los hombres que allí esperaban, torturados por la duda, saltan eufóricos y corren al recibimiento del trofeo. Apretones de manos y abrazos se suceden... Hay que abandonar el lugar lo más pronto posible para no ser sorprendidos por el enemigo.

“El desempeño de los faplas fue excelente—afirma satisfecho el teniente coronel Víctor—. Conocen ese río a la perfección y sus dotaciones

para la superación de obstáculos acuáticos están muy bien preparadas. Los sudafricanos deben estar preguntándose cómo pasamos el tanque a través del Cuito Cuanavale. Les va a quedar bien claro que con la fraternidad combativa cubano-angolana no podrán jamás”.¹

Viaje al fin del mundo

Visitar la 25 Brigada de Infantería (BI) de las FAPLA se convierte en los últimos días de marzo en una obsesión para cada uno de los periodistas y fotoreporteros que bajamos hasta Cuito, en busca de los héroes de la gran batalla.

Esto tiene varias explicaciones. La 25 Brigada, de angolanos y cubanos, es la unidad más próxima al enemigo, la que más veces ha recibido y rechazado sus embestidas en el afán de apoderarse del poblado.

Por otra lado, para llegar a ella, es recorrido obligado pasar por el legendario pueblo, cuyo nombre es ya parte de la historia, y atravesar el famoso puente sobre el río Cuito.

Si a lo anterior le sumamos que cuando uno se acerca por la carretera Menongue-Cuito Cuanavale puede ser alcanzado por el fuego de los cañones de largo alcance sudafricanos G-5 y G-6 y más adelante, incluso, por los proyectiles reactivos Walquirias,² entonces no es difícil comprender que el viaje constituye para nosotros, además de la preciosa oportunidad de obtener información “en caliente”, la posibilidad de vivir una verdadera experiencia combativa.

Sin embargo, la guerra tiene sus leyes, y los trabajadores políticos cubanos que nos atienden no están dispuestos a dejarse llevar por nuestros impulsos aven-

1 Archivo personal del autor.

2 Se le llamaba así al Valkirie, cohete reactivo sudafricano parecido a los BM-21 soviéticos.

tureros. El camino hacia la primera línea está abierto a los periodistas; pero con orden, sin más riesgos que los estrictamente necesarios.

Así, la noche del 31 de marzo, nos informan que al día siguiente, Leonel —el fotógrafo— y yo iremos a la ¡25 Brigada!, designados junto a otro pequeño grupo de filmicos para cubrir las ceremonias de entrega de las medallas Por la Defensa de Cuito Cuanavale.

Historia, leyenda y realidad

Alguna vez los colonialistas portugueses llamaron a este vasto territorio las tierras del fin del mundo, seguramente debido a su lejanía en el sudeste de la geografía angolana, a miles de kilómetros de Luanda.

Esta tarde, mientras avanzamos por la estrecha carretera, comprendo que el fin del mundo no puede ser el que vieron los portugueses en tan hermosas y prósperas tierras, sino el que muchos años después, como trágico resultado de una guerra impuesta por otros colonialistas, tenemos ante nuestra vista.

No son muchos los datos que existen acerca de la historia de estos parajes. Un amigo, hurgando en una vieja enciclopedia portuguesa, encontró lo siguiente:

Cuito Cuanavale: Puesto administrativo de la circunscripción de Menongue [...] Está situado en la margen derecha del río Cuito, afluente del Cubango [...] El descubrimiento del río Cuito fue hecho por el gobernador de Huila, capitán Joao de Almeida, en septiembre de 1909, paralelamente a las operaciones ejecutadas en el mismo año por el Bajo Cubango. Para ir a instalar un puesto militar en esa región se ofreció el teniente de caballería Germano Moreira que, para ese fin, partiendo de Cafima con un puñado de hombres, caminó a lo largo de Tchimporo y atravesó el río Cubango por el Puesto A. El

nuevo puesto fue construido en noviembre de 1910 en la confluencia del río Cuito con su afluente Cuanavale, correspondiendo al más avanzado punto de ocupación portuguesa en esas regiones del sudeste de Angola [...] Con sede en el puesto establecido fue instituido el comando militar de Cuito [...] ³

La carretera por donde avanzamos es la continuación de la misma arteria que une Menongue con Cuito; ahora solo es transitada por camiones, transportadores blindados, yipis y todo tipo de vehículos militares, los cuales se desplazan a la mayor velocidad que lo permiten los cráteres que han quedado en la vía, cada cierta distancia, por el impacto de los proyectiles sudafricanos.

Por las cunetas, solos o en pequeños grupos, se mueven en uno u otro sentido los soldados de las FAPLA, quienes levantan la mano en señal de saludo –o de victoria– al paso de nuestro camión. Más allá de la franja de asfalto se extiende el fértil valle, pero... ni un sembrado, ni una vaca, ni siquiera pájaros silvestres.

Varios quimbos anuncian la cercanía del pueblo. Una mirada atenta permite descubrir que las maltrechas chozas hace tiempo fueron abandonadas por sus moradores y en la actualidad, constituyen un silencioso y desgarrador monumento a la soledad.

Ciudad fantasma

De repente, descubro a un lado del camino las dos conocidas torres de agua que ayer vi desde el punto de observación situado en lo alto de un árbol, a algunos kilómetros de distancia. En una de ellas, casi borrado por el tiempo, leo una vez más el nombre que ha sido noticia en la prensa internacional durante los últimos meses: Cuito Cuanavale.

³ Archivo personal del autor. Apuntes.

En el pueblo se levanta una veintena de casas, hermosas mansiones al estilo colonial, aunque son muy pocas las que no han sido alcanzadas por los proyectiles enemigos. Cuito Cuanavale es una ciudad fantasma. Del tendido eléctrico quedan solo algunos postes en pie y un reguero de cables por doquier.

La avenida principal está totalmente desértica. La población civil se ha ido; una parte de ella, según me dicen, a ocupar su lugar en la lucha contra el agresor.

Pienso que con el bello paisaje circundante, la hilera de casas bien distribuidas a ambos lados de la avenida, sus hombres, mujeres, ancianos y niños, el pueblo debió haber sido muy lindo. Ahora solo hay ruinas. El hospital, el local del partido, las escuelas y las instalaciones del aeropuerto, han sido blanco constante de la rabia de los racistas. En algunas de las paredes que aún permanecen en pie, se leen consignas revolucionarias.

Increíblemente, solo se mantiene intacto el letrero lumínico de cristal de un bar que invita a beber la fría cerveza Nocal. Tomo un sorbo de agua de mi cantimplora y pienso en las ironías del destino.



Estas torres se convirtieron en símbolo de la resistencia de un pueblo.



Cuito es una ciudad fantasma.



Aquí están las “bondades” del racismo sudafricano. Esto no es un cuartel militar, sino una casa de vivienda en Cuito Cuanavale.

Puente sobre el río Cuito

Salimos del pueblo con el corazón oprimido. Avanzamos ahora con mayor rapidez por lo que queda de un terraplén. Un poco más allá, imponente y majestuoso, el río Cuito se descubre ante nuestra mirada.

El camión detiene la marcha a unos quinientos metros del puente, como medida de seguridad, según me aclaran. Hacemos el resto del trayecto a pie. El lugar, uno de los más fuertemente hostigados por los sudafricanos, está custodiado por soldados angolanos, quienes tienen sus refugios en una y otra orillas.

Me han hablado mucho del puente en los últimos días, ahora por fin lo tengo frente a mí. Asusta, pero no tanto como me lo pintaron. Consiste en una estructura metálica de cien metros aproximadamente, sobre la cual descansa un piso de tablas de unos tres metros de ancho que se eleva poco más de un metro sobre el río. En sus aguas aprecio alguna corriente; pero no la que yo había imaginado: lo mismo sucede con la profundidad.

En realidad, lo más difícil son las dos pasarelas de tablas y sogas, construidas en los lugares donde el puente fue alcanzado por los ataques de la aviación sudafricana, en los días en que aún se atrevían a sobrevolar la zona. Aunque están fuertemente sostenidas a la estructura original, impresionan por su bamboleo a muy pocos centímetros del agua. Son, en total, unos ocho metros de susto.

Pienso que el verdadero peligro radica en no poder vencer el miedo, porque la indecisión puede llevarte a pasar un mal rato. Sin embargo, aunque me doy cuenta de esto, no puedo evitar la preocupación. Mi mayor problema, además de la inexperiencia, está en el peso que llevo encima: mochila repleta de cosas imprescindibles, fusil, cuatro cargadores con sus proyectiles, pistola, cantimplora llena, grabadora y varios casetes. No hay nada que pueda dejar y ya es tarde para regresar.

Ensimismado en esos pensamientos estoy, cuando llega mi turno en la primera pasarela. No puedo

detenerme porque vamos en fila india, uno detrás del otro. De pronto, el oficial cubano que viene detrás me pide la mochila, se la echa encima y se adelanta para mostrarme la mejor forma de cruzar. Ya del otro lado, me grita: “Sostenga bien la sogá, no mire al río, no se detenga, ¡adelante!”.



Gracias al esfuerzo e inventiva de nuestros ingenieros, el puente sobre el río Cuito continúa siendo una importante vía de comunicación con las unidades que defienden al este.

Salto a la pasarela. Me prendo al pasamano de sogá con toda la fuerza de los brazos; avanzo lentamente halándome hacia adelante; me bamboleo como una hamaca; no miro hacia abajo, pero siento la corriente del río casi pegada a mis botas. Finalmente lo logro.

La segunda pasarela, aunque le faltan algunas tablas, no logra impresionarme tanto. Ya en tierra firme, en la orilla este del Cuito, agradezco al joven oficial su solidaridad. Se me presenta como el primer teniente Carlos Gutiérrez Carmona, asesor para el trabajo político de la 25 Brigada. De esa manera, conozco a mi principal anfitrión.

No hay tiempo para conversar. Un carro de exploración nos espera un poco más allá. Arranca cuando sube

el último del grupo y vuela sobre el arenoso camino. Ya estamos en el territorio de la 25 BI.

23 de marzo: día de combate

Los heroicos combatientes que defienden el lado este del río Cuito jamás olvidarán el 23 de marzo de 1988. Todo comienza alrededor de las cuatro de la mañana...

Como ocurre hasta esos momentos, casi diariamente el de pie lo da la artillería enemiga, por eso muchos permanecen en los refugios, pensando que se trata del habitual hostigamiento. Sin embargo, pasados unos minutos, junto a las ya conocidas explosiones de los G-5 y las Valkiries, se escuchan el impacto de los morteros 160 y, en la lejanía, el ruido inequívoco de motores de tanques. Está claro: el enemigo intenta de nuevo apoderarse del poblado.

La orden de ocupar los puestos de combate se riega como pólvora por la 25 Brigada. Todos salen a sus respectivas trincheras con el armamento de infantería. Los antiaéreos corren hacia sus instalaciones, los tanquistas saltan escotillas adentro. Se escuchan, junto con la explosión de los proyectiles enemigos, frases de aliento: “¡Vamos a echar pa'lante! ¡Esa gente no pasa! ¡Aquí no se rinde nadie!”.

Arrecia el cañoneo sobre las posiciones. Nadie abandona su puesto. Los integrantes del pelotón de seguridad, que recién llegó el día anterior como parte del refuerzo de tropas cubanas ante la gran escalada sudafricana, agilizan el trabajo de acondicionamiento del terreno, pues apenas han tenido tiempo de instalarse. Desafían los proyectiles mientras cavan sus trincheras y pozos de tiradores; gran valentía la de estos muchachos en su bautismo de fuego.

Los jefes angolanos y los asesores cubanos recorren la brigada y dan órdenes e instrucciones precisas: “¡No disparen! ¡Dejen que se acerquen! ¡Nadie tire hasta que se ordene! ¡Firmes, camaradas!”.



Los hombres de la 25 Brigada de Infantería FAPLA ocupan su puesto de combate. La escena se ha repetido ininidad de veces en estos días.

El avance de los carros enemigos se escucha cada vez más próximo, aunque una gran ondulación del relieve impide verlos. Súbitamente, en esa misma dirección se siente una explosión..., y luego otra..., y otra. Grandes columnas de humo negro salen de la hondonada. ¡Están cayendo en los campos minados! La alegría reina en las trincheras, aun bajo el cañoneo. Son alrededor de las diez de la mañana.

Los combatientes son todo oído; del lado del enemigo suenan disparos de fusil. Una conclusión lógica se impone: hay pánico en sus filas ante la presencia de las minas; algunos, seguramente los fantoches de la UNITA y los de las llamadas Fuerzas Territoriales de Namibia, utilizados por los sudafricanos como carne de cañón en la infantería, han tratado de retroceder y a tiros los hacen regresar. “¡Caballeros –grita un cubano– déjenlos, que se están matando entre ellos!”.

Al mediodía, el campo de batalla parece un infierno. Nuestra artillería ataca desde la otra orilla del río Cuito; sus cohetes reactivos pasan por encima de las

cabezas de cubanos y angolanos y van a caer directamente sobre las unidades enemigas. Ellos, a su vez, responden furiosamente con los G-5, los morteros, los cañones y con las ametralladoras de sus blindados. Desde nuestras posiciones, los tanques T-55 del teniente coronel Ciro también hacen fuego.

A eso de las dos de la tarde comienza a llover. El médico y el político cubanos trasladan a un herido angolano; el cocinero, quien solo ha podido hacer un café bien negro, lo reparte por cada trinchera como si estuviera en las graderías del estadio Latinoamericano.

Cerca de las cuatro vuelve a arreciar el cañoneo enemigo. Están protegiendo su retirada; pero eso no lo saben aún nuestros combatientes, quienes ante la difícil situación gritan con todas sus fuerzas: “¡Por aquí no pasan! ¡Viva Fidel! ¡Viva Neto!”.

Poco a poco, se va apagando el ruido de los motores y de la artillería adversaria. Por último, solo se escuchan nuestros BM, morteros y obuses. Los angolanos golpean el suelo con un pie, mientras gritan con alegría: *¡Lume; lume con forza, lume con forza!*⁴

Son pasadas las cinco. El panorama es indescriptible. La euforia por la victoria se apodera de los hombres de la 25 Brigada. Cubanos y angolanos se abrazan: “¡Los jodimos, coño; los jodimos sin malgastar un tiro! ¡Tuvieron que irse pa'l carajo! ¡No pasaron; no pasarán...!”.

Como resultado de aquel combate se ocupa una cantidad considerable de armamento enemigo, en particular varios tanques sudafricanos, abandonados prácticamente intactos por sus tripulantes, quienes apenas tuvieron tiempo para agarrar lo más necesario y huir.

Una vez más fueron los cadáveres de los soldados de la UNITA los que no se pudieron recoger; uno de ellos fue destrozado por la estera de un blindado propio durante la precipitada retirada. Triste muestra de lo que aprecian los racistas a sus aliados negros.

4 Fuego, fuego con fuerza, fuego con fuerza.

Por nuestra parte, resulta herido un pequeño grupo de combatientes angolanos, que dieron muestras de gran valor en los momentos más difíciles.

La victoria del 23 fue total.



“No hay tanque sululú que avance por aquí”, afirmó este soldado.



El general de división Leopoldo Cintra Frías, *Polo*, jefe de la Agrupación de Tropas del Sur, a la derecha, y el general de brigada Miguel Lorente, jefe de las tropas cubanas en Cuito, examinan la situación directamente en el frente.

INSTITUYE EL CONSEJO DE ESTADO
MEDALLA POR LA DEFENSA DE CUITO CUANAVALÉ

El Consejo de Estado acordó instituir la medalla Por la Defensa de Cuito Cuanavale, que se otorgará a los miembros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en Servicio Militar Activo y de la Reserva, que de manera activa y abnegada hayan participado en la gloriosa defensa de esta posición en la República Popular de Angola, junto a las heroicas FAPLA, y mantengan una actitud ejemplar y consecuente.

La medalla, según el Decreto-Ley que la crea, firmado por el Presidente del Consejo de Estado, Comandante en Jefe Fidel Castro, se inscribe en el sistema de condecoraciones y títulos honoríficos y estimula a quienes han escrito una página histórica e imborrable en la preservación de la integridad territorial del hermano país angolano frente a los ataques de las fuerzas racistas sudafricanas, apoyadas por bandas fantoches y por el imperialismo yanqui.

Este reconocimiento se otorgará igualmente a los valerosos combatientes angolanos o de cualquier otra nacionalidad que hayan participado en esa batalla y contribuido de manera meritoria al fracaso de la escalada agresiva de las fuerzas racistas y fascistas sudafricanas.

El estímulo se conferirá también, con carácter póstumo, a los caídos en esta batalla a lo largo de más de ciento veinte días de inquebrantable resistencia.

Cuito Cuanavale, situada a 200 kilómetros al sudeste de la ciudad de Menongue, fue objeto de una gran escalada de las tropas sudafricanas, con el fin de aniquilar a los efectivos angolanos que habían participado en la ofensiva hacia el sudeste, dirigida contra la UNITA.

A petición del gobierno angolano, fueron enviados en diciembre asesores cubanos y personal especializado en artillería y tanques y más adelante algunas unidades de combate junto a los cuales y a los valientes soldados angolanos, la aviación cubanoangolana desempeñó un brillante y heroico papel en el curso de los combates.

De esta manera, los combatientes angolanos y cubanos frenaron, una vez más, a las tropas racistas y se convirtieron en un símbolo extraordinario de la dignidad de los pueblos de África y del mundo.⁵

Medallas en las trincheras

Ya tarde en la noche, me prestan un minúsculo refugio bajo tierra, el único que tiene luz, gracias a un bombillito de linterna conectado a una batería de camión. Me acomodo a duras penas en un banco de madera, hecho de una caja de cohetes BM-21. Solo al levantar la vista, la descubro a pocos centímetros de mis ojos. La rubia despampanante, desnuda y sonriente, me saluda impúdica desde la página de una revista para hombres. Turbado, sonrío cómplice ante la inesperada aparición. Inspirado por la “novia” de los cubanos de la 25 Brigada, escribo a mano y de una sola sentada, mi primer reporte desde Cuito:

Una pequeña grabadora portátil; nuestro Himno Nacional que se escucha bien bajito; una trinchera abierta en esta tierra arenosa, donde apenas crecen algunos árboles; una mochila llena de medallas; un proyectil enemigo que pasó silbando por el aire y fue a caer, como casi siempre, un poco más allá...

5 Periódico *Granma*, La Habana, 23 de marzo de 1988.

Y ellos: los homenajeados. Los hombres que se han convertido en historia en este pequeño valle al este del río Cuito; los mismos que tantas veces han golpeado a los racistas sudafricanos y a sus aliados que, desde hace varios meses, sueñan —cuando pueden dormir— con tomar el poblado. “¡Sirvo a la Revolución socialista!”, dicen emocionados cubanos y angolanos cuando colocan en sus pechos las condecoraciones que diez millones de cubanos les mandan como sencillo homenaje por su heroísmo.

Las reciben en sus puestos de combate, de dos en dos, de tres en tres, en pequeños grupos; en cada caso según permitan las circunstancias.

He visto ojos emocionados: bravos combatientes que no pueden evitar una lágrima traicionera cuando sienten junto a sus corazones las medallas Por la Defensa de Cuito Cuanavale.

Los he visto abrazarse allí, en las trincheras, junto a sus tanques, antiaéreas, fusiles; estrecharse las manos africanas y las latinoamericanas, las mismas que se han mantenido unidas en cada momento de la legendaria defensa de este pedazo del territorio angolano.

¡Qué más puedo decir! Cada uno de ellos constituye por sí mismo un monumento al valor, al estoicismo. Y ahora, tan de cerca, uno los ve cual son: sencillos, alegres, llenos de fe y añoranzas. Son hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, que aman y sienten; que esta tarde gritan: “¡Viva Fidel!” con todas las fuerzas de sus pulmones, como para que los oigan del lado de allá de las trincheras.

Inolvidable este momento. Aquí cada quien tiene su propia hazaña: el médico cubano que empuña cualquier arma y explora decenas de kilómetros en la retaguardia del enemigo; el conductor angolano que no abandona su carro

averiado por un proyectil y lo repara bajo los cañonazos enemigos; la tripulación mixta de cubanos y angolanos que se baten en su tanque contra fuerzas del adversario y las hacen retroceder.

Así son ellos. Quizás mañana, o esta misma noche, tengan que enfrentar un nuevo ataque enemigo. Entonces brillarán más que nunca las medallas en sus pechos y será más inquebrantable su decisión: ¡seguirles rompiendo los dientes a los sudafricanos y sus fantoches en Cuito Cuanavale!⁶

Arranco las páginas a mi agenda, debo entregarlas enseguida, junto con los rollos de Leonel. Mañana en la mañana uno o varios soldados deberán llevar nuestro reporte al otro lado del río, otra misión de combate que deberán cumplir, aunque les vaya en ello la vida. Desde allí, en helicóptero, llegará el paquete a Menongue, para irse más tarde en el primer avión militar que salga hasta Luanda; y luego en otro de pasaje hasta La Habana. El viaje inverso a la semilla está lleno de riesgos. Menos de una semana después tendré en mis manos el periódico *Bastión* con mi primera crónica desde la 25 Brigada.

“Alegre” despertar

Luego de la comida y del programa de música cubana, el cual escuchamos unas diez personas apretujadas junto al radio portátil, nos retiramos a descansar al refugio del político, donde también viven el médico, el jefe de retaguardia y un soldado.

Leonel se acomoda en su hamaca con la nariz casi pegada al techo, y yo ocupo la balsa sobre el suelo. El día ha estado plagado de emociones, y ahora el cansancio

6 Archivo personal del autor.

junto al agradable fresco que se cuele por la entrada del refugio, me ayudan a dormir plácidamente...

Del sueño a la pesadilla. Primero siento un ruido lejano, como si todavía estuviera en brazos de Morfeo. De pronto, el ruido se convierte en estruendo. Tiembla la tierra y se ilumina la madrugada. Apenas tengo tiempo para, en la oscuridad del refugio, comprender lo que sucede. Leonel cae desde su hamaca exactamente encima de mí. “Cuando sientas el primer cañonazo, tírate al suelo”, le había dicho alguien, y él ahora lo cumple al pie de la letra; solo que ahí estoy yo.

Cuando el suelo tiembla sobre la cabeza, unos se encomiendan a Dios, otros a su santo predilecto, y los terceros –la mayoría– confiamos en la suerte o en aquellos que construyeron el refugio donde nos agarramos a la vida.

Leonel y yo nos protegemos como podemos, hechos casi un ovillo en el fondo de aquel hueco, pues estamos a la entrada, por donde fácilmente puede colarse una esquirra. Miro mi reloj iluminado por las luces de los fogonazos: son las cinco y siete minutos de la mañana del 2 de abril de 1988; jamás lo olvidaré.

“Están tirando con todo, se parece al 23”, escucho a alguien comentar a mi lado, mientras advierto solo las siluetas desparramadas que se mueven en este amanecer de truenos y voces bajo la tierra. Entre explosión y explosión discuten animadamente dos de mis anfitriones, ambos discrepan con convicción:

–¡Esa es la Walquiria, compadre!

–¡No, no, no –interrumpe a gritos el otro– ese es el G-5, hermano, la Walquiria hace bum, bum, bum, bum, y el G-5 y el G-6...

–¡¡¡Booommm!!! –le responden en la práctica los sudafricanos.

–Óyelo viejo...

Juro que es la discusión más loca y surrealista que he escuchado en toda mi vida.

El alegre despertar dura como quince minutos que a mí me parecen un siglo. Después, durante todo el día,

los sudafricanos se mantienen tirando indistintamente sobre una y otra posición cada cierto tiempo. “Nada —me explica un soldado cubano—, que los muy hijo’e putas pusieron el cañoncito a la entrada del baño y cada vez que va uno, hala el cordelito como si fuera la cadena...”.

Del refugio, con la primera claridad del día y el suelo todavía humeante, salimos a entrevistar a estos héroes de caras sucias y sin afeitarse o todavía lampiños de tanta juventud. En el Caimán tienen que saber de ellos cuanto antes. Para eso vinimos nosotros.

No importa cuánto demore, ni todas las veces que debamos meternos en los refugios a causa de los cañonazos sudafricanos. Iremos de trinchera en trinchera en busca de sus testimonios. Le insisto a Leonel que ajuste bien cada tiro con su cámara. Por mi parte, quiero grabarlo todo hasta con el último de mis sentidos: el olor a pólvora y a carne quemada, la arena perenne entre los dientes, el roce del fusil sobre los hombros, las ampollas en los pies y las caras ennegrecidas por el sol y la metralla.

Ahí está la de la piel curtida del teniente coronel Ciro Gómez, que no pudo contener las lágrimas cuando le impusieron su medalla de héroe; la del teniente Benito Tena, apacible como la de un niño bueno; la del general de brigada Miguel Lorente, el jefe querido por su tropa y temido por el enemigo. Pero están los rostros increíblemente alegres e inolvidables de cada uno de estos jóvenes combatientes de mil nombres distintos, que posan para la cámara, para que sus mamás los vean en Cuba.

Sosa: ¿Por qué la 25 Brigada?

Al teniente coronel Fermín Sosa Borrero, asesor principal de la 25 Brigada de Infantería, lo dejo hablar casi cuatro horas.

Solo lo interrumpo para hacer algunas aclaraciones necesarias. Su testimonio, como esperaba, es el más

completo de cuantos obtengo acerca de los sucesos de Cuito; acaso porque este mulato de cuarenta y cuatro años entonces, cuyos cabellos encanecieron antes de tiempo, domina a la perfección la más hermosa y útil de las asignaturas: la filosofía de la vida.



El teniente coronel Sosa es condecorado con la medalla Por la Defensa de Cuito Cuanavale en las trincheras de su invencible 25 Brigada.

Amigos y enemigos: he aquí el secreto de por qué la 25 Brigada de Infantería de las FAPLA se convirtió en el principal baluarte de la victoria angolano-cubana en Cuito Cuanavale. El teniente coronel Sosa lo conoce como nadie:

Yo llegué con treinta y cuatro hombres, personal de asesoría; éramos poquitos. A ningún cubano de la 25 Brigada se le ha llamado nunca asesor, porque cuando llegamos a la defensa el primer día, el 3 de enero de 1988, y considerando la situación existente, entendimos que era mejor que se nos llamara simplemente compañeros cubanos.

Se ha dicho siempre que somos hermanos de combate, de lucha, resulta incoherente entonces llamarnos asesores; para nosotros constituyó una forma concreta de acercarnos a los angolanos. Al principio comenzaron a llamarnos así, pero el mismo primer día, después de siete horas de trabajo continuo uno junto al otro, ya el capitán Antonio Valeriano, el jefe de la brigada, se había acostumbrado a llamarme simplemente Sosa, o por el grado, teniente coronel. A él lo llamábamos Comandante (jefe). Para la tropa yo soy el comandante cubano y los demás de nuestro grupo son simplemente compañeros cubanos, es decir, aquí no hay asesores, ni de palabra ni en la práctica, nuestra única diferencia es el país de origen de cada cual, por lo demás somos en todo iguales.

Así, desde el primer momento, comenzamos a trabajar para fortalecer la defensa y preparar al personal necesario. Ya ese mismo día, desde la primera visita a las pequeñas unidades, nosotros queríamos oír a la gente, oír al soldado, al oficial de menor graduación, al jefe de escuadra, de compañía, de pelotón. Al final teníamos una valoración muy fuerte del estado de la tropa.

Había pesimismo, mucha incertidumbre, porque los sudafricanos llegaron con mucha fuerza, y cuando usted hacía la comparación entre lo que traían esos salvajes, los degenerados esos, y lo que tenían ellos allí, en la defensa, entonces había que decir que en esas condiciones el sacrificio en vidas iba a ser muy grande. Para evitar eso, desde el inicio hubo que sacarle al terreno y a las posibilidades del armamento el máximo; pero, sobre todas las cosas, a las posibilidades del hombre.

Por eso, junto con Valeriano, comenzamos a preparar a los tiradores, a los combatientes más simples, a esos que nadie les presta atención. Generalmente, todo el mundo habla de la estrategia, la idea del combate, la orden del jefe, pues todo eso tiene una base que se llama el soldado, porque cada vez que tú rayas un mapa y haces una flecha, en la punta va un soldado. Por lo tanto, hay que empezar a trabajarlo todo desde abajo.

Los primeros con quienes hablamos fue con los exploradores y con los radistas. Les dijimos que aquello había que virarlo al revés, que si la exploración se estaba haciendo hasta ese momento a cinco kilómetros, había que hacerla ahora a más de veinte. Pues bueno, todos los angolanos se pusieron —como decimos nosotros— para el número de la exploración.

¿Qué ocurre con esto? Si uno se remonta al origen del conocimiento humano, sabe que cuando el hombre no puede explicarse las cosas siente temor. Allí no había cobardía, como algunos dijeron. Esos mismos soldados llevaban mucho tiempo combatiendo y habían logrado empujar a las tropas regulares de la UNITA hasta Mavinga, allá pegado a Namibia. Pero en ese momento había un mito, había, porque ya lo perdieron, de que los sudafricanos eran súper poderosos, porque es verdad que entraban y mataban como si nada. Se aprovechaban de la poca preparación cultural de la población y hacían su propaganda. Al final, el resultado que se veía era el muerto, el destrozado, y el soldado angolano eso era lo que aprendía. Aunque el jefe esté muy bien preparado como es el caso de Valeriano, la tropa no sabía, no conocía al enemigo. Por lo tanto, había que hacer que lo conocieran, había que ir a buscarlo.

Se orientó entonces que a la retaguardia fueran grupos mixtos, mixturados como decimos aquí, de angolanos y cubanos, y se dispuso que todo el que regresara de la retaguardia tenía que dar una imagen real de lo que estaba aconteciendo allí y no la imagen supersticiosa que se tenía. Había que buscar la verdad.

Pasamos a una etapa superior de la exploración. Entre los exploradores se desarrolló el hábito de no solo informar por el movimiento o por la escucha. Había que ver al enemigo. Gracias a eso descubrimos cuándo llegó el primer refuerzo de fuerzas territoriales namibias a la región.

¿Qué pasa? Los exploradores en una ocasión advirtieron una diferencia de uniforme en las tropas que estaban del lado de allá, apoyando a los sudafricanos. Nosotros acostumbramos a reunirnos personalmente con los compañeros que regresan de cada exploración, para conversar en directo con el explorador, además de los partes que recibimos de los especialistas. Los sentamos en un marco diferente, en mi refugio, encima de un palo; porque aquí no hay piedras, o en cualquier otro lugar; y entonces en una de esas conversaciones salió algo que no estaba en los informes oficiales, y era el vestuario; cómo estaban vestidos algunos de allá. Son esas cosas que ocurren cuando uno ya está viejo y se pone a conversar y preguntar por detalles. Me dijeron que eran unos negros muy grandes, muy altos, que todo el armamento que tenían era nuevo y estaban vestidos con un uniforme muy bonito.

Yo me quedé pensando en aquello: negros grandes nada más que hay en Namibia; los angolanos no son tan altos. Aquel dato lo comprobamos con uno que vino de un grupo de exploración de la Región Militar, que había

ido en otra dirección y había dado la misma información. Eso nos permitió determinar que, además de los sudafricanos y la UNITA, había allá una tropa nueva desde enero: un refuerzo. Ellos no estaban en situación difícil, tenían superioridad en el aire, en la artillería, dominaban el sector terrestre. ¿Para qué les hacía falta un refuerzo? Pues para asestar un golpe todavía más poderoso que el anterior a la 21 Brigada. Había que descubrir la dirección principal de ese golpe; por lo tanto, si los exploradores habían logrado esos datos a unos quince o diecisiete kilómetros de la defensa, había que ir más lejos todavía, había que encontrar el corazón de aquel golpe.

Entonces le propusimos al jefe de la región realizar la incursión a la retaguardia con destacamentos de exploración para el combate, y el 17 de enero se envió una compañía reforzada, con una incorporación de cubanos más grande todavía. Distribuimos las misiones: allí había quien no iba a explorar. Al jefe de la compañía, por ejemplo, se le asignó una seguridad especial cubana, y esos dos hombres no tenían otra misión que no fuera cuidar la vida de ese jefe angolano.

Pedimos el apoyo aéreo y comenzamos la incursión. Aplicamos la variante de no irnos por los flancos, ni por los intervalos, que es por donde siempre esperan a los exploradores; los mandamos directamente por el frente de la defensa, aprovechando un terreno algo pantanoso y que el enemigo no tenía allí fuerzas suficientes. Se los metimos por ahí, con tan buena suerte que no tuvieron ni siquiera que combatir en esa región.

El golpe aéreo se dio con la escasa aviación que teníamos en esa etapa, y yo te digo, entre el

enemigo se forma mucha consternación cuando aparecen los aviones nuestros, tanto para los pilotos sudafricanos como para sus tropas terrestres. Porque la forma del picado de los cubanos es diferente; mete miedo ver al piloto cómo hace así y se sube allá arriba que parece un mosquito y baja echando fuego, así; a unos escasos cien metros, ciento cincuenta metros del terreno es que levanta, entonces golpea doble; con el fuego y con el ruido y ese ruido en los oídos, es muy... te lo digo, porque lo aguantamos... cuatro veces por lo menos; cada vez que pican arriba por la forma del picado se manda: “alto el fuego, que son cubanos”; en cuatro ocasiones picaron muy cerca, pues en aquellos momentos todavía la conducción estaba en Menongue, después se trajo para Cuito. Así que yo sé muy bien lo que le ocurre al enemigo.

Entonces dimos ese golpe y mandamos a los exploradores. Ahí fue el político cubano de la brigada; él me respondía a mí por aquella operación que, además, era probando para ver cómo se hacía con la menor cantidad de bajas. Siempre calculamos que para defender la región debíamos tener muchas bajas, yo calculaba que por lo menos un tercio de la brigada debía morir para mantener aquello. Sin embargo, ese destacamento fue, cogió los elementos necesarios y regresó sin problemas.

Pero el dato no estaba completo. Ya sabíamos que había una gran agrupación enemiga frente a nosotros, aunque aún no teníamos idea de hacia dónde se dirigía el golpe principal; era necesario hacer que ellos revelaran la ubicación de su artillería, que tiraran con ella, había que obligarlos a disparar.

En esos días hirieron al jefe de la vecina 59 Brigada y el mando angolano decidió enviar a

Valeriano a dirigirla. Entonces en la 25 asumió el mando su segundo, el capitán Donga. Cinco días después decidimos con él enviar un batallón a la retaguardia del enemigo.

Los cocineros se van de exploración

La locuacidad y la gran memoria del asesor cubano de la 25 Brigada, Fermín Sosa Borrero, hacen que quienes lo escuchemos podamos reconstruir cada momento al detalle, por eso su relato continúa:

Yo me reuní con el batallón debajo de una arboleda. Sacamos a ese batallón de la primera posición y nos pusimos a prepararlo. Se hizo un trabajo serio, riguroso, de control del personal, incluyendo a los cubanos. El propio médico de la brigada, Rubén, que es uno de los que mayores conocimientos científicos tiene, nos ayudó a preparar a la gente desde el punto de vista psicológico; pero resulta que, en el decurso de ese trabajo, nadie pudo evitar que él mismo encontrara su lugar en aquel destacamento y además que lo exigiera; ni tampoco se pudo evitar que los cocineros también exigieran ir. Realmente, ellos nunca vinieron con esa misión específica de cocinar; se incorporaron a la tarea por necesidad.

Pues resulta que solicitan que yo me presente en la cocina, donde se habían reunido, y me dicen con mucha solemnidad que querían hablar conmigo. Yo ni remotamente me imaginaba que se hubiera filtrado a los cocineros que iba a salir un destacamento; aquello se hacía con mucho cuidado; pero resulta que dos de ellos eran tiradores de lanzagranadas, y su jefe, es decir, el jefe de los tiradores de lanzagranadas, iba en el grupo: por ahí se enteraron.

Llegué a la cocina, instalada en una especie de refugio, y me los encontré reunidos. Entonces el más viejo de los cuatro, de unos cuarenta años, me dijo: “Hemos pedido que esté usted aquí para informarle una decisión que hemos tomado: nosotros solicitamos estar en ese destacamento que va a salir, por cuanto no viajamos a Angola a cocinar, y como nuestra misión es precisamente combatir, entonces nosotros necesitamos estar incluidos en ese grupo; y para que no nos pregunte qué hicimos para prepararnos, mire: el relevo mío en la cocina es este soldado que está aquí...”. ¡Ellos se las habían arreglado para enseñar a otros, para que no se parara la alimentación! Aquello nos conmovió tanto... Dos son de Sancti Spíritus, uno se llama Ramón y al otro le decimos cariñosamente Banao, los otros dos, los más jóvenes son Irán y Jorge, ambos de La Habana. Aquello fue muy abrumador, como digo yo; allí el tiro estaba sato y no era normal que alguien pidiera ir a la retaguardia del enemigo, aunque tampoco nadie decía que no. Tuvimos que incluirlos en el destacamento de exploración, y ya aquello no hubo quién lo parara, porque terminaron aniquilando tanques y carros del enemigo; por eso se habla tanto de los cocineros de la 25 Brigada.

Se preparó minuciosamente a cada soldado del grupo; se comprobó todo: el armamento, los equipos de comunicación y otros medios. Para el comandante angolano, jefe del batallón, era su primera incursión en la retaguardia del enemigo; esta vez también designamos a cubanos para que respondieran por su vida, porque cuando se está dirigiendo el combate uno se descuida. Angolanos y cubanos del destacamento estuvieron un buen tiempo juntos,

podieron conocerse mejor y entablar amistad. Los nuestros no iban como asesores, sino como soldados, a combatir como los demás.

Esperamos la orden para mandar al grupo y la despedida fue con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. La salida la propició un nuevo golpe aéreo con una escuadrilla de cuatro Migs. El destacamento salió en dos grupos por el mismo lugar que la vez anterior y el enemigo no pudo detectarlos hasta que no estuvieron en su propio corazón.

Ese grupo sí logró lo que nosotros queríamos. Los sudafricanos movieron su dispositivo de combate, incluso, pusieron una batería de G-5 para que le tirara al destacamento. Y cuando se les ordenó que regresaran, porque por radio habíamos escuchado cómo se organizaba el enemigo para tratar de eliminarlos, les tiraron más de setenta granadas de morteros; pero no pudieron hacerles bajas.

Nos fajamos donde nos da la gana

El teniente coronel Sosa continúa rememorando y revelándonos los momentos más importantes de las victoriosas operaciones en Cuito.

Habíamos descubierto que el golpe principal sería dirigido contra la 59 Brigada, como realmente ocurrió el 14 de febrero. Nos preparamos para recibir ese golpe y apoyar a la brigada vecina en su rechazo. Fue así como se organizó, desde entonces, el contrataque con los tanques del teniente coronel Ciro; también organizamos varias líneas de fuego y la cooperación entre las dos agrupaciones, para que el enemigo no se colara en el interior de la defensa. Esto funcionó así el día del ataque.

Carmona, el político cubano, tiene la particularidad de estar siempre en la dirección más difícil y esto me ayuda a mí mucho, porque puedo tomar una decisión a partir de las informaciones que me proporciona. En 1976, él perdió a un hermano en Angola, era piloto, por eso una vez tuve que decidir no enviarlo más a la retaguardia, pues cada vez que iba a una exploración, lo que quería era cazar sudafricanos y eso era peligroso. Pero bueno, ese día 14, él salió a las 17:00 horas por frente al borde delantero de nuestra defensa hacia un extremo de la defensa de la 59 Brigada, a comprobar el movimiento del enemigo. Por su informe supimos el momento en que este paró el ataque a la 59 y una hora después comprobamos que se proponía cercarnos en una posición desventajosa para nosotros.

Tuvimos tiempo de mover la brigada hacia otro lugar, lo cual estaba en nuestros planes, porque una de las características de esa primera etapa de la defensa de Cuito fue precisamente la de ir moviendo escalonadamente nuestra defensa hacia atrás, acercándonos cada vez más al río. No nos podíamos fajar con el enemigo donde él quería, sino donde quería nuestro mando, donde nos daba la gana. Ellos nos hacían el juego sin saber nuestra táctica.

Hacer la defensa escalonadamente, en posiciones, era lo ordenado, porque nuestra defensa inicial estaba muy lejos de Cuito, casi a treinta kilómetros y eso resultaba peligroso para nosotros y ventajoso para el enemigo. Nos traía problemas con los abastecimientos, incluso con el agua. Además, a esa distancia los sudafricanos dominaban todo el teatro con la aviación y su artillería. Aquellos movimientos nuestros también servían para quitarles la iniciativa a

los racistas y hacer que se desgastaran y nunca estuvieran seguros de nuestra próxima acción. Siempre nos movimos a partir de decisiones de los comandantes en jefe cubano y angolano, como sucedió el 25 de febrero.



El primer teniente Carlos Gutiérrez Carmona, político de la 25 Brigada, es condecorado y ascendido junto a sus compañeros de lucha.

Los sudafricanos ayudan a tomar la posición definitiva

El testimonio del teniente coronel Sosa tiene un valor incalculable, que él ahora no puede aquilatar. Se trata precisamente de la experiencia del jefe que, en las primeras trincheras del combate, ejecuta las órdenes de su Estado Mayor. Valga decir que, en la mayoría de los casos, se trataba de aquel Estado Mayor General, situado a miles de kilómetros de distancia: en La Habana.

El 24 vinieron el coronel Viet Nam, del mando superior de las FAPLA; el teniente coronel

Batista, *Ngueto*, jefe de la 6ta Región Militar, la de Cuito, y el coronel Ermio Hernández Rodríguez, asesor principal cubano, y nos plantearon que nuestra brigada había sido designada para hacerse cargo sola del sector este del río, lo cual era una decisión del Comandante en Jefe Fidel, en coordinación con el alto mando angolano. Debíamos movernos hacia la actual posición que es la definitiva.

El primero que llegó fue Batista. Ese compañero tiene un desapego por la vida que es algo muy grande; él no entiende la palabra miedo, no la conoce. Llega a nuestra defensa sin avisar, o sea, cruza el puente solo, sin protección ninguna y yo me entero de que está en la brigada, porque me lo dicen nuestros hombres cuando lo ven.

Como a las diez de la mañana nos plantearon aquella misión. Había datos de que el enemigo estaba preparándose para atacarnos. La 59 Brigada se movería hacia la profundidad y debíamos organizar la cooperación con ellos para garantizar su movimiento. En nuestro caso, la idea era que debíamos dejar un batallón en la primera posición para que asegurara el desplazamiento del resto de la brigada y que, al mismo tiempo, resistiera el golpe del enemigo si atacaba como se suponía.

La nueva posición sería, como dije, la definitiva, porque está a tres kilómetros del río Cuito y de aquí para atrás no hay a dónde irse. Es algo así como el mismo dilema que en la defensa de Moscú y los hombres de Panfilov: no hay para dónde retroceder, porque detrás está Cuito...

El político y el médico no habían asistido a esa reunión, pero advirtieron que había algo en el ambiente. Valeriano había regresado de la 59 Brigada de nuevo para dirigir la nuestra, y por primera vez fuimos al reconocimiento

todos juntos: Ngueto, el jefe de la brigada y yo, lo cual era algo extraño porque nosotros, por un problema de seguridad, nunca andamos juntos, excepto cuando debemos tomar una decisión muy importante, y ese era uno de aquellos momentos.

Valeriano estaba muy preocupado porque el movimiento que se iba a hacer era muy grande, el enemigo podía confundirlo con una retirada y nos atacaría de inmediato. La misión era en extremo difícil. Hubo que redoblar el control, reforzarlo todo y hacerlo de manera tal como si no fuera a suceder nada. Además, era una orden de... nosotros hacemos un gesto así, que es correr la mano por la barbilla, lo cual equivale a decir que es una orden de Fidel y tiene que ser cumplida. “Oye, mira, esto lo ordenó...” [se pasa la mano por la barbilla] y la gente entiende, no hay que explicar más.

El jefe de la región también estaba preocupado. Él nos preguntaba:

—¿Ustedes pueden aguantar la defensa?

Nosotros le respondíamos:

—Hasta ahora hemos aguantado. Siempre hemos aguantado la defensa.

Pero una cosa es lo que uno piensa y siente, y otra es la realidad. Allí el enemigo había concentrado muchas fuerzas, y ahora el golpe, en vez de contra tres o dos brigadas, sería contra una sola: la nuestra.

Allí no había nadie que se riera en esos momentos, ni chiste que nos sacara de las preocupaciones. Yo repetía constantemente:

—¿Cuál es la orden, ir para allá atrás? Entonces eso es lo que hay que hacer, porque los que están pensando allá arriba están más claros. Nosotros creemos que aguantamos aquí; pero

la opinión del mando superior es otra, y es eso lo que vamos a cumplir.

Como lo habíamos previsto, comenzamos a movernos a las cuatro de la mañana del día siguiente, el 25 de febrero. Para ello organizamos varios grupos de exploración, capaces de controlar el terreno por donde se esperaban a las agrupaciones principales del enemigo. Controlarían unas elevaciones y el antiguo puesto de mando que quedaría en territorio de nadie. También debíamos dejar artilleros que fueran capaces de ofrecer, cuando se instalara la artillería en la nueva posición, los datos de fuego necesarios para rechazar el ataque, que sin duda sería nocturno, antes del amanecer.

Exactamente a las cuatro de la mañana, cuando se dio la primera orden de iniciar el movimiento, comenzó una descarga de artillería sudafricana y el avance de sus blindados. Ya la 59 había salido y el enemigo entró en su antigua defensa, pensando que la brigada estaba allí todavía, y se desplegó en esas posiciones. Los exploradores me lo informaron, y yo dije: “Bueno, yo no sé qué combate van a hacer ellos ahí, porque ya la 59 está del otro lado del río”. A mí el avance por el flanco en ese momento no me preocupaba mucho, porque nosotros estábamos entre dos ríos y no nos podían atacar ni por un lado ni por el otro; tenían que hacerlo por el frente de todas maneras.

Solo nos asaltó una preocupación. Ellos concentraron baterías de morteros desde seis posiciones sobre el puesto de mando, que aún no se había movido, y usted sentía cómo el proyectil salía y caía; teníamos arriba un diluvio de plomo. El asesor cubano de la defensa antiaérea de la brigada había ido hasta una posición delantera, donde estaba la artillería

antiaérea de tubo, lista para tirar como terrestre, para darle la orden de moverse, porque si no de allí no se iba ningún angolano. Cuando él venía de regreso se quedó encerrado con toda aquella tropa en una señora concentración de fuego, que el enemigo había hecho sobre el puesto de mando. Por fin lograron salir, pero aquel negro venía blanco del susto.

Dio la impresión de que el enemigo quería apoderarse del sector; la situación era muy difícil, pero se nos ocurrió solicitar el fuego del mando superior sobre la antigua posición de la 59, donde estaban emplazados los morteros enemigos. Entonces comenzaron a ripostar los G-5, a los cuales nosotros no teníamos cómo responderles: solo lo podía hacer la aviación, y esa madrugada hicieron un vuelo bien temprano, que salió para la gran profundidad a caerle atrás a los G-5, la única manera de impedir que tiraran. Si estaba la aviación en el aire, los cañones no tiraban. De esa forma nos quedamos nosotros fajados con la artillería mediana y pequeña nada más.

Por cierto había un jefe de pelotón artillero, un cubano que ya se había destacado en otra ocasión, y yo decidí poner aquel pelotón, compuesto por dos obuses y un BM-21 en medio de una chana, para poder proteger el sector entre dos batallones y el puesto de mando, con la misión de tirarle a tiro directo a todo lo que se moviera en el lugar. Él no recibiría otra misión, porque sus equipos de comunicaciones se habían puesto de baja y no hubo tiempo de repararlos para esa operación. ¡Había que ver la bola de fuego que salía del BM-21 y caía a tiro directo en las columnas del enemigo! Y los dos obuses solo se oían bum, bum, bum sin parar ni un momento. Yo los vi al final

del combate y estaban negros de todo lo que habían tirado. Ese pelotón se dio banquete.

Así, a la vista del enemigo, hicimos todo el movimiento. Ellos, como dijo Fidel, no supieron aprovechar la situación. Era una unidad que se estaba moviendo; si nos van a arriba en ese momento nos hubieran hecho pasar un mal rato. Pero no se movieron, por el contrario, nos ayudaron. Yo al principio pensé que tendríamos que salir de allí sin combatir, pero por fin presentaron combate y volvió la alegría al cuerpo; entonces la cosa fue como siempre, incluso hay una anécdota graciosa:

En Cuito las noches son muy oscuras, y ese día no había visibilidad alguna para hacer el movimiento; era una dificultad que hacía más compleja la misión; pero los sudafricanos —digo yo en broma— nos situaron una batería de G-5 para iluminarnos el camino. Esto, contrariamente a lo que ellos pensaban, nos ayudó. Yo iba en el camión, y cuando tiraban un proyectil y se iluminaba el camino, avanzaba; cuando se apagaba, paraba. A veces había tres y cuatro proyectiles en el aire. Eso sirvió a la brigada. Aquello daba risa. Los batallones, la defensa antiaérea, el puesto de mando, todo el mundo se movió muy rápido, gracias a la magnanimidad de los sudafricanos, que nos alumbraron el camino.

Ya entre las siete y siete y treinta de la mañana, la tropa estaba lista para el combate en la nueva posición. El último batallón en salir se mantuvo en su lugar hasta el final, fajado de tú a tú con cientos de carros enemigos, y no se movió hasta que no se le ordenó salir. Esos angolanos se portaron como héroes.

Lo que no sabe un piloto cubano

El experimentado asesor cubano sonríe continuamente sin detener su relato.

La operación tuvo un sellito característico. A eso de las 16:00 horas se había producido un combate aéreo en la profundidad del enemigo y el avión venía a aterrizar en Cuito, porque se le había acabado el combustible. Imagínese, ya en ese momento la brigada estaba lista y en espera de rechazar cualquier ataque enemigo, y de pronto, aparece en la dirección de este, y de forma no acostumbrada, un avión que le va para arriba a la brigada. Nosotros pensamos: “Bueno, este se volvió loco”, creyendo que era un sudafricano. Imagínate tú, todos aquellos cañones nuestros...

Se dio enseguida la alarma antiaérea y todo el mundo estaba listo para tirarle. Pero por la forma en que venía el avión, por la manera aquella de volar, yo no sé por qué —y ahora me demoro más tiempo en contarlo que como sucedió en realidad— le digo de pronto al jefe de la defensa antiaérea: “¡Alto el fuego!”. Él no dijo nada. Me entendió enseguida y al momento dio la señal con una vaina de cañón que tenemos para eso y la señal se repitió como pólvora ardiendo por toda la brigada. Todo esto ocurrió en fracciones de segundos.

Entonces yo dije: “Es cubano, porque a mí un sudafricano no me hace eso”. Pues bueno, ese piloto nuestro se salvó de milagro. De las tres instalaciones antiaéreas, ya dos lo tenían a tiro y los cañones no dispararon por segundos, pues ellos solo sentían el avión enemigo y enseguida hacían una barrera de fuego en esa dirección. Pero ese día no tiraron. El piloto no

conoce que dos C-10 le apuntaron y que una batería de ZU-23 le iba a hacer la barrera. ¡Y pensar que por la forma de volar no tumbamos el avión! Se puso de suerte, pues el jefe de la defensa antiaérea y yo estábamos parados en la puerta del puesto de mando y no dentro, porque si no, lo tumban.⁷

¡Se están cayendo por parejas!

Sosa hace un alto, medita... y, segundos después, continúa su testimonio:

En la brigada han sido derribados cinco aviones enemigos. El C-10 tiene la característica de que cada vez que sale un cohete, el avión se cae. Y cada vez que en la brigada se tira un cohete antiaéreo, yo no puedo evitar que detrás todo el mundo salga de los refugios para ver cómo cae el avión; entonces lo que se forma es mucho.

Uno de esos días cuando había un fuerte ataque aéreo enemigo, que duró como veinte minutos, se tumbaron dos aviones, casi uno detrás del otro. La algarabía que se formó fue tanta que cuando los radistas lo informaron al mando superior, lo que se oía era la gritería. Entonces el general César Lara me llamó desde el puesto de mando y me preguntó con ese tono característico suyo:

—¿Qué te pasa?

—Jefe, ni le puedo contar, porque esto que hay aquí nada más se puede entender viéndolo. ¡Óigame, se están cayendo por parejas!

7 El relato de Sosa coincide con el aterrizaje de emergencia del piloto Eladio Ávila, ese día, en la pista abandonada de Cuito Cuanavale, narrado en un capítulo anterior.

Le digo eso y con la misma viene el tercero, se le tiró y salió también echando humo negro.

—¡Son tres! —le dije al general.

Pero ese tercero no lo vimos caer, se fue echando humo, por eso no lo contamos; solo contamos los que vemos caer.

Entre nuestros antiaéreos se establece una especie de emulación: consiste en ver quién oye más lejos al avión enemigo y quién le tira primero. Pero sucedió que en una ocasión uno de ellos no lo oyó y el avión entró. Le tiraron los cañones, pero aquel C-10 no tiró y el aparato se fue. Pues, bueno, yo tuve que ir a hablar con esos angolanos, porque ese día no quisieron almorzar; se sentaron los cuatro en posición de fuego, encima de la pieza, y yo los miraba y pensaba: “Se van a achicharrar allí al sol”. Al día siguiente entró otro avión y cuando sonó el primer cañón, salió también el cohete: lo tumbaron. Había que ver los brincos que daban esos muchachos; era una fiesta lo que tenían. Ese fue el cuarto avión que yo registré.

El 27 de febrero en Cuito se recibió un cable de Cuba. El jefe del Estado Mayor del puesto de mando principal envió a la brigada la siguiente comunicación. La leo textualmente [Sosa tiene el papel a mano]

“Aquí te va una nota estimulante. Alejandro⁸ está contento con la operación que se hizo el día 25, de ocupar las nuevas posiciones de forma organizada, bajo la influencia del enemigo y combatiendo. Mandó a decir que todos están contentos con esto, que fue una idea de él, y la forma organizada en que se cumplió. Esto debe ser de conocimiento de todo el grupo como estímulo al resultado”.

8 Seudónimo de guerra del Comandante en Jefe Fidel Castro.



Dotación angolana de una instalación antiaérea C-10.

“Ambarajá”: el parte más cómico de Cuito

Sosa continúa:

El 1ro de marzo recibimos el primer ataque enemigo en las nuevas posiciones. Esta vez, lo estábamos esperando casi con alegría. Ya desde la profundidad comenzaron a tener pérdidas. Nuestros ingenieros habían minado todo aquello de manera tal que el enemigo nunca ha sabido exactamente cómo está formado nuestro borde delantero. Entraban por un lugar y les explotaban las minas; se retiraban; al poco tiempo volvían a intentar pasar por el mismo lado, pensando que allí ya no había nuevas minas y se encontraban con que volvían a volar, porque nuestros zapadores habían minado nuevamente.

Ese día iniciaron el ataque como a las tres de la mañana; hostigaban nuestras posiciones; también tiraban contra el puente y contra los

medios anfibios que nos abastecían. Trataban de aislar la brigada. Al mismo tiempo avanzaban con los blindados hacia nuestro borde delantero, a una velocidad que pudimos calcular en treinta kilómetros por hora y más. Iban muy rápido.

Decidimos reforzar aún más el minado en la dirección donde se detectó ese movimiento. Nosotros teníamos aquí a un mayor cuyo apellido es Ruenes, pero todo el mundo le decía Ambarajá, porque es un hombre muy cómico y habilidoso con las barajas; siempre le estaba haciendo trucos a la tropa y eso a los angolanos les gustaba. Él había venido con un pelotón de faplas desde Lubango a minar en nuestro borde delantero.

Ese día yo lo llamé a él y al capitán Nelson, nuestro ingeniero, y les digo que hay que parar al enemigo que viene a esa velocidad sobre nosotros. Para ello solo contábamos con cuarenta minutos; cuando más una hora. Ruenes dice: “La única manera de hacer algo es formar un destacamento móvil de minado”. De esa forma salieron el pelotón que él trajo, nuestro pelotón ingeniero y siete cubanos que ya tenían experiencia en el minado. Cada hombre llevaba a razón de dos y tres minas consigo.

Se fueron en un camión y salieron hasta el borde delantero; a partir de allí avanzaron en dirección al enemigo, alejándose cada vez más de nuestra defensa, sin importarles que las columnas enemigas venían precisamente por ese extremo. Fue así como chocaron con la exploración sudafricana. Estos venían en sus carritos como si tal cosa, y de pronto se encontraron frente a frente con toda aquella gente nuestra, y deben haber pensado que era el borde delantero, porque pusieron pies

en polvorosa sin presentar combate. Ruenes dijo: “muchas gracias” y continuaron minando. Ese fue el parte más cómico que recibimos aquí: el informe de Ruenes del cumplimiento de su misión. Imagínese, ese grupo no llevaba otro armamento que no fueran las minas y sus fusiles. Al regreso trajeron una caja de espoletas que llevaban en el camión atravesada por varias esquiras de G-5; de milagro no explotó ninguna espoleta, porque si no el final del cuento hubiera sido otro. Como esperábamos, por allí mismo trató de entrar una de las columnas enemigas, y allí mismo quedó. Al final tuvieron que retirarse.



Los zapadores: ellos hicieron volar tanques enemigos y preservaron muchas vidas a nuestros combatientes.

La labor de los ingenieros fue determinante. Se hicieron trampas explosivas hasta con proyectiles de BM-21 y bombas de aviación, trampas vietnamitas con puyas donde podía caer hasta un camión. Sin contar las minas y los campos de minas, se pusieron en el borde delantero 432 trampas explosivas y, en total, 15 319 obstáculos explosivos.

En ese combate del día 1ro se destacó un angolano, el jefe de pieza de mortero llamado Domingos. Nuestros morteros estaban enterrados en sus posiciones y cada uno tenía dos y tres módulos de proyectiles. Pues ese jefe de pieza puso a toda la dotación a servirle proyectiles, y él hacía de tirador. Fijó la corrección del fuego hacia el lugar por donde venía una columna enemiga y comenzó a tirar. Lo único que se oía era bum, bum, bum...

Al final del combate, Domingos vino al puesto de mando donde estaban los cubanos, cosa que hace a menudo, porque se lleva muy bien con nosotros. Pero ese día él fue directamente a ver al médico; aquello llamó la atención. Fuimos a averiguar: tenía quemada la frente, la barbilla, una oreja, un lado de la cara, las manos, los brazos y parte de los muslos. Yo le pregunté: —¿Qué te pasó, Domingos, un proyectil?

—No, comandante, uno no; doscientos, tiré doscientos proyectiles —me respondió sonriendo.

No le creí. Le dije a un compañero:

—Vete para allá y comprueba eso.

El hombre fue y, efectivamente, allí estaban, junto al mortero, las doscientas cajitas de los proyectiles.

En el combate del 23 se repitieron otras hazañas similares. Los sudafricanos terminaron de romperse los dientes frente a nuestra brigada.

A decir verdad, no me enseñaron mucho los sudafricanos, eran brutos... De los angolanos sí aprendí. Nosotros fuimos primero, treinta y cuatro cubanos; después, cuando recibimos el refuerzo, llegamos a ser ochenta; nunca han habido más de ochenta cubanos en la 25 Brigada FAPLA. Por eso yo digo que el peso de todo lo llevan los soldados angolanos.

14 de febrero bajo la metralla

Ya todo pasó, pero las cicatrices de la guerra —las del cuerpo y las del alma— son difíciles de borrar. El primer teniente Benito Tena Macías me asegura que nunca olvidará el 14 de febrero de 1988.

Algún tiempo antes, el joven oficial había regresado de Cuba, luego de representar a sus compañeros internacionalistas en la reunión de dirigentes de la Unión de Jóvenes Comunistas de las FAR. Fue designado como asesor del jefe de la sección política de la 59 Brigada de Infantería de las FAPLA en Cuito Cuanavale.

Aquella mañana del día de los enamorados, amanecen las unidades angolanas bajo el fuego de la artillería adversaria. Los proyectiles de 155 milímetros de los cañones sudafricanos de largo alcance convierten la zona en un verdadero infierno. De entonces, Tena cuenta:

Comprendimos que era inminente un ataque terrestre contra nuestras posiciones. Ya a las 07:30 horas se capturó al primer prisionero, miembro de una patrulla de exploración de la UNITA, quien confirmó esta tesis. En el frente empezaron a observarse varias columnas de tanques y vehículos blindados sudafricanos que avanzaban hacia nosotros.

Nuestra artillería comenzó a actuar; pero su efectividad se dificultó por las características

del terreno, muy boscoso e irregular, lo cual era favorable al enemigo...

Cerca de las 13:30 horas, una columna de blindados enfila hacia las posiciones de la 59 Brigada, con el objetivo de introducirse por uno de sus flancos. Lo logra, atraviesa el primer escalón y avanza directamente hacia el puesto de mando de las FAPLA donde se encuentran los asesores cubanos.

Bajo el fuego de la artillería enemiga, cubanos y angolanos ocupamos las trincheras en la defensa circular del lugar que cada cual tenía asignado y, ya pasadas las 14:00 horas, comenzamos a repeler con el fuego de nuestros fusiles a la infantería de la UNITA, que venía junto con fuerzas territoriales namibias, protegidas por los blindados y tanques sudafricanos.

Combatimos durante más de una hora utilizando todo el armamento disponible y detuvimos el avance del adversario. Entonces decidieron hostigarnos con morteros y varias andanadas cayeron sobre nosotros...

Columnas de humo y polvo se elevan en las posiciones que defienden las tropas FAPLA y el reducido grupo de asesores cubanos, una de ellas junto al lugar donde combaten Tena y otros compañeros.

Cuando se disipó el humo, me di cuenta de que a mi lado habían muerto varios soldados angolanos y descubrí que yo estaba herido en la espalda. La sangre me corría abundante. Busqué mi fusil y estaba destruido. En la trinchera solo quedamos combatiendo cuatro oficiales cubanos. El capitán Izquierdo estaba herido también por una esquirla en la frente...

Todo transcurre en pocos segundos y muy cerca de ellos comienzan a cruzar los primeros carros blindados del enemigo. Los cubanos deciden arrastrarse por la trinchera hacia el segundo escalón. Avanzan unos cien metros, entre los cuerpos inertes de varios combatientes angolanos caídos. Tena toma el fusil de uno de ellos.

Llegamos al final de la trinchera. El capitán sangraba mucho por la herida de la frente; se la vendamos sin estar muy seguros de su envergadura. A mí se me habían clavado dos esquirlas de morteros: una debajo de la paleta izquierda, en el músculo dorsal, que me penetró hasta las costillas y la otra, en la parte superior de la cadera derecha...

En ese momento se percatan de que por el extremo opuesto de la trinchera vienen avanzando hacia ellos cuatro soldados de la UNITA. Más a la izquierda, aunque lejos todavía, se mueve otro grupo de aproximadamente veinte hombres. La situación es extrema.

Pensamos que aquel sería nuestro final, porque no íbamos a entregarnos vivos al enemigo. Nos preparamos para el combate cuerpo a cuerpo. El capitán Sánchez esperó a que se acercaran lo suficiente y lanzó una granada que explotó en los mismos pies de los que venían por la trinchera. Los del otro grupo, al parecer, pensaron que se trataba de un territorio minado y cambiaron su rumbo...

Pero solo ha pasado una parte del peligro. Desde el fondo de la trinchera advierten la presencia de tropas sudafricanas en los carros de combate que pasan a unos pocos metros de donde ellos están. Deciden esperar la noche para tratar de ganar el otro lado de la trinchera y salir al segundo escalón. En la oscuridad se arrastran nuevamente y encuentran a un soldado angolano herido que se les une.

Avanzan con cuidado, en fila. Al frente va el mayor Cintra, con quien Tena sostiene una discusión, que recuerda ahora con una sonrisa en los labios.

El objetivo de nosotros era hacer contacto con nuestras tropas; pero la oscuridad de la noche y las propias características del bosque nos dificultaban la orientación. El mayor Cintra planteaba que las tropas nuestras nos quedaban al oeste y yo insistía en que al este. Por fin, cuando Cintra me preguntó para dónde yo creía que estaba la gente, resultó que “mi este” y “su oeste” estaban por el mismo lado. Después se comprobó que el trocado era yo...

A eso de las dos de la mañana, Tena comienza a vomitar y poco falta para que pierda el conocimiento. Todos piensan que una de las esquirlas le ha afectado un pulmón. Lo acuestan en el suelo. Media hora más tarde, ya recuperado, continúan la marcha.

Divisan la inconfundible presencia de cubanos y angolanos, a las siete y treinta de la mañana. No pueden aguantar su emoción y los cinco corren al encuentro de sus camaradas. Se funden en un abrazo. Es un momento que ni el propio Tena puede describir.

Habíamos caminado varios kilómetros por zonas que desconocíamos y con el peligro no solo de ser descubiertos por el enemigo, sino de saltar en pedazos destrozados por una mina. Llevábamos también un día entero sin probar agua ni alimentos; pero nunca perdimos las esperanzas de llegar a los nuestros. La alegría era inmensa, la nuestra y la de ellos también, que nos habían dado por muertos, pues varios compañeros vieron cuando el mortero cayó en nuestra posición.



El primer teniente Tena, momentos antes de su regreso a la patria.

Al amanecer de ese día, el enemigo inicia su retirada al verse imposibilitado de mantener las posiciones ante el empuje de nuestras tropas. Tena se entera de eso ya en el lugar a donde ha sido evacuado.

Ahora lo tengo ante mí, sonriente en su traje de enmascaramiento, a punto de regresar a la patria, orgulloso de la misión cumplida. “Me voy, pero estoy dispuesto a retornar cuantas veces sea necesario”, me dice Tena, mientras las medallas de Combatiente Internacionalista de Primera Clase y Por la Defensa de Cuito Cuanavale reflejan en su pecho los primeros rayos del sol de esta calurosa mañana angolana.

Ciro y sus muchachos: ¡Tremenda familia!

Mulato, de pequeña y delgada figura, fino bigote y voz de gallo ronco, el teniente coronel **Ciro Gómez Betancourt** o, simplemente, **Ciro** como él prefiere que lo llamen, es de esos hombres que se le cuelan a uno en el corazón para toda la vida. Mucho me han hablado de él y ahora lo descubro: se trata del mismo oficial que no pudo contener las lágrimas, al ser condecorado por su heroísmo en el campo de batalla.

Nos recibe junto al refugio, su “pedacito de Cuba”, donde esta mañana el enemigo dejó caer más de cien proyectiles de artillería, restos de los cuales han pasado a formar parte de la amplia y disímil colección de trofeos de guerra diseminados por doquier. Hay esquiras en cada metro cuadrado del arenoso suelo.

—Aquí están las de hoy, esa es de Walquiria y esta otra de G-5; aquellas son viejas: las de hoy se conocen porque todavía tienen las estrías con brillo —me explica un soldado cubano, al parecer, experto en la materia.

Ciro sonríe mientras otros combatientes se empeñan en mostrarme las más variadas esquiras, algunas de las cuales recuerdan cuchillos de carniceros o afilados machetes cañeros. Lo hacen como si se tratara de algo común, incluso divertido.

Uno de ellos, con cara de intelectual, me muestra lo que queda de su cinto, que una esquirra hirviendo, de G-5, cortó en dos pedazos casi exactos esta mañana.

No parece darse cuenta de que recién ha nacido, solo quiere que le den un cinto nuevo.

—¡Aruña, periodista! —interrumpe entre risas un tercer soldado, el típico mulatico jodador cubano—. ¿Usted ve esta que tengo aquí guardada? Es de recuerdo; venía al rojo vivo y me cayó al lado... No estaba pa' mí.

Aruña es aquí una manera muy especial, casi alegre, de decir en “portuñol” algo así como: aguanta, resiste, araña y aférrate a la tierra, con las uñas si es preciso. Cubanos y angolanos, lo mismo cuando se encuentran en un camino, que en medio de un combate, se gritan unos a otros: “¡Aruña, primo!”.

Tomo en mis manos la esquirra que el muchacho me muestra feliz, como su gran trofeo, el que pudo haberlo matado; es ahora un pedazo de metal desamparado, como un trozo de bandeja de comida; y yo recuerdo que guardias imberbes, iguales a este, me confesaron una vez, allá en su unidad de combate cerca del Wajay, cómo contaban por bandejas el tiempo que les quedaba en el Servicio Militar, cada día, igual a dos bandejas. Estos muchachos de Angola calculan a cuentagotas cada minuto que sobreviven a sus largos meses de combates y privaciones.

—¡Aruña, periodista!, esto es musical; pero no bailable —concluye entusiasmado el joven.

El teniente coronel Ciro vuelve a reír ante la ocurrencia del soldado, y advierto en lo profundo de su rostro, detrás de algunas arrugas prematuras, una nostalgia oculta a fuerza de voluntad. Tiene casi el doble de la edad que la mayoría de sus subordinados, y por ello ha aprendido a darle otro valor a las cosas. La vida le resulta mucho más compleja y le es imposible recordar solo con alegría las recientes jornadas de combate, donde cada golpe propinado al enemigo estuvo también abonado con sangre y pérdidas irreparables.



Al centro, el teniente coronel Ciro Gómez Betancourt.

Un “puro” para respetar

El 14 de febrero es también para todos ellos uno de esos días extremos. La ofensiva sudafricana, con más de cien tanques y transportadores blindados, rompe por uno de sus flancos la línea defensiva de la 59 Brigada de Infantería Ligera de las FAPLA.

Al caer la tarde, un pequeño grupo de ocho tanques con dotaciones mixtas de cubanos y angolanos entran en combate directo contra el enemigo. En uno de los T-55, va el teniente coronel Ciro con medio cuerpo por fuera de la escotilla.

El principal objetivo de nuestros tanques es contratacar al enemigo en una línea prevista de antemano e impedir que desarrolle su ofensiva en la profundidad. Con esa idea se ordena el despliegue en un tupido bosque. El teniente coronel rememora:

El día estaba nublado y en la manigua la visibilidad se redujo mucho. También comenzamos a tener problemas con las comunicaciones entre nosotros. En esas condiciones iniciamos el combate...

Durante varias horas enfrentan la superioridad enemiga resueltamente. Con el fuego de los cañones y las ametralladoras, nuestros blindados destruyen más de una decena de carros sudafricanos y hacen cuantiosas bajas a la infantería, compuesta en su mayoría por fantoches de la UNITA y miembros de las fuerzas territoriales namibias.

Por momentos, las distancias de tiro se reducen hasta cien metros: están casi uno encima del otro. Esto propicia que algunos de nuestros tanques sean batidos; la desigualdad entre las fuerzas comienza a sentirse. No obstante, cubanos y angolanos mantienen la resistencia.

La situación se fue complicando —continúa Ciro—. El tanque que se desplegó junto a mí por el flanco derecho fue destruido. Perdí la comunicación con los demás. Fue en ese momento cuando me dije: *Ciro, primero muerto que en manos del enemigo.*

El experimentado oficial ordena a la tripulación mantener el blindado todo el tiempo en movimiento, con el objetivo de desorientar al adversario y evitar que le hagan blanco directo; lo detienen solo para disparar, y de nuevo adelante, hacia atrás o hacia los lados; un verdadero juego a los escondidos. De tal manera, aunque Bartolomé —como Ciro ha bautizado a su tanque— recibe tres impactos de proyectiles, ninguno logra penetrarlo. Es el único que se mantiene todo el tiempo en el combate.

Todavía el tiroteo era grande cuando vi a nuestro lado al sanitario con varios compañeros, nueve en total, seis de ellos heridos. Los mandé que se ocultaran detrás de un árbol y les dejé mi fusil con varios cargadores para que se defendieran.

Fue ahí cuando sentimos los tiros sobre nosotros. Cargamos nuevamente la ametralladora PKT

del tanque y el artillero abrió fuego a 180 grados. Le ordené al sanitario retirarse a un lugar menos peligroso y esperar a que yo los fuera a recoger...

Ya ha caído la noche cuando el teniente coronel se percata de que el enemigo, imposibilitado de mantener aquella posición por más tiempo, comienza a retirarse. Sin pensarlo dos veces, Ciro deja el blindado en un sitio seguro y sale a pie en busca de heridos.

Caminé un buen rato por el bosque, en varias direcciones hasta que por fin di con ellos. Regresé al tanque y fuimos a recogerlos. En ese momento unas bengalas verdes volaron sobre nosotros y volvieron a escucharse disparos de infantería. Con rapidez, cargamos a los heridos sobre el tanque e iniciamos el regreso a la unidad. Eran alrededor de las cuatro y media de la mañana.

Ciro concluye su relato y me doy cuenta de que varios de sus muchachos se han acomodado junto a nosotros bajo la red de enmascaramiento muy cerca de donde se encuentra Bartolomé, la invencible máquina blindada que aún se mantiene lista para volver al combate.

Veo sonrientes caras latinas y africanas. Aquí está, tímido a más no poder, el valeroso sanitario, soldado Santiago Pérez. A su lado, todavía absorto en los recuerdos, se acomoda el combatiente de las FAPLA Andrés Francisco, a quien el teniente coronel pasa un brazo sobre los hombros mientras exclama: “¡Este negro es un héroe!”.

Y con la misma empiezo a escuchar los relatos de José Luis, el conductor del tanque de Ciro, y de Gerardo, quien aquel día continuó combatiendo aún después de herido, entonces descubro un pequeño secreto: algunos de ellos, al hablar de su jefe, se refieren al puro.

Mira –aclara Ciro algo turbado– aquí había un compañero que decía que yo me parecía a su papá, y entonces comenzó a llamarme puro. Ahora ya muchos me nombran así, y... se lo confieso, a mí me gusta... Es que en estas circunstancias se estrechan mucho las relaciones...

No hace falta la explicación. Observo a este hombre de cuarenta y tantos años, veintitrés de ellos dedicados a las fuerzas armadas, como tanquista; rodeado de jóvenes que no pasan los veinticinco, con los cuales arriesga constantemente la vida, y me pregunto: ¿qué de malo puede haber?

¡Claro, que él es el puro, uno para respetar... y ellos son sus hijos! ¡Tremenda familia...! ¡De héroes!

El médico sí se bate

En lo que seguramente nunca pensó Rubén fue en verse un día armado hasta los dientes, realizando una exploración a quince kilómetros en la profundidad de la retaguardia enemiga. No, es muy difícil que se le hubiera ocurrido semejante idea unos pocos años atrás, cuando estudiaba en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana.

Ahora el teniente de servicios médicos Rubén Corrales Arévalo cuenta, con una sonrisa en los labios, aquella experiencia vivida por él y un pequeño grupo de combatientes cubanos, durante los primeros días en que fueron destinados a la 25 Brigada de Infantería de las FAPLA para la defensa de Cuito Cuanavale.

Cuando llegamos a la zona existían muy pocos datos sobre la situación del enemigo, por lo tanto se decidió realizar una exploración en su profundidad. Fuimos designados tres oficiales cubanos y algunos soldados del pelotón de seguridad para integrar la unidad de las FAPLA escogida para tal misión.

El armamento de infantería se reforzó con un mortero de 81 milímetros, varias ametralladoras pesadas y un grupo de lanzacohetes antitanques. Íbamos preparados para entablar combate si era necesario. Yo iba como médico del grupo, pero también como un combatiente más. De hecho, llevaba mi fusil, la pistola, los cargadores, una buena cantidad de granadas y la mochila donde iba la ración fría, una capa, abundante vendaje y torundas, pues en una situación de combate lo único que se puede hacer es controlar una hemorragia o inmovilizar alguna fractura...

Salen al mediodía en una marcha a pie bastante irregular debido a lo tupido del monte, por tal razón cada cierto tiempo tienen que corregir la dirección, hacer paradas y redoblar la vigilancia para evitar ser sorprendidos. Así avanzan con lentitud durante unas tres o cuatro horas.

Por el camino tropezamos con dos bases de la UNITA abandonadas. Las exploramos y continuamos adelante. De pronto, sentimos la salida del mortero 160 sudafricano, el mismo con que frecuentemente hostigaban a nuestra brigada. Hicimos un alto para descansar un poco y prepararnos para el ataque, con el objetivo de destruir el mortero enemigo. Llamamos a la unidad e informamos de nuestra situación y del objetivo que nos proponíamos, asimismo pedimos apoyo artillero para el combate...

La respuesta del mando superior es inesperada: regresar urgentemente, lo más rápido posible.

Recogimos y salimos en el acto. Si para allá nos habíamos demorado unas cuatro horas, para acá lo hicimos en hora y media, una jornada

agotadora en la cual tuvimos que pasar, entre otros obstáculos, por un campo minado ya caída la noche...

Al parecer, el enemigo los detecta. Cuando están a poca distancia de la brigada comienzan a sentir los morterazos sobre sus cabezas.

Nos tiraron ochenta y cinco granadas de mortero. Por suerte estamos vivos... bueno, por suerte y por malos artilleros que son ellos, pues cada vez que hacían la corrección del tiro se iban de un lado u otro del camino por donde avanzábamos...

Sin embargo, quizás aquella es la última vez que el arma tira sobre la 25 BI de las FAPLA. Con los datos obtenidos por su grupo de exploración, nuestra artillería no pierde tiempo.

Los deben haber cocinado allí con los BM...

Nuestra conversación es interrumpida. Un combatiente angolano enfermo reclama la presencia del camarada médico en algún lugar del orden combativo de la brigada. Rubén se disculpa, baja rápidamente al refugio y sale disparado con sus instrumentos de trabajo.

Me quedo conversando con un grupo de soldados cubanos; son ellos quienes hablan del Rubén médico, del hombre exigente y preocupado por que aun en las difíciles condiciones de campaña se mantenga la higiene y todos cumplan las medidas para prevenir las enfermedades que aquí pululan.

Me cuentan de su lucha para que se hierva el agua y cada combatiente se tome los medicamentos a tiempo; de cómo en más de una ocasión trasladó y curó heridos bajo el cañoneo enemigo.

Por último, uno del grupo me enseña un lanzacohetes antitanques que descansa a un lado del refugio:

—Mire, este es el del médico; él mismo lo armó y cuando la cosa se pone fea se lo echa arriba. También es un excelente tirador de mortero.

—Sí, el médico sí se bate —afirmaron varios a coro.



Rubén: el médico-combatiente.

La despedida: una pizza en cantimplora

Mucho veo y converso durante la memorable jornada que paso junto a los hombres de la 25 BIL.

Por el día, la vida transcurre normalmente. Se lee y se juega ajedrez en los refugios y bajo las redes de enmascaramiento, aunque siempre hay algo que hacerle al armamento o al mejoramiento del terreno y las condiciones de vida.

Todos son como hermanos, como una gran familia: “¿Fulano tiene fiebre?, que vaya a ver rápido al médico”. “Oye, primo —así se llaman unos a otros, cubanos y angolanos—, coge los hierros, que nos vamos al río a buscar agua”. “Teniente, ¿usted cree que si mando

ahora esta postal llegue para el Día de las Madres?”. “Caballero, vamos a romper ese grupo debajo de la mata, que si cae un *gecincazo*⁹ se jode esto”.

Algo llama mi atención: Junto a los refugios, muchos de ellos, como el médico, tienen sus lanzacohetes antitanques particulares. Resulta que se las agencian para recuperarlos a partir de los que han sido desechados. Aquí también se inventa y racionaliza.

“La guerra es el trabajo más duro que existe”, me dijo con demasiada certeza, hace un par de días un reservista de piel africana y apellidos españoles, santiaguero, uno de esos tantos soldados nuestros, respetados aquí por sus canas en las sienes, esos puros que, como Ciro, dejaron todo lo suyo, la comodidad de sus casas en Cuba y la responsabilidad de sus familias, para darlo todo por la causa en la que creen. Cuánta razón en sus palabras: dura, la guerra es muy dura por dondequiera que la mires.

Por inexperiencia, había echado en mi mochila un vaso de cristal, de esos que todos tenemos en Cuba. Lo saco en la primera mañana para lavarme los dientes y casi me lo arrancan de las manos. Todos corren a verlo, como el hielo en *Cien años de soledad*: era un simple vaso... un vaso de cristal en la guerra.

A eso del mediodía, los muchachos de la cocina nos preparan una sorpresa. Cuando extendiendo el plato de mi cantimplora para recibir el almuerzo, uno de ellos me dice: “Guarde espacio, que para ustedes tenemos algo”. Increíble, en el mismo horno donde diariamente cuecen el pan, nos han hecho, especial para los periodistas, unas hermosas ¡pizzas de chorizo! Quizás no tengan los ingredientes necesarios pero, sin duda, es la pizza que con más gusto me he comido en toda mi vida.

Partimos con la caída de la tarde, casi sin despedirnos, no sé si por culpa de ellos o de nosotros, pero ahora pienso que fue mejor así...

9 Así le llamaban nuestros combatientes al impacto de los obuses de los cañones G-5, de la artillería sudafricana.



Amanecer en las trincheras.



A mi izquierda, Leonel; a mi derecha, el lanzacohetes del médico.

En Menongue, un coronel de batalla

De Cuito hice el viaje a la semilla. Un mes en La Habana y, al fin, el regreso al centro de los héroes. Mi tercera visita a Menongue está matizada por una agradable sorpresa:

—Oye, periodista, tú y yo nos encontramos en cada momento...

El oficial sonríe y me extiende su mano, que aprieto y me aprieta con fuerza. El rostro enrojecido y arrugado por la alegría, más que por los años, me trae el recuerdo de las dos veces anteriores cuando tropecé con Álvaro López Miera, uno de nuestros mejores coroneles de batalla, como en cierta ocasión oí calificarle.

Nos vimos por primera vez hace algunos años, cuando la explosión de un polvorín en las afueras de La Habana provocó un incendio de grandes proporciones, y un infierno de cohetes reactivos y proyectiles de diverso calibre volaban en todas direcciones, activados por el calor de las llamas.

Varios combatientes de una cercana unidad de las FAR acudieron desde el primer momento a la zona de mayor peligro y se mantuvieron allí hasta que, con la ayuda de los bomberos y otras fuerzas especializadas, lograron la extinción del siniestro y la eliminación de sus amenazadoras consecuencias.

Un día después se me encomendó la tarea de entrevistar a aquellos valientes militares. Entre las fotos tiradas en el momento de los hechos, que utilicé para identificar a quienes tuvieron participación más destacada, estaba la de un oficial delgado, metido en el mismo centro de la candela, con el uniforme cubierto de tizne y agua: era el coronel Álvaro.

Me recibió, amablemente, en la jefatura de la división que comandaba. Mas, sin dejar de resultarme agradable y por mucho que insistí, no pude sacarle una sola palabra acerca de su participación en la proeza. Todo el tiempo se limitó a hablarme de lo que habían hecho los demás.

La segunda vez fue durante una visita de trabajo que realizó a su unidad una comisión del Minfar, encabezada por el general de división Ulises Rosales del Toro, entonces jefe del Estado Mayor General de las FAR.

De esa oportunidad, aunque solo tuvimos tiempo para intercambiar nuestro saludo a distancia, conservo un interesante recuerdo:

En el transcurso de la visita fueron detectadas algunas deficiencias de menor envergadura. El general Ulises las enumeró todas durante la reunión final con la jefatura de la unidad. Álvaro lo escuchó todo el tiempo en silencio, con la mirada perdida en algún lugar lejano, mientras el color de la sangre acumulada en su rostro delataba la gran vergüenza que lo embargaba...

Ahora lo tengo de nuevo ante mí y comprendo que esperé demasiado tiempo para realizar esta entrevista. Ya no me será posible preguntarle sobre sus hazañas en Etiopía como invencible jefe de los BM-21, ni de las realizadas años antes, en el 75, en la propia Angola. Su tiempo es oro. Dentro de pocas horas debe partir

hacia Cahama, al frente de su unidad blindada, con la misión de reforzar aquellas importantes posiciones, en un recorrido que durará alrededor de una semana por territorios de intensa actividad enemiga.

No quiero desaprovechar la oportunidad de obtener el testimonio inédito del primer jefe cubano que bajó a Cuito Cuanavale, a raíz de la escalada sudafricana de finales de 1987. Él cuenta:

Regresé a Angola en noviembre del año pasado. Venía como jefe de operaciones de la misión militar, pero el 4 de diciembre me llamaron, para indicarme que tenía que salir para Cuito, ese mismo día, con un grupo de compañeros. La tarea consistía en informar la situación creada allí y resistir como fuera con las unidades de las FAPLA.

Partimos por la tarde. Conmigo iban, entre otros, los tenientes coroneles Viamonte, Robira y Ochoa, como segundo, jefe de operaciones y jefe de retaguardia, respectivamente; también el mayor Noa como jefe de información. A ellos se les sumaban dos oficiales de la Octava, un camarógrafo y un médico. En Menongue se incorporaron cinco especialistas de la DAAFAR, dos radistas y un pelotón de tropas especiales.

Hacia Cuito salimos en dos helicópteros a las cinco de la mañana del día 5. Dos Mig-23 nos dieron protección. Llevábamos nuestros alimentos –ración fría en lo fundamental–, dos balones de oxígeno para el hospital de campaña y algunas otras cosas.

En cuanto llegamos hicimos contacto con el jefe de las FAPLA en la región, el teniente coronel Batista, quien nos puso al tanto de los últimos acontecimientos en el frente y la situación de cada una de las unidades. Nos interesamos por conocer la dirección principal

de los ataques sudafricanos y las dificultades más apremiantes de las brigadas FAPLA que defendían el poblado. Enviamos rápida información hacia Luanda.

La cosa no era fácil. Las fuerzas angolanas se habían visto en la imperiosa necesidad de retroceder para sobrevivir, y ya en ese momento habían abandonado posiciones tan claves como el puesto de mando avanzado; fue precisamente la retoma de este punto una de las primeras cosas que orientamos, y la práctica demostró nuestra razón.

El trabajo lo encaminamos desde el inicio a la elevación de la moral combativa de los faplas, muy afectada por los fracasos de las últimas semanas, desde que los racistas intervinieron con todos sus medios y fuerzas contra las unidades angolanas, que llevaban a cabo una gran ofensiva en el sureste del país, donde están los principales enclaves de la UNITA.

Personalmente, recorriamos todas las posiciones, apreciábamos la situación en cada lugar y se tomaban las decisiones en coordinación con el mando angolano.

Ya el 8 de diciembre informamos a Luanda datos concretos sobre el empleo de la artillería enemiga [Álvaro saca de un bolsillo lo que alguna vez fue su agenda de trabajo, ahora convertida en un manojito de hojas sueltas, sucias y ajadas] Ese día, de las 14:07 a las 15:58 horas, tiraron veintisiete proyectiles; de las 16:36 a las 16:39, siete; de las 21:49 a las 22:29, cuarenta y nueve. En total, durante ese día, tiraron ochenta y tres proyectiles sobre nuestras posiciones. El día 9 fueron setenta y tres; el 10 sesenta y tres; el 11 ochenta y tres; y a partir de ese momento se fue incrementando todavía más.

Le tiraban fundamentalmente al pueblo, al puente, al puesto de mando avanzado, a las estaciones de radiolocalización y a nuestro orden combativo, claro está. No obstante continuamos el trabajo. Se organizó la artillería FAPLA, el mando de las tropas, el punto de dirección de la aviación a cargo del primer teniente Castillo, quien jugó un papel decisivo en la conducción de nuestros Migs; también la defensa antiaérea, las fortificaciones... Empatábamos el día con la noche.

Yo recuerdo que nuestro único medio de transporte era un camión Engesa destartado, con un chofer angolano al que le pusimos Borsalino, pues con ellos nos metimos en los lugares más increíbles, la mayoría de las veces bajo una lluvia de proyectiles que nos seguía los pasos.

A los tres días de estar allí, llegó a Cuito un grupo de oficiales del mando superior y varios camarógrafos que tenían la tarea de llevarse una imagen gráfica del frente para el Comandante en Jefe.

A los jefes pedimos apoyo en varios aspectos; necesitábamos, en primer lugar, mejorar aún más nuestra artillería, pues cada vez que era empleada, el enemigo la localizaba y respondía con facilidad. Días después fue enviado el coronel Almarales junto con un comunicador, los dos se dedicaron por entero a ese problema. También recibimos una pieza de BM-21, la famosa Cachita (por aquello de “Cachita está alborotá”, letra de una conocida canción cubana) que teníamos siempre a mano y tiró en los momentos más difíciles.

Mandamos a Luanda nuestra conclusión: podíamos resistir...

El coronel detiene por unos instantes su relato. Saborea un poco de café, ordena sus ideas, y continúa:

En esas semanas sucedieron muchísimas cosas. Recuerdo que alrededor del día 12 nos informaron que se había tumbado un avión sudafricano y que había caído al río. Teníamos que encontrarlo, al menos al piloto. Mandamos a buscar buzos, pero hubo quien no quiso esperar por ellos. El teniente coronel Linares, asesor de la defensa antiaérea, una gente cómica y habilidosa, se tiró en aquellas aguas sin pensarlo dos veces; solo se amarró con una soga a un bote para que no se lo llevara la corriente. Creo que de ese primer avión no se encontró nada. Al poco tiempo el hecho se repitió.

Nos habíamos dado a la tarea de pasar uno a uno, a todos los asesores cubanos de las unidades de la ribera este del río. Para ello la única vía era el puente, que todo el tiempo estaba bajo el cañoneo sudafricano. En cuanto uno ponía un pie en él, comenzaban a volar los proyectiles. Ese día regresábamos de la 25 Brigada para buscar a los compañeros de la 59, cuando nos informaron que por arriba había pasado un avioncito en dirección al puente. Llegamos y ya le faltaba un pedazo. No había manera de cruzar al otro lado.

En ese momento llegó una comunicación confusa de que se había ordenado sacar a todos los cubanos de Cuito. Yo le dije a los compañeros que eso no podía ser, que me esperaran del otro lado, que yo pasaría el río como fuera.

Entre varios camaradas hicimos una balsa con una capa rellena de capín. La tiramos al agua y sobre ella pusimos las camisas, las botas y otras pertenencias de quienes habíamos decidido ir a nado: un compañero de prevención,

un oficial angolano y yo. Nos lanzamos al río los dos cubanos; pero el angolano se tiró en la balsa: no sabía nadar. Todo aquello comenzó a hundirse. Lo único que pude hacer fue empujar al hombre hacia la orilla y salvar mi *sumka*¹⁰ con los documentos y la pistola. Nadamos un buen rato río abajo, hasta que por fin pudimos alcanzar el firme, mucho más lejos de lo que habíamos calculado, pues por aquella parte, el suelo es pantanoso y la hierba crece sobre el agua dando una idea falsa de la orilla.

Cuando salimos, sin botas, sin camisas y empapados completamente, debíamos tener un aspecto del cará', pues la primera reacción de quienes nos veían era reírse y yo, que en ese momento tenía tremendo *monte*, lo que menos estaba era para risas. Por suerte, se aclaró lo de la información que, tal y como suponíamos, estaba equivocada: nos quedábamos en Cuito.

De ese famoso avioncito sí se encontraron pedazos que fueron enviados a Luanda. Se determinó que era un avión teledirigido, utilizado precisamente para destruir el puente, quizás similar al que había caído la primera vez.

Por cierto, ahora me viene a la mente la imagen de los filmicos, Velásquez y un camarógrafo flaco que andaba ese día con él. Ellos se quedaron en aquella orilla, junto al BTR, cuando nosotros nos tiramos al río, y al poco rato lo que comenzó a caer allí fue un aguacero de G-5. Lo único que podían hacer, y fue lo que hicieron, era correr de un lado para otro alrededor del blindado para esquivar las esquirlas y las explosiones; yo los veía mientras nadaba por el río. Pasaron tremendo sofocón...

10 Voz del ruso que se utiliza para denominar la carpeta de trabajo de los oficiales.

Álvaro sonrío y se pasa la mano por la cabeza. Sus ideas fluyen con rapidez.

Ya a finales de diciembre, el enemigo tiraba con todo, de día y de noche. Por nuestros equipos de radio se oían claritas las voces de los sudafricanos. Estaban envalentonados y comenzaron un nuevo ataque contra la 21 Brigada de las FAPLA, para el cual utilizaron, además de la artillería de largo alcance, morteros de 106 milímetros y hasta un cañón sin retroceso montado sobre un yipi Land Rover, todo esto apoyado por la aviación. Pero la unidad angolana esta vez hizo mayor resistencia. La situación había comenzado a cambiar.

De Álvaro no puedo prácticamente despedirme. Para este coronel de batalla el tiempo es vida: la de sus soldados. Durante algunos meses todavía, seguirá escribiendo hazañas militares en el frente sur occidental angolano.

El rostro triste de la UNITA

La noticia llega casi por casualidad: hay un prisionero de la UNITA en Menongue. Recién lo capturaron en los alrededores del Cuatir. Está detenido en el edificio de Seguridad del Estado.

No hay tiempo que perder. Los compañeros cubanos que tienen relaciones con el Ministerio de la Seguridad angolana en la provincia, se comprometen a conseguirnos la entrevista con el kwacha, así llamaba la UNITA a sus colaboradores.

Nos localizan a la caída de la tarde: el encuentro está autorizado.

Con los últimos rayos del sol arribamos al edificio; varios oficiales angolanos nos reciben y se ponen a nuestra disposición. Somos conducidos a una especie

de aula en la planta alta. Aquí recibiremos al fantoche; pero antes es necesario buscar un bombillo en algún lugar de la casa para poder iluminar el recinto.

Dos soldados traen al prisionero. La primera impresión es de desilusión. Se trata de un muchacho de unos quince años, pequeño y enclenque, con cara de niño atrapado en medio de sus travesuras. Pide un cigarro y lo lleva con rapidez felina a la boca, mientras en umbundu, su dialecto natal y uno de los idiomas oficiales de la UNITA, dice: “Yo soy Enrique Aurelio. Me capturaron los cubanos y las FAPLA, aquí no me han maltratado; yo quisiera transmitir ese mensaje a mis antiguos compañeros, para que se presenten todos, incluso el capitán Suelala”.

El 15 de mayo de 1988 terminó para él una pesadilla que duró alrededor de cinco meses, desde aquella noche de diciembre, cuando los bandidos de la UNITA irrumpieron en Santa Rosa, su aldea natal, en la provincia de Bié.

Ahora recuerda:

Entraban en las casas y sacaban a la gente. A mí y a tres jóvenes más nos llevaron a la fuerza, amarrados y con los ojos tapados...

De esa manera, Enrique fue integrado enseguida a un batallón de la UNITA. Su misión: servir de guardaespaldas al capitán Suelala, el jefe; dicho más claramente: ser su esclavo.

Me levantaban a las cuatro de la mañana y a esa hora iba a buscar agua al río. Nunca desayunaba. Después, durante el día, le cargaba el fusil, los cargadores y la mochila al capitán; también le preparaba las comidas, aunque a mí me tocaban las sobras...

Cuenta Enrique que cuando algún soldado cometía una falta, el jefe ordenaba azotarlo con un palo; en ocasiones hasta cincuenta veces.

Hago varios intentos para que el prisionero me diga algo acerca de sus concepciones políticas; trato de explicarme por qué se mantuvo tanto tiempo en las filas de la UNITA en tales condiciones, pero comprendo que le es imposible, apenas sabe leer y escribir; en el cautiverio, su única convicción era la de sobrevivir.

No era fácil fugarse, nos mantenían bajo un riguroso control; además, no sabíamos hacia dónde huir. Solo algunos lograron escapar...

El día que Enrique Aurelio es capturado cumple su segunda misión combativa, una acción comando contra las unidades mixtas de cubanos y angolanos que definden la carretera Menongue-Cuito Cuanavale, en la zona del Cuatir.

Nosotros comenzamos el hostigamiento con morteros de 60 y 81 milímetros y enseguida nos respondieron, también con la artillería. Sus proyectiles hicieron blanco en el centro de nuestro batallón, por eso se dispersó. Fue así como me quedé solo y fui hecho prisionero...

“¿Qué te gustaría hacer cuando se termine esta guerra?, le pregunto finalmente. Enrique sonríe con tristeza y, sin levantar la vista del suelo, contesta:

Reunirme con toda mi familia, ver a mi mamá, aprender a escribir bien. Me gustaría ser chofer o mecánico...

Miro a los combatientes angolanos que han presenciado la entrevista y nos han ayudado en la traducción. Por sus rostros, comprendo que nuestros sentimientos son los mismos: Enrique Aurelio no es un temible enemigo, es más bien un infeliz, un muchacho que ha sido arrastrado miserablemente a combatir contra sus hermanos, sin que ni siquiera se le haya explicado el porqué.

No, no es Enrique Aurelio quien debe ocupar el banquillo de los acusados.

Por tierra también se llega a Cuito, pero...

Está decidido. El regreso a Cuito será por tierra, en la caravana de la Octava Brigada FAPLA, unidad que semanalmente recorre los doscientos kilómetros entre Menongue y la línea del frente.

Los amigos del puesto de mando de la defensa antiaérea del aeropuerto insisten en que tomemos el helicóptero y hagamos el viaje más rápido y más seguro, porque “en estos días la kwacha está puesta pa’ la Octava”. Pero, vencidos por nuestra testarudez, nos dejan por incorregibles.

No es simple capricho. Muchos son los relatos y hasta las leyendas escuchadas acerca del paso por la carretera Menongue-Cuito Cuanavale, única vía de acceso terrestre entre ambas localidades. También se habla con frecuencia de las hazañas protagonizadas por la famosa unidad angolana, cuya misión es el abastecimiento multilateral de las tropas de la primera línea.

Por eso Carlos Cánovas –mi fotógrafo en esta segunda parte del viaje, y también colega de la revista, enviado por dos años como fotorreportero del tocayo *Verde Olivo Internacionalista*– está de acuerdo conmigo en que debemos matar los dos pájaros de un tiro: el regreso a Cuito y el reportaje de la caravana. Con tan buena suerte que la próxima salida de la Octava coincide con nuestro plan de trabajo, porque de otra manera hubiera sido necesario esperar por ella hasta una semana o irnos definitivamente en el helicóptero.

Así, a las siete y treinta de esta fríasima mañana de invierno, nos dirigimos a la brigada de tanques de donde saldrán un grupo de camiones cubanos con abastecimientos, cuyo primer destino es el Cuatir, localidad situada a treinta kilómetros de Menongue.

El primer teniente de las FAR Rolando Sánchez Rodríguez, un fornido mulato graduado de oficial en la Escuela de Cadetes “Antonio Maceo”, es el jefe de aseguramiento material de la unidad blindada cubana asentada en las afueras de la capital provincial. Ha hecho catorce columnas de Menongue a Cuito y a la inversa, por lo cual puede considerarse todo un especialista en la materia.

El peligro existe –afirma– porque el viaje se realiza por zonas de alta influencia enemiga, de la UNITA en lo fundamental, que si bien no siempre se atreve a atacar directamente a la caravana, pone minas con bastante frecuencia, aunque esto también ha disminuido en los últimos tiempos, al estar la vía bien protegida por fuerzas angolano-cubanas, en la totalidad de sus doscientos kilómetros.

Por eso nuestros carros se mixturán con los de la Octava Brigada FAPLA. De esa forma se fortalece la columna y se protegen unos a otros. Los angolanos se sienten alegres y más seguros cuando nuestros hombres viajan con ellos.





Antes de partir, el primer teniente Rolando nos sugiere que Cánovas monte en un vehículo de la vanguardia y yo, en uno de la retaguardia. De esa forma, si somos atacados o explotan minas, existe la posibilidad de que “al menos uno de los dos pueda hacer el cuento”, dice con pícaro y muy serio énfasis.

El chofer-barbero

Soy designado a un camión Kraz, conocido popularmente en Cuba como Capetrés. La columna cubana está compuesta en su mayoría por estos gigantescos vehículos soviéticos de carga.

Me encomiendan al chofer, un hombre que debe andar por los cuarenta años y que se me presenta como “soldado de la reserva Jorge Luis Barrio; en la patria jefe de maquinarias del Plan Hortícola de Cruces, en la provincia de Cienfuegos”.

Esta es su novena caravana, desde que en enero exigió su lugar como chofer.

Cuando llegué me puse a pelar a algunos compañeros, y entonces me querían dejar de barbero. Yo veía salir a la gente y me daba una tristeza del cará'. Tuve que ponerme duro; dije que no, que yo había venido a manejar y me iba a hacer caravanas, aunque si era necesario podía seguir pelando a los compañeros, pues una cosa no quitaba la otra. De esa manera me quedé como barbero-chofer o chofer-barbero, que es lo mismo.

Salimos de Menongue a las 08:40. Nuestra caravana hasta el Cuatir está compuesta por unos veinte carros, entre ellos un vehículo de exploración BRD en el cual monta Cánovas y en otro cuya marca desconozco, pero que aquí todo el mundo llama Yacarés, va el primer teniente Rolando.

Por Jorge Luis me entero de que su Capetrés va solo hasta el Cuatir, de manera que allí tendré que tomar otro carro de la Octava para continuar viaje a Cuito.

Salimos de la brigada por un terraplén en busca de la carretera. Rápidamente, el experimentado chofer descubre que soy nuevo en esta plaza, muñeco, como llaman aquí a los recién llegados por el nombre del campamento de tránsito de los soldados en Luanda: La Muñeca. Es comprensible entonces mi preocupación ante la primera caravana.

Al principio yo también sentía cierta reserva —dice Jorge Luis—, pero después le cogí el

gusto. Ahora se ha convertido en un placer. Nunca me ha gustado estar parado...

Me explica algo que luego confirmarán otros choferes: hacer columnas es una especie de reto al valor y al honor de estos hombres. La carga: alimentos, municiones, combustible... la esperan y debe llegar pase lo que pase. En más de una ocasión han tenido que reparar los camiones en medio de la vía, incluso bajo el fuego enemigo, “pero dejarlo botado con la carga en medio de la carretera: ¡eso nunca!”, afirma mi compañero de viaje quien, al salir de Menongue, detiene un poco la marcha y alcanza por la ventanilla una lata de dulce en conserva a un grupo de alegres muchachos que saludan el paso de la columna.

Yo siempre regalo mi merienda a los niños. En Cuba tengo dos, una de cuatro y otra de seis...

Después de los últimos quimbos, situados en la periferia de la ciudad, comienza el bosque; también empiezan a aparecer los primeros carros destruidos por las acciones del enemigo. La imagen recuerda en algo las tomas cinematográficas hechas en la carretera de Playa Girón durante los días gloriosos de abril de 1961.

Camiones, transportadores blindados, tanques, pipas de combustible... yacen volcados o calcinados por el fuego y la metralla enemiga. Decido comenzar a contarlos cuando el hombre de las carreteras me anuncia la llegada al Cuatir.



La carretera Menongue-Cuito Cuanavale, un cementerio de carros.

La octava: una unidad sobre ruedas

El bosque ha desaparecido como por arte de magia para dar paso a una inmensa chana donde se asienta el río que le da nombre al lugar. En la extensa hondonada, casi carente de vegetación, es fácil advertir la presencia de trincheras y emplazamientos de medios blindados y artilleros. Rostros africanos y latinos se asoman de vez en cuando desde la superficie de la tierra.

Más de un ataque aéreo contra Menongue fue frustrado en el Cuatir. Aquí está, resguardada en su nicho protector, la instalación antiaérea Shilka con la cual cuatro heroicos hijos de Sancti Spíritus tiraron a tierra un Mirage sudafricano, cuyos restos se conservan en el puesto de mando de la defensa antiaérea del aeropuerto.

Acabamos de tropezar con los últimos carros que van en la cola de la Octava, de manera que los choferes cubanos avanzan con cautela por el lado derecho de la estrecha vía. Del otro extremo, la fila de vehículos que conforman la Brigada FAPLA parece interminable. Deben ser unos cien, la mayoría camiones de carga Engesa, brasileños, y pipas de combustible Volvo.



El espectáculo es impresionante. Muchos de los vehículos no tienen guardafangos ni tapas del motor, por eso lo llevan al descubierto, protegidos solo por una negra capa de polvo y lubricantes. Otros carecen de parabrisas, por no hablar de faros, espejos, defensas y otras exquisiteces. Las pipas se destacan por una hermosa característica: la mayoría son de colores brillantes: rojas, anaranjadas, rosadas...

La carga en los Engesa varía, desde simples sacos de arroz hasta cajas de municiones y minas antitanques. A ellos se suman los carros de protección sobre los cuales viajan dotaciones completas con sus morteros, cañones antiaéreos e instalaciones de cohetes reactivos, sin contar varios cientos de infantes pertrechados con fusiles, ametralladoras, lanzacohetes antitanques y antiaéreos portátiles, listos para entrar en combate en el momento preciso.

Sin embargo, en tres de los primeros vehículos descubro algo que me deja boquiabierto: varias decenas de personas civiles entre las que abundan ancianos, mujeres y niños, cargados de bultos y hasta animales de cría. Ante mi asombro, Jorge Luis me convence con el peso de lo indiscutible.

Oiga, compay, es que aquí no hay otra cosa en qué moverse; esto no es Cuba; no hay taxis, ni trenes, ni guaguas interprovinciales; nada de eso. Y estas familias tienen que irse de un lado para otro huyéndole a la guerra y en busca de mejores condiciones para criar su ganado o sacarle algo a la tierra, que luego venderán o cambiarán en otros lugares.

Por fin nos detenemos. Como me indican que debo aparearme, me despido del chofer, quien tiende con amistad su mano. Antes de dejarlo ir, le pregunto por el retrato del Che que lleva pegado en el tablero del Capetrés. Responde enseguida:

Ese es mi compañero de viajes. Yo lo tenía en mi primer camión y cuando me dieron este lo despegué y lo traje conmigo. No pienso separarme nunca de él...

A un costado de la vía está reunida la oficialidad de la Octava Brigada. Se ultiman detalles antes de la partida. El capitán Zenzeca, jefe de la unidad, luce en su pecho la medalla Por la Defensa de Cuito Cuana-vale. Su portuñol es casi perfecto:

El enemigo siempre ha tratado de impedir que lleguemos al frente. Hemos sido hostigados y atacados en tierra, bombardeados por la aviación sudafricana; nos han causado pérdidas materiales y humanas, pero nunca hemos dejado de cumplir nuestra misión. Los hombres de la Octava Brigada FAPLA han demostrado su bravura en múltiples ocasiones.

Zenzeca se integró a las fuerzas armadas de su país en 1975. La condecoración cubana por la defensa del poblado es la primera que recibe en su vida.

Es un gran honor para todos nuestros combatientes. Los cubanos han venido a ayudarnos;

dan la vida por nuestra patria, y ahora nos condecoran; es algo que jamás olvidaremos.

Junto al jefe angolano hay un oficial de las FAR. Es el teniente coronel Eric Salinas Limonta, asesor de la Octava Brigada. Ante mi interrogante de dónde puedo continuar el viaje, responde mientras señala con el dedo: “¿Ves aquella pipa roja que hay allí? El chofer es cubano; dile que yo te mandé con él”.

Como el condenado a muerte que avanza al patíbulo, camino hacia la colorada bomba rodante. Es precisamente una de las que más había llamado mi atención, por estar casi nueva de paquete, limpiecita y con la pintura reluciente: un blanco perfecto para cualquier lanzacohetero de quinta categoría.

Trepo por la puerta del copiloto y tropiezo con la inquisitiva mirada de un muchacho que no sobrepasa los veinte años. Se trata del soldado Nelson Rodríguez Martínez. He llegado en un mal momento para él, porque hace solo unos minutos, un chofer angolano, dando marcha atrás, le golpeó la pipa por un costado. No fue mucho en realidad; pero lo suficiente para que el joven cubano muestre cara de pocos amigos.

Dan la orden de salida. Poco a poco comienza a moverse la extensa fila de vehículos. De nuevo los carros destruidos en las cunetas; catorce en cinco kilómetros. Más allá, un tanque T-55 con la panza hacia arriba, como para mostrar a todos el enorme agujero donde antes tuvo una de sus esteras. “Una mina reforzada”, explica Nelson, quien ha ido recuperando su buen humor a medida que su camión devora kilómetros.

Le pregunto si no siente temor de que alguna vez le ocurra lo mismo, y recibo por respuesta un movimiento de cabeza hacia los lados y una mueca con la boca, lo cual puede interpretarse como un no poco convincente.

Luassinga es la próxima quimbería, también asentada en las márgenes de un río donde ahora se bañan familias enteras. Aprovecho el alto para conversar con el soldado Vladimir Reina González, un señor

veterano en esto de hacer caravanas, pues tiene en su haber diecisiete.

Cuenta el joven combatiente que, en una ocasión, la Octava fue atacada en esta misma zona de Luassinga, mientras cruzaba el maltrecho puente sobre el río. Les tiraron con morteros y cohetes reactivos; pero se ordenó aumentar la velocidad y la distancia entre los carros, para de esa manera poder repeler el ataque desde la marcha, lo cual finalmente lograron. Al regreso de Cuito —como si los hubieran estado esperando— fueron hostigados en el mismo lugar, aunque de nuevo sin mayores consecuencias. Pero al llegar al Cuatir, uno de los vehículos activó cuarenta y siete minas Clemon antipersonales, que explotaron en serie, poncharon varios carros e hirieron a treinta y tres compañeros, entre ellos a tres cubanos.

No hay más tiempo para conversar. De nuevo trepo a la pipa, en el mismo momento en que la columna comienza a moverse. Nelson me alerta con respeto: si dan la orden de salida, él no puede esperarme, porque detendría toda la fila. En ese caso debo montarme en cualquier otro carro y aprovechar la próxima parada para regresar a mi lugar.

Sin embargo, el avance se torna cada vez más lento, con reiteradas paradas, lo cual me hace comentar que tal vez no lleguemos hoy a Cuito. Nelson asegura lo contrario. “Tenemos que llegar hoy. Es una orden del Comandante en Jefe”.

Ahora soy yo quien no responde. Es cierto. He escuchado sobre esto antes. Al principio, cuando la situación se hizo más tensa en el frente, hubo ocasiones en que la Octava demoró hasta veinte días en recorrer los doscientos kilómetros hasta Cuito y casi un mes completo entre ida y vuelta. Era atacada incesantemente por aire y por tierra; cientos de minas explotaban a su paso y otras tantas debían ser desactivadas por los zapadores.

Las tropas de la primera línea estaban cada vez más necesitadas de abastecimientos y material de

guerra. Era imprescindible reducir al mínimo su traslado.

La primera unidad cubana que acudió a Cuito por tierra, en ayuda de las FAPLA, a solicitud del gobierno angolano, inició la marcha el 17 de enero de 1988. Al mando de la columna iba el coronel Venancio Ávila Guerrero. Durante el recorrido fueron hostigados en dos ocasiones por la UNITA, con morteros y armamento de infantería. Rechazaron ambos ataques y el 21 de enero, cuatro días después de la salida de Menongue, arribaron a su destino con plena capacidad combativa.

Fue a mediados de febrero cuando se decidió mezclar nuestros carros con los de la Octava Brigada FAPLA, aunque cada vez que hizo falta salieron columnas cubanas, entre ellas las legendarias “Antonio Maceo” y “Camilo Cienfuegos” que recorrieron miles de kilómetros, desde Lobito y Lubango, en marzo y abril, respectivamente, y arribaron al frente con cientos de toneladas de víveres y otros aseguramientos.

Poco a poco los plazos del viaje se fueron acortando. En esto influyeron varios factores, entre los cuales se destaca el hecho de que la carretera fue finalmente cubierta y protegida en toda su extensión por las fuerzas propias y porque la aviación racista fue obligada a permanecer inactiva en sus aeropuertos.

Son las 13:30 horas cuando una hermosa chana y un letrero de madera anuncian la llegada a Longa, la mitad del camino. Se trata de un pequeño poblado donde se encuentran desplegadas algunas unidades cubanas que han jugado un papel fundamental en la defensa de este segundo escalón de la defensa de Cuito.

Aprovechamos el alto para improvisar el almuerzo. Pongo lo único que puedo ofrecer: la boca, una lata de jugo de mango, un paquete de galletas duras como palo y mi navaja, que sirve de abridor, cuchillo y tenedor a la vez. Nelson, callado como casi siempre, me sorprende con su “reservita para tiempo de guerra”: otra lata de jugo y otro paquete de galletas, picadillo

de res, atún, queso amarillo y dulce de melocotón, todo en latas de conserva, claro está.

El banquete lo concluimos ya en movimiento. El chofer atiende el volante, mientras yo como y le preparo las galletas untadas con el manjar de su elección. Hasta Cuito comenzamos a descontar kilómetros: 99, 98, 97...

Masseca, en la chana del río Cuirirí, es la última parada prevista antes de llegar a nuestro destino. Muy cerca de donde se ha detenido nuestro vehículo, veo asomarse tras los árboles los rostros inconfundibles de cuatro combatientes cubanos. Son parte de una de las unidades que defiende la vía. Todos llevan más de diez meses en Angola; la mayoría de ellos vividos entre estos parajes. Ninguno recuerda la última vez que se tendió en una cómoda cama de sábanas blancas o que tomó agua fría en un vaso de cristal. No obstante, afirman casi a coro con decisión que emociona: “Tenga por seguro que no hay quién se atreva a atacar la caravana, al menos por estos lugares. Dígame a nuestro pueblo y al Comandante en Jefe, que aquí estaremos hasta que se nos ordene”.

La tarde comienza a caer. Advierto que el bosque se hace más tupido. De pronto, al doblar una curva, en un tramo no mayor de doscientos metros, cuento treinta y seis carros destruidos, pipas de combustible casi en su totalidad, completamente calcinadas por el fuego. El espectáculo es dantesco. Nelson me dice que fueron bombardeadas y ametralladas por la aviación sudafricana hace algunos meses. Esta vez ambos hacemos silencio.

Kilómetros más adelante, el BRDM de exploración se acerca a nuestra querida pipa colorada. El teniente coronel Salinas, quien ha viajado todo el tiempo sentado sobre la escotilla, da la noticia: ya estamos en Cuito Cuanavale.

La noche ha desplazado al día cuando nuestras ruedas se detienen en el puesto de mando de la agrupación cubana. Cierro la cuenta de carros destruidos: hasta hoy, ciento sesenta y cinco.

Paseo nocturno en el tanque-barco

Tengo que acudir al general de brigada Miguel Lorente, jefe de la agrupación cubana en Cuito, para que me autorice a hacer la trastada completa. Lo escuchado acerca del paso nocturno a través del río, única vía existente para el abastecimiento multilateral en grandes proporciones a las unidades del este, despertó en mí desde el primer momento el deseo de emprender la travesía.

Con ello estuvo de acuerdo el oficial cubano jefe de ingeniería, hasta que le expresé la intención de dejar constancia gráfica del hecho. Entonces se negó por completo. El destello de la lámpara fotográfica en la oscuridad puede poner en peligro la misión. El enemigo nos detectaría al instante y “de la lluvia de cañonazos no hay quien los salve”, sentencia.

De algunas fotos me quedé en una sola, pero el teniente coronel no transigía, a pesar de mi insistencia en que un único y sorpresivo flashazo podía pasar hasta por un relámpago. “Solo si el general Lorente lo autoriza”, me dijo de manera concluyente.

El jefe de los cubanos en Cuito escucha con atención mi solicitud y enseguida da su consentimiento, con la condición de que la instantánea se haga al regreso de la travesía, es decir, el fotógrafo debe permanecer en la orilla oeste, mientras el transportador anfibio (PTS) va y descarga su mercancía en la 25 Brigada. Solo al regreso, cuando el aparato se acerque a la orilla, se podrá tirar la foto, de manera tal que si el enemigo cañonea, haya tiempo suficiente para desembarcar y abandonar el sitio con prontitud.

—Ustedes saben lo que hacen —advierte, más que alaba el alto oficial de las FAR.

—Problema resuelto —respondo yo mientras estrecho su mano.

Las noches en Cuito se han robado para sí todas las estrellas del universo. Mientras el PTS, este extraño híbrido entre tanque y barcaza, se desplaza a toda

velocidad con las luces apagadas por la carretera en dirección al pueblo, tengo la impresión de estar en un planetario, aunque en el hemisferio sur cuesta trabajo ubicar las más conocidas constelaciones que apreciamos en Cuba.

Cánovas y yo nos acomodamos en una esquina del “bote”, ahora repleto de troncos, necesarios para el perfeccionamiento de los refugios en la unidad más avanzada del frente.

El frío congela cada uno de nuestros poros y el ruido que hacen el motor y las esteras apenas me dejan escuchar al teniente de la reserva Juan Ravelo Domínguez, quien viene al frente del grupo y ha hecho el trayecto infinitad de veces.

—La dotación cubana es nueva —dice Ravelo—, por eso primero recogeremos a los primos; ellos sí llevan bastante tiempo en esto y, además de la experiencia en la conducción anfibia del PTS, se conocen el río de memoria.

El grupo cubano anterior fue el que realizó más de trescientas travesías, en muchas ocasiones bajo el cañoneo enemigo. En una de ellas al conductor lo alcanzó una esquirla de G-5 en la cabeza, a mitad del trayecto, y se negó a ser sustituido. Dijo que iba a cumplir la misión y que lo “otro” podía esperar. Así lo hizo y, únicamente cuando trajo el equipo de regreso a la ribera oeste, dejó que lo trasladaran al puesto médico.

Como advirtió Ravelo, el PTS se desvía de la carretera hacia la unidad de las FAPLA, donde se nos unen tres soldados angolanos, que ya estaban preocupados por nuestra tardanza. Montan con nosotros en la parte trasera; en la cabina van solamente el conductor-mecánico y el jefe de la escuadra.

Un rato después llegamos a la orilla del Cuito. El transportador se detiene y uno de los angolanos monta en la cabina junto al conductor, al tiempo que Cánovas salta a la arena, cámara y fusil en manos. Antes de partir, acordamos que otro de los faplas se quede con él para protegerlo y guiarlo hacia un lugar seguro, en caso de que algo suceda.

Poco a poco, mientras penetramos en el agua, sus figuras desaparecen en la oscuridad. El PTS runrunnea rompiendo el silencio de la noche y dejando tras sí una curiosa estela de agua que se abre a ambos lados hasta perderse entre los mangles.

Ravelo me explica que hay lugares donde el río tiene hasta ochenta metros de ancho, buena profundidad y respetable corriente; sin embargo, tengo la impresión de que el obstáculo más peligroso, en caso de tener que alcanzar a nado el firme, son precisamente el capín y otras plantas que forman una espesa barrera de alrededor de veinte metros en cada orilla.

Un inesperado golpe del anfibio contra el fondo me pone en alerta. “¡Encallamos!”, pienso enseguida; pero el PTS continúa la marcha como si tal cosa, ahora ayudado por sus esteras de tanque. Segundos después, la profundidad vuelve a aumentar y de nuevo navegamos como en el mejor de los barcos, impulsados por el par de hélices del blindado. ¡Tremendo hierro este!

Llegamos al lugar donde se unen los afluentes. Aquí la corriente se aprecia a simple vista, aun en la oscuridad, y amenaza con lanzarnos a una de las orillas. Con verdadera maestría los conductores emprenden la lucha por mantener la barcaza en el centro, lo que finalmente logran. Un poco más allá está el punto de desembarco. Hemos recorrido dos kilómetros y medio por el Cuito.

En la 25 Brigada, mientras descargan el PTS, el tiempo alcanza para aceptarle un trago de ron al teniente coronel Ciro, quien acaba de recibir a su relevo y en pocos días partirá hacia Cuba con la misión cumplida.

Curados momentáneamente del frío, iniciamos el viaje de regreso que, como casi siempre sucede, parece mucho más corto que el de ida.

El controvertido y, en efecto, escandaloso flashazo de Cánovas, nos anuncia el final de la travesía. El enemigo no se da por enterado, pero de todas maneras nos alejamos lo más rápido posible del río...



El flashazo de Cánovas dejó constancia gráfica del valor de estos hombres.



Tripulación cubana del transportador anfibio PTS.

Con los hombres de las buscapleitos

Hablar de Cuito y no mencionar a los valientes hombres de la artillería, en especial a los de la reactiva, sería casi un crimen. Si a la batalla de Kursk durante la Gran Guerra Patria se le considera el más cruento enfrentamiento de tanques que se recuerde en la historia, los combates por el poblado angolano se caracterizan, en primer lugar, por el amplio empleo artillero de ambas partes, a largas, medias y cortas distancias, con piezas pesadas y ligeras, proyectiles estriados y cohetes reactivos. Los cañones no se han callado un solo día.

Los nombres de Cachita, Libertad y Victoria, las tres primeras piezas de BM-21 con dotaciones mixtas que respondieron a la artillería sudafricana, son ya parte de esta historia del presente. A ella se sumaron luego muchas otras máquinas reactivas.

Miles de cohetes lanzados tienen en su hoja de combate la mayoría de las buscapleitos, como se les llama con cariño a las BM-21 que defienden Cuito.

Por todo esto, no me convence la idea de ir a los emplazamientos para hacer frías entrevistas a nuestros valerosos muchachos y —luego tirarles un par de fotos posadas—. Así lo hago saber, y un joven oficial de las BM se compromete en avisarnos y recogernos tan pronto se les encomiende una nueva misión: “No se preocupe, periodista, que nosotros casi siempre tenemos ‘fiesta’...”.

A la mañana siguiente, un soldado sudoroso llega corriendo a nuestro refugio. Su recado es preciso: llamaron de las BM, debemos salir rápido al camino, que enseguida vienen por nosotros.

Apenas tenemos chance para ir por los fusiles y las cámaras, cuando un par de buscapleitos ya avanzan a toda velocidad por uno de los accesos al puesto de mando.

Cánovas se monta en la cabina del primer Ural y yo me acomodo junto al resto de la dotación en la parte de atrás del camión, entre la cabina y los cuarenta tubos cargaditos de cohetes, cuyas cabezas brillosas se me antojan serpientes al acecho dentro de sus cuevas.



Las buscapleitos (BM-21) hacia la posición de combate.

Volamos por el arenoso camino. Un soldado a mi lado me informa a gritos de la misión. Lo escucho envuelto en una compacta nube de polvo, que se rompe y vuelve a formarse al paso del segundo carro.

Se ha descubierto el avance de una agrupación enemiga a unos quince kilómetros en la profundidad. Las piezas tienen la misión de ocupar una de sus posiciones de fuego, situada casi a orillas del río, y desde allí efectuar el tiro.

Me agarro con fuerza a los tubos y al techo del camión. El fusil lo llevo terciado a la espalda y una de las cámaras colgada al cuello. Trato de hacer algunas fotos a la pieza que viene detrás, para lo cual preciso de la ayuda de mis compañeros, los que me sostienen por el cinto para que yo pueda colimar y disparar sin caerme.

A tanta velocidad, los camiones patinan sobre la arena. Por momentos tengo la impresión de que podemos salirnos del camino, pero los choferes demuestran ser buenos conocedores de las posibilidades de sus máquinas. Como bólicos pasamos junto a las trincheras, donde siempre se levantan puños y se escuchan frases de aliento. No hay dudas: la gente siente orgullo por las buscapleitos.

Llegamos por fin a la posición, un pelado en la hierba donde se conservan oscuras huellas de tiros anteriores. En fracciones de segundos los hombres saltan a tierra y preparan las piezas para el combate. Comprueban los azimuts y otros parámetros. Hablan poco en un idioma desconocido para el profano.

Cánovas y yo también preparamos nuestra posición de fuego fotográfico, a pocos metros de distancia, en la dirección que nos indican como la menos peligrosa. Cada máquina tirará media salva, o sea, veinte cohetes cada una.

Una advertencia queda bien clara para nosotros: en cuanto se produzca el tiro, debemos correr y montarnos enseguida en la BM más cercana, pues el enemigo puede ubicar la posición y responder con sus cañones, por eso no se puede perder tiempo en el lugar.

Los segundos se me hacen horas. Recuerdo que el duelo artillero, diurno y nocturno, ha sido cruento en los últimos meses. “Esto es de me tiras y te tiro”, me dijo en cierta ocasión el subteniente Juan Carlos Martínez, jefe de batería de BM-21, de donde son, precisamente, estas piezas.

Al principio, los racistas tenían pleno dominio del campo de batalla. No había acción emprendida por nuestra artillería que no recibiera la más rápida y efectiva respuesta de los cañones enemigos. Poco a poco, a golpe de coraje y experiencia adquirida al fragor de los combates, nuestros artilleros comenzaron a ganar terreno.

En más de una ocasión se organizaron emboscadas contra la artillería sudafricana. Una BM nuestra ocupaba, de forma encubierta, una posición bien avanzada. Desde otro punto de nuestra profundidad, una segunda pieza reactiva hacía fuego contra los racistas. Estos, prepotentes, se apresuraban a responder enseguida y ahí mismo descubrían sus emplazamientos, los cuales se convertían en blanco fácil de la primera BM que esperaba oculta en el punto avanzado. “El 23 de marzo fue el día en que Cuito se puso ‘carnavale’

de verdad”, me aseguró jocosamente, días atrás, el sargento de tercera Lázaro Pérez Pérez, jefe de pieza de BM-21, al referirse a su participación en el último gran combate contra las fuerzas racistas que intentaban tomar el poblado. Ese día...

¡Arriba, los cuarenta!

Las columnas enemigas se mueven a gran velocidad sobre las posiciones de la 25 Brigada FAPLA. Intentan abrir una brecha en uno de sus flancos y penetrar por ella hasta la retaguardia: allí está Cuito Cuanavale.

Nuestras BM-21 reciben la misión de impedir ese avance. Abandonan sus nichos protectores y, bajo un fuerte hostigamiento del adversario, emprenden la marcha hacia las primeras posiciones.

La pieza que dirige el sargento Pérez Pérez, artillada con sus cuarenta cohetes reactivos, se aproxima por uno de los flancos al encuentro de las fuerzas racistas. De pronto, una lluvia de morteros comienza a caer a pocos metros de la máquina. ¡Les están tirando! Se trata de una batería enemiga, cuyo emplazamiento descubren a tres kilómetros en la profundidad.

Deciden acercarse, emplazar en la misma carretera y desde allí hacer tiro directo. El combate será “cuerpo a cuerpo”.

Desde su punto de observación, el jefe de artillería de la agrupación cubana se percata de lo que está sucediendo y alerta por radio al teniente ingeniero Claro Matos Rojas, jefe del pelotón de BM-21.

“¡Cuídame a los hombres, cuídame la pieza!”, dice a toda voz por el equipo, de manera tal que lo escuchan los propios miembros de la dotación de Pérez. No obstante, Matos les repite la advertencia: “No deben arriesgarse tanto. No se pongan a corregir el tiro”.

Pero el duelo está decidido. Pérez Pérez lo comunica:

—¡Allí hay una batería de morteros; la vemos clarita, la tenemos colimada!

—¿Estás seguro de los datos?! —indaga el teniente.

—¡Está ahí mismo! —responde el sargento.

—¡Pues arriba! ¡Los cuarenta!

La salva es precisa e impresionante. En cuanto salen los primeros cohetes, los jóvenes artilleros escuchan por radio nuevamente la voz del jefe superior que, desde el punto de observación, grita sin poder contenerse:

—¡Ahí mismo los cuarenta, que les partimos los cojones!

Concluido el tiro, cuando en el sitio donde está la batería enemiga solo se observan columnas de humo y fuego, el sargento Pérez Pérez informa a su jefe:

—Allí no quedan ni las tuercas.

—Viren lo más rápido posible. Los felicito —dice emocionado el joven oficial.



Dentro de pocos segundos, el cohete reactivo estallará en el orden combativo de una agrupación enemiga detectada en las cercanías de Cuito.

Un cañonazo enfría mi almuerzo

La señal convenida me saca de los recuerdos. Cáno-vas aprieta el obturador de la cámara casi en el mismo instante en que la tierra tiembla bajo mis pies, y el estruendo como de mil rayos caídos a la vez, me deja sordo por unos segundos. Sin embargo, puedo ver las llamaradas que salen por detrás de cada pieza, mientras un torbellino de humo, arena y olor a pólvora, envuelve las potentes máquinas.

No hay tiempo para más. Ya los camiones han puesto en marcha sus motores para iniciar el recorrido de regreso. Si cuando veníamos, alguien me tendió la mano para ayudarme a subir, ahora lo hago solo, de un salto que envidiaría el mismísimo Sotomayor.

El “vuelo” en dirección contraria es todavía a más velocidad, ahora con una nueva dificultad para quienes vamos en la parte de atrás: imposible aguantarse de los tubos que están al rojo vivo. Me prendo como el macao con la punta de los dedos al filito que sobresale del techo del Ural. Desde allí advierto las columnas de humo negro que se levantan detrás de unas elevaciones en la misma dirección en que apuntaron las BM.

Por lo visto, mi situación es maravillosa comparada con la de los sululú que recibieron nuestros cohetes. Esta vez no tienen tiempo para ripostar enseguida; lo hacen media hora después, cuando estoy fajado a mordidas con un plato de sardinas.

El comedor de oficiales del Estado Mayor es semi-soterrado, con techo poco confiable. Sucede que solo he probado los primeros bocados cuando suena la campana que anuncia ataque terrestre, seguida por las primeras y conocidísimas explosiones de los G-5.

A esa hora son pocos los oficiales que almuerzan, y en el lugar estamos unas cinco o seis personas. Las explosiones suenan lejanas e, incluso, alguien comenta con el deseo de dar tranquilidad: “Están tirando para la chana, eso es lejos”.

Violamos lo establecido, que es correr hacia los refugios. Nos dejamos llevar por las exigencias de nuestros estómagos y la eternamente peligrosa idea de que “esos no están pa’ uno”. Entonces, ocurre lo inesperado. Los racistas corrigen de pronto el tiro y, sin que nos dé tiempo a hacer nada, sentimos cómo uno de los proyectiles cae a muy pocos metros de donde estamos, en la parte de atrás del comedor.

Segundos después, en el refugio, cuento con Cánovas más de cincuenta proyectiles tirados en menos de una hora contra el puesto de mando, en este mediodía que mi almuerzo se enfriaba sobre la mesa...

Dicen que esas gafas, partes de la cámara de Eduardito y del equipo de grabación de Marcos, fueron de las pocas cosas que se pudieron rescatar, después del accidente aéreo que les costó la vida en Angola, luego de unos días de mi primer regreso a Cuba.

Los tres habían reportado desde las primeras trincheras en Cuito y se convirtieron entonces en la principal inspiración cuando propuse volver a Angola para escribir este libro. No olvido las caras de mi familia cuando dije que regresaba de nuevo a la guerra.

Yo sabía perfectamente lo que significaba volver a los lugares de donde ya había salido ileso, e irme a otros donde la muerte podía estar detrás de cualquier esquina. Hoy releo estas páginas y me alegro de que la suerte me haya acompañado, a pesar de aquel refrán supersticioso y tristemente cierto por entonces en Angola, de que «soldado brindado, soldado reventado».

Aquella madrugada en la oscuridad de la selva, a decenas de kilómetros de nuestras primeras líneas, en un terreno infectado de minas, congelado por dentro y por fuera, y convencido de que en cualquier momento iban a llover los tiros, me pregunté una y mil veces qué rayos hacía yo allí. La respuesta está en estas mismas páginas: la vivencia personal no tiene comparación con lo narrado por otros.

En más de una ocasión debimos casi fajarnos con aquellos amigos que tenían la difícil misión de protegernos,

para que nos dejaran ver con nuestros propios ojos, y los lentes de las cámaras, a los héroes en acción.

Cuando es preciso, también el reportero necesita sentir en el estómago ese estremecimiento único e indescriptible, que solo se alcanza al traspasar a conciencia la barrera que dice peligro.

Como nuestros propios combatientes, los corresponsales de guerra cubanos en Angola, en Etiopía, como antes en Girón y en otras partes de Cuba y del mundo, estuvieron allí donde más falta hacían, para recoger las imágenes, los sonidos, la memoria viva y directa, de cada uno de esos momentos históricos.

Veinte años después, en memoria de mis compañeros caídos, debo reafirmar que si algo sobró en Angola, en medio de la guerra, del heroísmo, del sacrificio y hasta de la muerte misma, fue el deseo de amar, de crear, de soñar, y –aunque muchos no lo lograron– el imprescindible deseo de vivir.

La Habana, 15 de enero de 2008





MISIÓN EN TERRITORIO PROHIBIDO

El 13 de la buena suerte

Mi plan de trabajo en Cuito siempre incluyó la visita a las principales unidades del frente. Había comenzado por la 25 BI, gracias a la feliz coincidencia de que nos enviaran allí para cubrir el acto de entrega de las medallas; pero en ningún momento deseché la posibilidad de dedicarle, al menos, media jornada a las demás brigadas de las FAPLA, que también han tenido activa participación en los combates de los últimos meses.

Ahora no recuerdo por qué resultó la 13 Brigada de Desembarco y Asalto (BDA) de las FAPLA la primera escogida para continuar mi periplo; acaso por ser en número la más pequeña o porque esta mañana Cánovas y yo decidimos poner en práctica los consejos de nuestros colegas más experimentados: “No esperen que nadie les ponga un transporte para trabajar; esto no es Cuba, es la guerra. Móntense en lo primero que vean salir del Estado Mayor y luego averigüen para dónde van”.

De esa forma, también fruto de una nueva coincidencia, comienza para mí la más interesante y peligrosa aventura de cuantas vivo en Cuito Cuanavale. A ella dedico el resto de mi tiempo previsto en el frente, y echo por tierra el deseo de visitar las restantes unidades. Mas no me arrepiento, los días que paso junto a los hombres de la 13 Brigada y con todos aquellos otros que acuden en su ayuda en los momentos difíciles y felices que nos reserva el destino, son determinantes en mi búsqueda y comprensión del heroísmo de nuestros internacionalistas y de todos sus camaradas de lucha, los combatientes de las FAPLA.

Comienza “la aventura”

Vamos de nuevo sobre ruedas por la carretera Menongue-Cuito Cuanavale, esta vez en un camión GAZ-65

soviético, que tuerce sin previo aviso a la derecha por un terraplén que nace en el mismo centro del histórico poblado. Como siempre velocidad máxima permisible: a cien baches por segundo.

Ayer los sudafricanos le regalaron el mejor reportaje de sus vidas a un grupo de periodistas occidentales que llegaron en helicóptero a hacer una visita relámpago, en la cual incluyeron un paseo al legendario puente sobre el río. Dos gecincazos fueron suficientes para –según me relató un soldado nuestro que iba de escolta– herir levemente a igual número de reporteros y provocar una retirada a la desbandada, que pocos o ninguno describirá en sus respectivos reportajes.

La 13 Brigada de Desembarco y Asalto protege, entre otros objetivos, el sector del pueblo donde se encuentra situado el aeropuerto, en la margen oeste del río. Sus actuales posiciones fueron atacadas varias veces por el enemigo sin que pudiera hacerlas retroceder ni un centímetro. El aeródromo y su pista son –como el puente– prioridad número uno para la artillería de largo alcance sudafricana.

Cruzamos el punto de control donde dos soldados angolanos y un letrero en portugués nos dan la bienvenida, y unos metros más allá el GAZ-65 se detiene junto a un hermoso parquecito rústico. Varios hombres, entre los que descubro algunas caras latinas, están sentados en graciosos bancos de madera recién cortada. En sus caras es fácil advertir preocupación: hay algo extraño en el ambiente. Por lo visto, no hemos venido el mejor día.

El asesor de la brigada para el trabajo político no se diferencia físicamente en mucho del comisario angolano. Nadie diría que nació a miles de kilómetros de esta tierra que ahora defiende.

Él nos pone al tanto de los hechos:

Después del último combate del 23 de marzo, el enemigo no ha hecho nuevos intentos por tomar el poblado, aunque sus movimientos y actividades en la zona han continuado. Por eso, el mando angolano

decidió enviar varios grupos de exploración, con el objetivo de conocer qué se trama más allá de nuestras primeras trincheras. La calma prolongada en el frente siempre es motivo de preocupación.

La 13 BDA envió un destacamento compuesto por una pequeña unidad FAPLA y diez combatientes cubanos, entre ellos dos oficiales, que operó con éxito durante una semana, penetrando hasta más de cincuenta kilómetros en la profundidad del enemigo y transmitiendo valiosos datos sobre este.

Pero al parecer fueron descubiertos y ayer por el mediodía informaron ser atacados por fuerzas superiores. Apenas lograron transmitir acerca de bajas en la jefatura del destacamento y de por lo menos dos o tres heridos cubanos, cuando se perdieron las comunicaciones. Hasta el momento no hay otras noticias. No obstante, hubo tiempo de ordenarles que se replegaran y emprendieran el regreso hasta Cutueyo, el punto más avanzado de la brigada.

Ya ha sido constituido un puesto de mando provisional, integrado por el jefe de la 13 Brigada y varios oficiales angolanos y cubanos; ellos tienen la misión de dirigir desde Cutueyo las operaciones de búsqueda y rescate del destacamento.

El político me informa que dentro de algunos minutos partirá hacia allí un vehículo con una decena de soldados cubanos de las tropas especiales, como parte del refuerzo que se está enviando al lugar, pues no descartan la posibilidad de un enfrentamiento con el enemigo, si este ha decidido perseguir a nuestros hombres.

La invitación es tentadora, así que Cánovas y yo nos subimos en la cama de un Engesa con el motor al aire, que enseguida se pone en marcha. Avanzamos a brincos de potro salvaje por un camino hecho en el bosque a golpe de hacha y gomas reventadas.

Uno de los soldados me advierte entre sonrisas que el trayecto hacia Cutueyo tiene sus peligros, porque, aunque el camino está protegido por algunas postas angolanas, hay lugares donde la vegetación es muy

tupida, lo cual resulta factible para emboscadas y minas enemigas.

El consejo nunca viene mal, así que, como los demás, pongo en alerta mis cinco sentidos y coloco a Chachi (algún dueño anterior grabó ese nombre en el guardamanos de mi AKM plegable) sobre los muslos.

Mas, salvo los sustos que dan los propios faplas, que de vez en cuando salen sin avisar de entre los árboles, no sucede nada anormal.

Cutueyo no es más que un punto en el mapa y un lugar en la selva donde se han construido sencillas fortificaciones para garantizar las condiciones mínimas de vida y protección de las unidades angolanas que defienden la posición más avanzada por esta parte del frente.

Aquí, el agua “potable” que me ofrecen está almacenada al descubierto, en una especie de balsa de goma y tiene la interesante cualidad de no ser incolora como me enseñaron desde la primaria. Por suerte, en el botiquín ambulante del bolsillo derecho de mi pantalón, entre aspirinas y cloroquinas, traigo algunas pastillas de cloro, una de las cuales va a parar de inmediato al fondo del carmelitoso líquido vital con que relleno mi cantimplora. Dentro de una hora el ¿agua? estará lista para ser bebida.

En un hueco en la tierra, con una red de enmascaramiento por encima, está reunido el cerebro de la operación. Descubro varios rostros conocidos en el grupo de oficiales cubanos que, junto al jefe de la 13 BDA y otros miembros de su estado mayor, analizan en un mapa de la región las últimas informaciones recibidas.

Está entre ellos el jefe de la sección política del puesto de mando principal, el teniente coronel Luis Ramírez Carballo, quien hace una seña con la mano para que me acerque y escuche. Así lo hago.

Al parecer, la unidad de exploración resistió con valentía el ataque de fuerzas muy superiores, incluido un batallón Búfalo de tropas especiales mercenarias que opera en la zona desde hace algún tiempo. El

bosque era muy tupido en el lugar y eso, unido también al factor sorpresa, hizo difícil la organización y dirección del combate. El destacamento fue dispersado, aunque la mayoría de los hombres logró romper el cerco enemigo y, como se ordenó, vienen de regreso en pequeños grupos; algunos ya han comenzado a llegar aquí. Hasta el momento han arribado tres de los diez combatientes de las FAR, pero es muy poco lo nuevo que pueden decir: confirman, dos heridos cubanos, aunque no pueden precisar en qué condiciones están, ni tampoco si el grupo de internacionalistas logró romper el cerco.

También se reportan varios heridos y algunas bajas de la parte angolana, aunque todos coinciden en afirmar que fueron mínimas en comparación con las que le hicieron al enemigo.

Es el propio comandante FAPLA quien señala como su mayor preocupación la situación de los camaradas cubanos, en especial la de los dos oficiales, y de ellos, el herido. Por ahora, la única alternativa es esperar.

Cae la tarde sin que se reciban nuevas noticias. Por eso el mando toma la decisión de enviar grupos de salvamento y rescate por diferentes itinerarios hacia el interior del territorio enemigo, con el objetivo de iniciar la búsqueda de los hombres que aún no han regresado. Para garantizar la misión, a Cutueyo han sido destinados varios blindados de la agrupación de tanques del oeste.

Los dos primeros grupos saldrán de inmediato. En cada uno irán combatientes cubanos y angolanos; estos últimos, mejores conocedores de la región, actuarán también como guías.

El momento es de tensión. Está claro el riesgo que encierra la misión; pero tengo la completa seguridad de que todos quieren ser elegidos para participar en ella. Así, por ejemplo, el médico cubano de la 13 Brigada exige su lugar en el primer grupo, lo cual se aprueba; en los restantes irán sanitarios.

Tampoco quiero quedarme en tierra. Ante mi proposición, el jefe de la sección política vacila un poco, me explica que en cada grupo va el número de hombres mínimo imprescindible para garantizar la búsqueda y, si es necesario, la defensa de nuestros compañeros extraviados. Es reducido el espacio sobre los tanques y la BMD (transportador blindado soviético), más aún teniendo en cuenta que en ellos deben regresar los combatientes que se rescaten.

Comprendo su preocupación; pero le insisto en la importancia de nuestro trabajo y en que, en última instancia, yo también tengo dos manos, dos piernas y un fusil con cargadores. Esto último acaba por convencerlo.

Es así como soy incluido en el segundo grupo que sale, compuesto por dos tanques y alrededor de veinte hombres.

Convengo con Cánovas en que él permanezca en Cutueyo con las cámaras, para garantizar las fotos del arribo de los cubanos, en caso de que los rescate otro grupo que no sea el mío.

Jaguar 2, ¡Adelante!

Los últimos minutos antes de la salida los vivo como en un sueño. Por primera vez, después de muchos días en el frente, me asalta la preocupación de si serán suficientes los cuatro cargadores que llevo conmigo y que hasta ahora me habían parecido una carga demasiado pesada. Me sorprende, rodilla en tierra, llenando de balas cuanto espacio vacío queda en mi pechera.

El político se me acerca e indaga si he traído algún abrigo, pues la noche está al llegar. Por lo visto la madrugada nos cogerá en el monte, y en mangas de camisa no hay quien aguante el frío que se espanta por estos lugares. Le explico lo que él ya conoce: yo salí por la mañana para hacer un trabajito en la 13

Brigada y me he ido complicando. No, tengo solo la ropa que llevo puesta.

Entonces sucede lo inesperado.

Un soldado que está cerca y ha escuchado nuestra conversación, se adelanta y me extiende un suéter de lana verde olivo. “Tome, teniente, que a usted allá le va hacer más falta que a mí aquí. No se preocupe, que yo resuelvo con algún compañero”.

Sé que no puedo negarme. El pecho se me llena de emoción y retengo con todas mis fuerzas el deseo de abrazar a este joven cubano. Aprieto amistosamente su mano, mientras susurro: *gracias, hermano*.

El jefe de mi grupo se presenta como el primer teniente Félix Fleitas Miranda. Es un joven trigueño, de piel recién curtida por el sol africano. Juntos escuchamos las instrucciones del teniente coronel cubano que dirige la operación. Pongo a andar mi grabadora:

Hay que andar gato. Yo pienso que aquí no hay enemigos ahora, pero no se descarta la posibilidad... Minas sí debe haber, por eso todo el mundo debe ir encima de los tanques, para que si los coge una mina vuelen por el aire y no mate a nadie adentro. Las comunicaciones con nosotros las mantienen constante. Cuando llegue la noche paran y organizan la defensa circular. Nada de cigarros ni luces innecesarias; aquí las elevaciones son altas y te ven a diez kilómetros de distancia, y ahí mismo te ponen los morterazos en la cabeza. Recuerden, ustedes van bajando hasta el río Sovi, lo bordean y, si no encuentran nada, regresan por otro itinerario. Si tropiezan con nuestra gente, lo informan enseguida y los traen de inmediato para acá.

Tus dos tanques —dice dirigiéndose a Fleitas— son Jaguar 2 y Jaguar 3; Jaguar 1 es el indicativo del primer grupo que salió; yo soy Jaguar,

asegúrate de ajustar bien las frecuencias antes de salir. ¿Todo claro...? ¡Cuídense!

El político, por su parte, anota uno por uno los nombres de los cubanos que partimos y pregunta por los militantes comunistas. Cinco compañeros levantamos las manos. Rápidamente nos designa cargos:

—Tú eres secretario, tú su sustituto y ustedes miembros.

Luego se dirige al resto:

—Los demás son comunistas también. Esto es de Patria o Muerte, no podemos regresar sin nuestra gente. Hay que buscarlos y rebuscarlos, defendernos nosotros mismos y defender a nuestros compañeros. Las palabras sobran, lo que hay es que actuar. ¿Todos llevan abrigo... agua? OK, ya pueden irse. ¡Suerte muchachos!

Otros muchos combatientes de las FAR y de las FAPLA se acercan a los tanques para despedirnos, tienden la mano y dicen frases de aliento.

Partimos poco antes del anochecer. Jaguar 2 y Jaguar 3 vuelan sobre sus esteras loma abajo con los faros encendidos, rompiendo monte y tumbando cuantos árboles aparecen a su paso.

He logrado instalarme junto a la escotilla de Fleitas quien dirige por radio el desplazamiento de los blindados. Del otro lado del primer teniente va un oficial angolano que conoce bien el terreno.

Los T-55 brincan y rugen como fieras endemoniadas, dejan tras sí una estela de humo, polvo y restos de vegetación. Con la cabeza y en ocasiones con todo el cuerpo, esquivo una y otra vez el amenazador paso de ramas y hasta de gruesos troncos que caen por todos lados. A medida que avanzamos la selva se hace más tupida.



Los jaguares avanzan entre los árboles.

Los jaguares

Me sostengo, fuertemente, con ambas manos de la torreta del tanque; una caída puede ser fatal. Por momentos, tengo la sensación de que nada es real, quizás en cualquier momento despierte de tan inusual pesadilla.

El grito desgarrador de uno de los angolanos me devuelve a la realidad y antes de que el blindado se detenga por completo —no sé cómo— salto a tierra y rastrillo el AKM plegable.

Desconozco qué ha sucedido; pero cientos de ideas rondan mi cerebro, todas relacionadas con una posible emboscada enemiga.

Otros dos combatientes cubanos y yo permanecemos inmóviles, ocultos entre la maleza, mas no se escuchan disparos ni explosión alguna. Con cautela nos acercamos a Jaguar 2. Junto a él se aglomeran varios hombres; en el centro, el sanitario cubano atiende al camarada angolano.

Lo ocurrido no fue más que un accidente: al hacer un giro, el cañón del tanque comprimió la pierna del joven contra el acero de la torreta donde iba sentado. El dolor debe de haber sido irresistible. Ahora ya se ha recuperado, aunque va a cojear por un buen tiempo.

Continuamos la marcha. Por momentos Jaguar 3 se atrasa demasiado y Fleitas, por radio, le hace acortar la distancia, a gritos y con sustantivos no aptos para menores.

Hemos recorrido casi cinco kilómetros, que a mí me han parecido cincuenta, cuando el primer teniente decide hacer alto: ya no merece la pena continuar la búsqueda en tales condiciones, no solo por lo peligroso del avance nocturno, sino porque debido a la poca visibilidad corremos el riesgo de pasar cerca de nuestros compañeros sin verlos.

Los tanques apagan los faros, y la oscuridad nos aplasta. Es una noche sin luna, especial para cuentos de misterio.

Estacionamos los tanques, por orden del jefe uno de espalda contra el otro, de manera tal que se pueda hacer fuego con sus cañones y ametralladoras a los 360 grados.

El silencio en medio de la selva es total. Echo a andar de nuevo mi grabadora cuando Fleitas da las instrucciones para la defensa circular de nuestro improvisado campamento. Habla bajito, pero bien despacio y muy claro. Grabo:

Aquí todo lo que se mueve se siente. Por eso, antes de ejecutar debemos tratar de observar, estar seguros de que no sea un animal o algo por el estilo. Si es un hombre se agachan, se protegen bien detrás de un árbol y dan el alto. Si es gente nuestra, en el acto se va a identificar; pero si es enemigo te la va a poner enseguida, y ahí *mismítico* nos va a alertar a todos los demás.

Inesperadamente, un soldado cubano interrumpe la explicación del jefe. Asegura haber escuchado un grito. A mí también me pareció oírlo. Durante casi un minuto hacemos silencio total, pero el supuesto alarido no vuelve a repetirse.

Las pupilas ya se han adaptado a la oscuridad y observo con atención los rastros de cada uno de mis compañeros: son jóvenes; la mayoría no sobrepasa los veinte años, solo Fleitas debe estar por los veintitantos. Ahora continúa su explicación:

En caso de ser atacados, cada cual ya debe saber el lugar que va a ocupar en la defensa. Se rompe fuego cuando se vea al enemigo y nada de botar las balas: hay que estar seguros de hacer blanco.

Los que estén en ese momento en las postas retroceden y también ocupan sus posiciones junto a los tanques. Esto debemos tenerlo bien en cuenta, no vaya a ser que les tiremos a nuestros propios compañeros. De todas maneras, vamos a establecer una señal única entre nosotros para identificarnos: Trueno va a ser la seña y Centella la contraseña. ¿Hay alguna duda?

Uno de los tanquistas cubanos pregunta cómo deben actuar las dotaciones en caso de ataque enemigo. El primer teniente aclara:

El cubano coge el puesto del artillero y el angolano, el del cargador. Abrimos fuego con el cañón y la ametralladora y vamos a ver a cómo tocamos.

Minutos después soy enviado, junto con los demás cubanos de Jaguar 2 —cuatro soldados y un sargento— para cubrir uno de los flancos de la defensa. Apenas he caminado unos cuantos pasos en la oscuridad, cuando

siento de pronto que el suelo se me acaba. En el brevísimo tiempo que dura mi vuelo hacia el fondo del hueco pienso en mil cosas a la vez: minas, trampas, serpientes... Enseguida, varias manos amigas me ayudan a salir del misterioso agujero. Por suerte todo queda en un mal rato, ni siquiera me he golpeado y la grabadora ya la había guardado en la sumka.

Caminamos varios metros más entre los árboles, los suficientes para darme cuenta de que algo ocurre: sin que nadie lo haya ordenado, los muchachos se han puesto en fila y caminan disciplinadamente detrás de mí; esperan que sea yo quien decida el lugar donde poner nuestra posta. Por lo visto, se me subordinan, confían en mis estrellas de primer teniente.

Me asalta una mezcla de orgullo y preocupación. ¿Qué hacer? ¿Seré yo capaz de dirigirlos con éxito en caso de presentarse el combate? O mejor les digo que no, que solo soy periodista y jamás he tenido a nadie a quien mandar, menos aún en una situación tan complicada como esta. Que sea el sargento quien se ponga al frente del grupo y yo me subordino a él sin complejos... ¡Eso nunca! ¿Qué pensarían de mí estos jóvenes? Y... peor aún, ¿qué dirían si lo supieran mis queridos profesores de táctica, quienes tantas veces insistieron en que debíamos ante todo ser oficiales y después periodistas? ¿Acaso en más de una ocasión no nos advirtieron que alguna vez nos veríamos en una disyuntiva similar? Decididamente la voy a enfrentar y que salga el sol por donde salga.

Propongo detenernos en el borde de un pequeño claro, ya que este lugar me parece muy apropiado para establecer la posta. Aquí nos protegeremos detrás de los árboles y tendremos la visibilidad suficiente para detectar todo lo que se mueva en una distancia de alrededor de veinte metros.

Permanecemos unos quince minutos en completo silencio, parados uno junto al otro, con la mirada fija en el claro y con los oídos en guardia. No tengo idea de la hora, pero calculo que no serán más de las nueve de

la noche. Pienso que es imposible mantenernos así hasta el amanecer, más aún cuando no se sabe cuánto puede durar la búsqueda de nuestros compañeros. Es necesario descansar, tal como se ordenó. No vale la pena tener doce ojos observando, cuando dos pueden hacer la misma tarea con igual efectividad. Así se lo hago saber a mi pequeña tropa:

—Yo hago la primera guardia; cuando me entre sueño te despierto a ti; tú haces lo mismo: lo despiertas a él; tú a él... los voy señalando a cada uno hasta el último.

”Si ha dado toda la vuelta y aún no ha amanecido, tú me despiertas a mí, —le digo al último. ¿OK?

”Recuerden, el que esté de posta no puede sentarse ni recostarse; muchos menos fumar o encender un fósforo. No esperen a que los venza el sueño, despierten al siguiente en cuanto pestañeen dos veces. Si detectan algo me levantan enseguida. ¿Está claro?

Un soldado aparece por el lado de los tanques.

—Teniente, de parte del primer teniente Fleitas, que se presente en Jaguar 2.

Salgo detrás de él. El jefe del grupo está sentado sobre la torreta del T-55. Tiene a su lado una caja y en las manos varias granadas.

—¿Tú sabes activar estos bichos? —pregunta en cuanto advierte mi presencia.

Asiento con la cabeza al tiempo que pongo mi memoria a funcionar. Sí, alguna vez activé una F-1; pero fue cuando era cadete, hace más de cinco años y con seguridad a la luz del día. Ahora...

Me siento junto al joven oficial, quien me pone siete “bichos” y otras tantas espoletas sobre las piernas.

—Actívalas, esas son las de tu gente; dos de ellas te las guardas para ti.

Tomo uno de los artefactos en las manos y espero con disimulo a que el jefe haga lo mismo: la memoria se me refresca enseguida. Las restantes seis las preparo para el combate, esta vez sin acudir al fraude.

Pongo mis dos granadas en los bolsillos laterales de la pechera, para lo cual tengo primero que vaciarlos de balas; estas últimas pasan a compartir la sumka con la grabadora y un grupo de pilas de repuesto. Las otras cinco F-1 me las echo en los bolsillos de mi pantalón. En realidad soy un polvorín ambulante.

La noche más larga de mi vida

Regreso a la posición, reparto las granadas, y un rato después logro que los muchachos se echen a dormir alrededor de un arbusto cercano. Me quedo solo en medio del silencio y la oscuridad de la noche.

Tengo el propósito de estirar mi guardia lo más que pueda: dos, tres, cuatro horas... Por alguna razón, uno siempre confía más en sí mismo que en los demás.

El lugar ahora no me parece tan oscuro como al principio; incluso descubro un gran número de estrellas en el cielo. El silencio sí continúa siendo absoluto, salvo un momento en que en la lejanía escucho el alarido de algún animal, un mono quizás. La temperatura ha comenzado a bajar, pero el suéter que me prestaron es invulnerable al frío...

Me equivoqué, pasadas unas dos horas, que para mí han resultado algo más que la eternidad, me descubro tiritando, como si me hubiera caído una nevada encima. Pienso que tiene relación con el hecho de haberme mantenido todo el tiempo inmóvil, casi en posición de firme, para no hacer ruido; o tal vez porque no pruebo alimento alguno desde el almuerzo de ayer, ingerido antes de partir hacia Cutueyo. Parezco un congelador vacío.

Agunto un poco más, aunque las piernas se me han entumecido y la capa con la cual increíblemente se han tapado todos mis muchachos, resulta una verdadera tentación en la noche.

No espero más y levanto al primer relevo. Antes de ocupar su lugar bajo la capa, me aseguro de que esté

bien despierto y le ordeno permanecer sin moverse junto a mis pies, de manera que, con solo abrir los ojos, yo sepa si está en su puesto o no. Así lo hace y poco a poco veo cómo su imagen se va tornando cada vez más borrosa. Me duermo, pero apenas unos segundos. Desde el mundo de los sueños siento como una mano misteriosa me zarandea y una voz repite muy cerca de mis oídos:

—¡Teniente, teniente!

—¿Qué pasa? —respondo también con un susurro, todavía medio dormido.

—Está roncando muy alto; se oye lejísimo.

No le respondo. ¿Roncando yo? Si yo nunca ronco. Debe estar equivocado, quizás los nervios... Pasarán aún varias semanas para que mi esposa me confirme el hecho: ronco, y alto; pero solo cuando duermo boca arriba, lo cual ocurre en muy raras ocasiones, como en esta, porque lo hago a propósito para poder supervisar a los centinelas.

El suceso se repite más de una vez y el frío no respeta ni la capa, de manera que duermo a retazos y veo entre sueños cómo mis hombres se van relevando uno al otro. Tal y como lo preví, soy despertado nuevamente poco antes del amanecer. Los primeros claros del día me permiten por fin observar las manecillas del reloj: las seis y cinco de la mañana. Ha terminado la noche más larga de mi vida.

La mercancía ya está en casa

La claridad también permite hacer un interesante descubrimiento: hemos acampado y dormido en una antigua base enemiga y el hueco donde caí anoche no es más que un pozo de tirador, igual a muchos otros que hay en el sitio.

Salimos enseguida y emprendemos la marcha hacia el sur a toda velocidad. Los conductores de Jaguar 2 y Jaguar 3, dos soldados angolanos, demuestran ser

verdaderos ases del volante. Saben el momento preciso para acelerar y embestir con fuerza un robusto árbol o para sacar las inmensas moles de acero de las abruptas ondulaciones del terreno. Los motores trepidan, rechinan las esteras; pero los tanques continúan adelante, cual inmensos elefantes salvajes en medio de la selva.

Como los demás, continúo mi agotadora tarea de sostenerme, esquivar ramas y troncos, tragar polvo e intentar descubrir entre la maleza la presencia de amigos o enemigos; para ello cuento con la indispensable ayuda de mi instinto de conservación.

Nos enteramos por radio que el médico de la 13 Brigada, que había salido ayer en el primer grupo de búsqueda (Jaguar 1), fue golpeado en la cara por la rama de un árbol, perdió el equilibrio y cayó del blindado en marcha. Al parecer una herida en el rostro fue la única de alguna envergadura; pero el joven se negó a que lo llevaran de regreso antes de cumplir la misión.

A eso de las nueve de la mañana, Fleitas, que hoy va delante en Jaguar 3, cuyo equipo de radio tiene mayor potencia, ordena hacer un alto para orientarnos. El río Sovi, según el mapa, está a unos veinte kilómetros de Cutueyo. Anoche recorrimos cinco y hoy ya hemos avanzado cerca de catorce.

Por lo tanto, debemos de estar muy cerca de nuestro objetivo. Es necesario redoblar la observación y estar listos para actuar si el momento lo precisa. Antes de partir, el primer teniente me informa con discreción una interesante noticia: desde hace buen rato perdimos las comunicaciones con Jaguar (Cutueyo); “pero vamos a continuar”.

Nos ponemos de nuevo en camino y varios minutos después advierto cómo, sin detener la marcha, los tanques comienzan a desviarse hacia la izquierda.

—¡Primo, detrás de esos imbondeiros está el Sovi! —me dice a gritos uno de los angolanos que viaja conmigo en Jaguar 2.

Como se ordenó, bordeamos un buen rato el río hasta que por fin el jefe del grupo manda a poner

dirección norte: emprendemos el camino de regreso por un nuevo y desconocido itinerario.

Vamos ahora casi todo el tiempo loma arriba y siento cómo nuestros jaguares se esfuerzan por vencer cada metro del terreno. Ya no resulta fácil derribar árbol tras árbol, y en más de una ocasión es necesario retroceder y cambiar la dirección, ante la fortaleza de un tronco que se niega a partirse y amenaza con apagar el motor de Jaguar 3, el puntero.

Kilómetros después se impone un alto para reabastecer los blindados con el agua de los bidones auxiliares, que traen colgados a los lados y detrás de las torretas.

Son cerca de las diez de la mañana cuando el radio vuelve a hablar:

—¡Jaguar 2, Jaguar...! ¡Jaguar 3, Jaguar...!

—Jaguar, Jaguar 3, ¡adelante!

—OK, Jaguar 3, ya tenemos la mercancía, la mercancía ya está en casa...

—¡Los encontraron! —grita el teniente y advierto un brillo extraño en sus ojos—. ¡Los encontraron!

Su alegría es contagiosa y nuestras manos chocan en el aire.

Abrazos en silencio

Emprendemos de nuevo la marcha y, aunque estoy contento porque nuestros hombres ya están a salvo y mi decisión de dejar a Cánovas para garantizar las fotos fue acertada, siento que el grupo no haya encontrado ni rescatado a nadie. Pienso que de alguna manera nuestros esfuerzos fueron en vano y ahora tendremos que regresar a Cutueyo con las manos vacías. Algo me dice que ese mismo pensamiento ronda a cada uno de mis camaradas, aunque nadie lo diga. Por suerte, una vez más la vida tiene reservado un final completamente feliz.

Cuando faltan unos seis kilómetros para llegar a Cutueyo, dos combatientes angolanos aparecen como fantasmas entre los árboles. Informan que cerca hay otros camaradas del destacamento de exploración, entre ellos un herido que está muy débil.

Cambiamos el rumbo y da la impresión de que hasta los propios tanques se han entusiasmado con la noticia: parecen volar en la dirección que indican los faplas. Dos kilómetros más allá está el resto del grupo: son cinco en total. Jamás olvidaré la expresión de sus rostros al vernos llegar. Llevan dos días perdidos en el bosque, sin comer y sin agua para beber. Nos abrazamos en silencio. Nunca pensé que el agua coloreada de mi cantimplora pudiera saber a gloria.

Nuestro sanitario es el primero en saltar a tierra y con gran maestría retira el vendaje sucio y ensangrentado del herido. Una bala de ametralladora le había atravesado el pie junto al tobillo, que tiene muy hinchado y en estado de putrefacción. El agua oxigenada penetra una y otra vez en sus carnes y el joven angolano aprieta los dientes y cierra los ojos en señal de dolor, mas no emite quejido alguno.

Entre todos lo colocamos en una camilla sobre la parte trasera de Jaguar 2 y partimos segundos después. Fleitas informa a Jaguar para que en Cutueyo preparen las condiciones para la rápida evacuación del herido hacia el puesto médico de Cuito.

Un rato después, nuestras esteras se detienen en el punto más avanzado de la 13 Brigada de Desembarco y Asalto de las FAPLA. La misión ha sido cumplida. Nos reciben con abrazos, apretones de manos y ¡comida caliente!

A la mañana siguiente, participo en la actividad de homenaje y condecoración de los valerosos exploradores. Entre todos logramos reconstruir lo vivido por ellos en los últimos días.

La misión

Se rompe el silencio. En el territorio prohibido, luego de casi una semana de exploración, la orden de partida comienza a convertirse en rutina. Lentamente se mueven las botas sobre la escasa hierba que cubre la arena, en esta parte del suelo angolano.

Allá, cincuenta kilómetros al noreste, con su historia recién nacida y sus agujeros de héroe legendario, está Cuito Cuanavale, indoblegable; pero herido y silenciosamente triste, como un mendigo al que le han robado su limosna. Muy cerca de él pasa la línea del frente, invisible en el terreno, aunque muy bien definida en los mapas militares e intacta desde hace aproximadamente cinco meses.

Las últimas jornadas han traído el cansancio a los angolanos y cubanos que participan en la exploración. Al peso de mochilas, fusiles, ametralladoras, lanzacohetes y demás armamento propio, se suma el de los morteros de 60 y 81 milímetros, los proyectiles de diverso calibre y otros equipos y documentos ocupados en estos días al enemigo. Ahora los estómagos recuerdan con imprecisión la última cena caliente.

Sin embargo, la noticia del descubrimiento de una nueva base UNITA —la tercera desde el inicio de la misión— corre por la tropa como pólvora prendida, de tal manera que el subteniente Noel Sancho García, quien desde hace varias horas viene convenciendo a sus tripas de lo buenas que son las comidas en conserva, olvida al momento todas las calamidades del cuerpo y sale disparado en busca de mayor información.

La decisión del comandante del destacamento, teniente de las FAPLA Antonio Chamundongo, *Maimona*, de acercarse al enemigo, definir sus medios y fuerzas e informar al mando superior para que este dirija hacia allí el fuego de nuestra artillería, es también compartida por el teniente Mariano Castañeda, quien viene al frente del grupo de cubanos incorporados a la misión que cumple la unidad angolana.

El subteniente Sancho camina ahora entre ambos. De reojo mira al comandante; este, al percatarse, le devuelve un guiño de complicidad, que el primero interpreta enseguida. Durante estos días tuvieron la oportunidad de conversar bastante y, no sin asombro, descubrieron que habían nacido el mismo día del mismo año. Entonces, Sancho propuso a Maimona celebrar juntos sus veinticinco, para lo cual vendría muy bien la botella de ron que recibiría por su cuota de oficial al regreso de la exploración, pues para el cumpleaños internacional faltan unos pocos días, y ya de seguro estarían de vuelta en la brigada.

Por fin, el mando superior aprueba la decisión del comandante y el mediodía se nubla con una tormenta de cohetes reactivos que vuelan sobre las cabezas de los exploradores y van a caer apenas unos ochocientos metros más allá, exactamente sobre las posiciones enemigas recién detectadas. El fuego de las BM-21 convierte en un infierno esa porción del bosque.

—Les jodimos el almuerzo a los cabrones —comenta Sancho, mientras permanece casi sembrado en su pozo de tirador y siente temblar la tierra bajo sus pies.

Muy cerca de él, con asombrosa eficacia, el teniente Maimona dirige por radio el tiro de las BM, que se encuentran en algún lugar lejano:

—¡Ahí mismo! ¡Mantengan esos datos...! ¡Cuatro cohetes más...! ¡Fuego, fuego con fuerza...!

Segundos después, el silencio correteea entre los árboles. Nadie sale de los huecos. La calma juega a ser traicionera en la guerra.

Sucede. Una lluvia de morteros cae de manera sorpresiva sobre la tropa; le sigue un nutrido fuego de infantería. Solo pueden haber ocurrido dos cosas: o fueron descubiertos y son ahora atacados conscientemente o los fantoches, en su huida ante el fuego de las BM-21, han topado con ellos por casualidad. En cualquiera de los casos, da lo mismo: hay que defenderse.

Aún sin salir de su asombro, los jefes organizan el combate. Maimona imparte órdenes a viva voz; se

mueve de un lado a otro bajo las balas, tratando de cubrir con sus hombres los flancos donde el fuego es más intenso.

El grupo de cubanos, dirigido por Castañeda y Sancho, ocupa una posición en el primer escalón. Por primera vez en sus vidas los dos oficiales y los ocho combatientes, llegados recientemente a Cuito, enfrentan al enemigo a tan corta distancia. Ahora saben que el miedo es una cosquilla que se oculta en algún lugar del estómago y, en ocasiones, como en esta, no hay ni siquiera tiempo para pensar en él: matas o te matan.

Truenan los AK plegables, las ametralladoras; los lanzacohetes antitanques hacen volar los árboles y junto con ellos los cuerpos de varios atacantes. El combate arrecia de ambas partes; su música infernal se escucha a varios kilómetros de distancia, pero a nuestras posiciones llega solo a través del equipo del comunicador angolano:

—¡Nos atacaron! ¡Estamos combatiendo con fuerzas superiores!

Muy cerca de allí, Maimona se bate pistola en mano, sin dejar de alentar a los que pelean junto a él:

—¡Arriba, camaradas, ni un paso atrás! ¡Abajo la UNIT...!

No puede terminar la frase. Se lo impide una bala que lo alcanza directamente en la cabeza. Cae al suelo con el rostro ensangrentado: muere al instante. El soldado cubano Vladimir Torreira es de los pocos en percatarse; solo atina a recoger la pistola que aún sostiene el comandante y a tapar su rostro con una camisa.

El tiroteo se extiende varios minutos más, hasta que por fin los exploradores logran rechazar el ataque. El enemigo se retira.

Dolor, odio e impotencia a la vez rompen el pecho al subteniente Sancho. En silencio, con los puños apretados y la cabeza inclinada, el joven oficial cubano despidе al amigo, al jefe convertido en héroe y mártir a la vez. Ni siquiera sabe su verdadero nombre; como

todos, lo conoce por el seudónimo: Maimona, el comandante Maimona. Nunca lo olvidará.

¡Maldita guerra, que une a los hombres como hermanos y luego los separa para siempre, de un tirón!

Varios combatientes dan sepultura al aguerrido jefe. Lo depositan en aquel pedazo de tierra angolana y marcan bien el lugar. Algún día, quizás muy pronto, vendrán por él. Entonces podrán rendir al comandante el homenaje que merece.

Apenas hay tiempo para organizar y restablecer la defensa. Son atacados nuevamente. Al parecer, el enemigo se empeña en destruir la pequeña unidad de exploración y hacer prisioneros a los combatientes cubanos, tentado por la imposibilidad de que estos, a tantos kilómetros de las posiciones del frente, puedan recibir ayuda de algún tipo.

Una ametralladora pesada tira a ras de tierra en dirección al grupo de cubanos. Ellos, desde sus pozos de tiradores, responden con el fuego de los AK plegables. Combaten prácticamente a boca de jarro.

Sancho ve salir varios fogonazos a pocos metros de él y hacia allí dispara con rapidez. Mientras tanto, otra lucha se desarrolla en su interior. Cuando en algún momento el grupo de cubanos se había reunido y alguien preguntó cómo actuar en caso extremo, él mismo había respondido: “Aquí nadie puede entregarse vivo, primero morimos combatiendo y, si se nos acaban las balas, cada cual debe tener guardada una granada para sí y para todo aquel que intente acercarse”.

Ahora, el destino amenaza con hacer real aquella posibilidad. Con la mano izquierda, sin dejar de mirar hacia adelante, recorre al tacto su portacargadores hasta que uno de los dedos choca con la irregular redondez de una granada F-1 de fragmentación. *Aquí está –piensa– cuando suceda, yo seré el primero.*

De pronto, un sudor frío empapa su frente: ¡Castañeda! La voz del teniente, que todo el tiempo se había mantenido organizando y alentando a sus hombres,

ha dejado de escucharse. Sancho no puede precisar cuánto hace de esto.

—Castañeda —lo llama con cautela.

Una ráfaga enemiga le responde del otro lado.

—¡¡¡Castañeda!!! —grita con fuerza.

Nada. Decide salir a buscarlo. Abandona su pozo de tirador. Ya no escucha ni las balas, ni las explosiones de los morteros que levantan columnas de fuego por todas partes. Una sola idea ocupa su mente: *Tengo que encontrarlo, esté donde esté.*

—¡¡¡Castañeda!!!

—¡Aquí, venga por aquí! —varios soldados cubanos le hacen señas desde un lugar cercano.

Sancho se abre paso y descubre en el suelo al teniente, con una de sus piernas cubierta de sangre.

—Hermano, me dieron en el muslo. También hirieron a Ferrer en la pierna —dice mientras lo atiende el sanitario angolano.

En su rostro hay angustia y dolor. Aún así, se esfuerza por sonreír y agrega:

—Dale, que ahora te toca a ti jugar tu papel.

No hacen falta más explicaciones. Sancho designa al soldado Diosmani Fuentes para que se quede cuidando a los heridos.

—Respondes con tu vida por la de ellos dos —dice de manera que no admite discusión.

Antes de partir con el resto del grupo, se acerca hasta donde está Castañeda, pone una mano en su hombro y promete:

—No te preocupes, hermano, que yo los saco a ustedes, como sea, de aquí. Primero nos morimos todos antes que dejarlos. ¡Arriba, muchachos!

El combate continúa. El grupo de cubanos ocupa una nueva línea de defensa. Sancho comprende lo difícil de la situación: la unidad FAPLA no ha tenido grandes bajas en comparación con las que le han hecho al adversario, sin embargo, la pérdida de su jefe y, más aún, lo tupido del bosque, imposibilitan organizar las

acciones y dar el golpe decisivo que permita abandonar el lugar antes de que lleguen nuevos refuerzos enemigos.

Ahora, como nunca antes, Sancho sabe que va a necesitar todas las habilidades y conocimientos adquiridos hace pocos meses en la escuela de oficiales de tropas especiales. Por lo pronto, la decisión continúa siendo la misma: combatir y romper el cerco o... La mente se le llena de imágenes; todo ocurre en unos segundos; aparece Joel con su tímida sonrisa de tres años...

—Creo que no voy a ver más al chamaco mío —dice en voz baja.

—Ni yo a la vieja —le responde enseguida el soldado Orlando Quintana Becerra, quien lo ha escuchado, porque combate a su lado.

—La vieja —repite Sancho, ahora para sus adentros—... ¡el viejo!

Como un resorte, el joven oficial se incorpora. Recorre la posición que cada hombre ocupa e imparte instrucciones precisas:

—Preparen las granadas, los lanzacohetes, los fusiles. A mi orden todos hacemos fuego al mismo tiempo. Esta es la única y última oportunidad que tenemos de salir de aquí. ¡Vamos a joder a estos hijo' e putas!

No lo piensa dos veces. Pone un peine nuevo en su AK plegable, el penúltimo, y grita con todas sus fuerzas:

—¡¡¡Ahoraaa... Fuegooooo!!!

Un gigantesco estruendo se escucha al tiempo que astillas de madera y ramas completas se elevan al aire y caen por todas partes. El olor a pólvora enrarece el ambiente por unos segundos. De pronto, el silencio. Nadie dispara del otro lado.

Es el momento.

Rápidamente, recogen todo lo necesario y van en busca de los heridos. Ferrer no está tan grave y puede caminar apoyado en su fusil, Castañeda solo puede irse cargado. No hay tiempo que perder. Salen. Minutos después logran romper el cerco.

El grupo está compuesto ahora por siete cubanos, dos de ellos heridos, y por un fapla que conoce y puede guiarse bien en la manigua. Al parecer, los tres cubanos restantes tomaron otro camino luego del golpe final. Nadie los vio caer.

Delante marchan el guía angolano y Ferrer, luego le sigue el resto, que se turna para llevar a Castañeda sobre los hombros y custodiar, a la vez, el avance por los flancos y la retaguardia.

Caminan lentamente, loma arriba. Sin avisar, la noche se incorpora al grupo y junto con ella, el hambre, la sed y el cansancio comienzan su eterno juego contra la voluntad de los hombres. La poca agua que conservan algunas cantimploras se prioriza para los heridos.

No hay luna, y en la oscuridad el bosque parece interminable. Por momentos tienen la impresión de estar dando vueltas en el mismo lugar, aunque el guía asegura no haber perdido el camino. El teniente se ve bastante mal; su herida comienza a despedir fetidez; la fiebre sube.

Por fin, escuchan el conocido ruido de las aguas que corren río abajo: el Sovi. Han avanzado algo más de quince kilómetros; pero aún faltan alrededor de veinte hasta Cutueyo, el punto más avanzado de la brigada.

Con rapidez felina sacian la sed y llenan las cantimploras. Los cuerpos lo agradecen enseguida. Lavan las heridas y el vendaje de Castañeda y Ferrer. Ya se disponen a cruzar el río cuando advierten un ruido cercano. Hacen silencio. Sancho aprieta fuertemente el AK contra su cuerpo. Con la cabeza indica a dos de sus hombres para que se adelanten y observen. Esperan. Mas no hay peligro, se trata de dos soldados faplas que se dispersaron durante el combate y también vienen subiendo en busca de la brigada.

Se incorporan al grupo en buena hora, porque pasar el Sovi con los heridos no es tarea fácil. Buscan el lugar más propicio.

Delante va uno de los angolanos, que hurga el fondo con un palo; otro grupo custodia el cruce; Sancho y Quintana trasladan al teniente, a quien han montado en una improvisada camilla hecha con una capa. Avanzan con paso lento; por momentos, el agua les llega hasta el cuello y la corriente amenaza con voltear la camilla.

Lo logran. En la otra orilla se impone el cansancio. Deciden hacer un alto y repartir el contenido de las pocas conservas que los más precavidos atinaron guardar. Quizás a estas horas ya estén buscándolos o tal vez lo harán por la mañana, a la luz del día. Nadie lo sabe.

De todas maneras, aunque el cuerpo lo pida a gritos, esta madrugada no se hizo para el sueño. Un rato después emprenden nuevamente la marcha. Antes, deciden enviar a los dos faplas recién incorporados para que se adelanten y avisen a la brigada de la situación.

El sol los sorprende en el camino. Son cerca de las seis cuando alguien cree escuchar el ruido de un motor. Se detienen. Son todo oído. Efectivamente, en la lejanía, acercándose, viene un vehículo. Segundos después es fácil determinar el conocido runrun de un blindado soviético.

—¡Los nuestros son los nuestros. Nos están buscando!

Los rostros barbudos, cubiertos de lodo y agotados por el cansancio, apenas permiten intentar las sonrisas.

—Teniente, creo que va a poder ver al muchacho.

—Y tú a la vieja —le responde Sancho a Quintana.

No se pueden aguantar. Corren al encuentro. Sancho ordena lanzar una bengala, luego otra.

De pronto se detienen. Aguzan el oído. Con la emoción no se percataron enseguida, pero ¡imposible!: el carro se aleja, se va, no los vio, no los oyó... ¡Cojoneeee!

Nadie habla. Como por inercia, emprenden de nuevo la marcha. Una hora, dos... las fuerzas se agotan. Qué ironía, ahora, al final, tan cerca... las nueve de la mañana...

—¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Primo! ¡Primo!

Apenas pueden comprender lo que ven sus ojos cuando ya están rodeados por una decena de soldados angolanos. Segundos más tarde, un blindado de exploración aparece como por arte de magia en el lugar. Varios cubanos descienden del BMD, entre ellos el médico de la brigada, que corre a atender a los heridos.

No vale la pena esforzarse; es imposible contener las lágrimas cuando los cuerpos se funden en interminables abrazos, y las gargantas bloqueadas por la emoción y la sed apenas permiten balbucear algunas frases entrecortadas.

Nunca olvidarán este momento; pero jamás podrán describirlo tal y como ocurre esta mañana en el claro del bosque.

Castañeda y Ferrer son colocados cuidadosamente en el blindado donde ya se han acomodado Sancho y sus hombres. El BMD vuela sobre el territorio prohibido: Jaguar 1 regresa a casa.

Minutos más tarde, las escenas del encuentro vuelven a repetirse, esta vez en Cutueyo, el punto más avanzado de la unidad. Soldados y oficiales, cubanos y angolanos, se disputan el honor de ser los primeros en abrazar o estrechar las manos de los héroes. De pronto, primero como un suave murmullo; después como un clamor gigante, en aquel rincón perdido del territorio angolano, comienzan a escucharse las estrofas del Himno de Bayamo: “[...] que la Patria os contempla orgullosa/ No temáis una muerte gloriosa [...]”.

Sancho mira a su alrededor. Allí, entre el tumulto, descubre a los tres compañeros que tomaron otro camino después del último combate: el grupo de cubanos regresó completo; los heridos ya están camino del hospital. ¡Cómo hubiera disfrutado Maimona este encuentro!

Pasa la vista por aquellos rostros curtidos por el sol y siente como si en algún momento fuera a encontrar la blanca sonrisa del hermano caído. Es entonces cuando advierte la conocida figura del general de brigada Miguel Lorente León, jefe de la agrupación de tropas cubanas destacadas en Cuito Cuanavale. Avanza con

paso firme hacia él, lleva la diestra al costado derecho de su frente e informa:

—Compañero general de brigada, el grupo de exploración ha cumplido la misión encomendada. Estamos...

No lo dejan terminar el parte. El alto oficial da pasos al frente y, con los ojos llenos de emoción, estrecha fuertemente entre sus brazos al joven subteniente. En ese instante, Sancho recuerda a otro general de brigada: su padre.



“Cuando cuente todo esto en mi pueblo nadie me lo va a creer”, Dijo el soldado Martel a su regreso de la misión, en territorio prohibido.



De regreso a casa: Al centro, con el fusil, el subteniente Sancho.



“Compañero general, la misión ha sido cumplida”.

Sobran los Domingos invencibles

Nunca me había pasado nada semejante. Tenía ante mí a un héroe, sonriente y mirándome a la cara... No pude entrevistarle; jamás sabré por qué llevaba aquellas dos medallas sobre su pecho.

Sucedió una mañana. Entre el nutrido grupo de combatientes de las FAPLA que por primera vez serían condecorados con las medallas Por la Defensa de Cuito Cuanavale y Al Mérito por los Servicios Prestados a la Defensa de la Patria, otorgadas por el Consejo de Estado cubano y la Asamblea del Pueblo Angolano, respectivamente, descubrí aquel rostro juvenil, casi un niño.

Al terminar el acto, en el cual participaría el ministro de Defensa de la República Popular de Angola y el embajador cubano en la hermana nación, era necesario evacuar rápidamente la zona, pues el enemigo podía detectarnos y cañonear el lugar con su artillería de largo alcance. Por ello, las entrevistas que haría a los condecorados debían ser de relámpago.

Fue así como me vi delante de aquel muchacho, escogido por mí entre los demás por su condición de soldado de filas, quizás el más joven de todos los presentes.

Comprendí enseguida que no nos comunicaríamos. Al parecer, él hablaba muy mal el portugués y yo lo entendía aún peor. Los dos nos mirábamos sonriendo y encogidos de hombros. Busqué un traductor, resultó ser un espigado oficial angolano que también había sido condecorado. El tiempo apremiaba y Domingos Sesingue, así supe que se llamaba el joven, tampoco podía transmitirme nada a través de su coterráneo, solo aquella sonrisa que Leonel atinadamente fotografió. ¿Timidez? ¿Emoción? ¿Modestia? Nunca lo sabré.

Dieron la orden de partir y extendí la mano a mi “entrevistado” quien, más con la mirada que con los labios, me dio a entender que de veras lo sentía, al tiempo que sostenía fuertemente mi diestra. Agradecí con otro apretón de manos a mi sorprendido y apenado traductor y salimos cada cual por nuestro lado.



La sonrisa de Domingos quedó grabada para siempre en mi memoria.

El recuerdo de Domingos se me ha quedado grabado para siempre en la memoria; de vez en cuando tomo su foto en mis manos y la miro detenidamente. ¿Cuántas heroicidades, qué vida difícil y llena de privaciones se esconderán detrás de esa sencilla sonrisa de soldado? Tampoco lo sabré.

Sin embargo, su imagen, luego de visitar las unidades de las FAPLA en la primera línea de combate, durante los días que permanezco en Cuito, me sirve para identificar al soldado angolano. Como él hay muchos por aquí.

Los faplas, como cariñosamente los llaman nuestros combatientes internacionalistas, tienen entre sus cualidades más notables la sencillez y la modestia. Uno los ve trabajar tesoneramente bajo el sol, horas y horas abriendo una trinchera, sin pedir nada a cambio.

De igual manera, permanecen por tiempo indefinido en una posta, sin abandonarla, cuando muchas veces, como resultado de las difíciles condiciones que genera la guerra, demora la comida e incluso el relevo.

Recuerdo una noche, cuando los cubanos se inquietaban alrededor del comedor, porque la carne de búfalo no acababa de ablandarse lo suficiente en el fogón de leña, los faplas se mantenían tranquilos en sus refugios, en espera del campanazo que anunciara el inicio de la cena.

Al respecto me comentó uno de nuestros oficiales de las FAR: “Mira, el soldado angolano se va a explorar la profundidad del enemigo con una lata de sardinas y regresa a la semana con la misión cumplida. Realmente, están muy bien preparados para la subsistencia”.

Hay que venir al frente para ver cómo viven y combaten estos jóvenes, algunos de los cuales llevan cinco y más años en el ejército, sin tener noticias de sus familias. ¿Se quiere mayor ejemplo de sacrificio y de entrega a una causa?

Generalmente, uno los ve sonrientes, entusiasmados, incluso en los momentos más difíciles. En los días de más duros enfrentamientos se produjo un hecho que narro tal y como me lo contó un comisario político cubano:

El batallón de la UNITA, apoyado por la artillería de largo alcance sudafricana y sus fuerzas blindadas, logró penetrar en la defensa de un batallón de las FAPLA y lo hizo retroceder. Inmediatamente, allí se personaron el comisario político y el jefe de estado mayor de la brigada en cuestión. En medio del combate, criticaron a la tropa por haber abandonado sus puestos. El jefe del batallón se comprometió a recuperar el terreno en el acto e inmediatamente dio la orden de ataque.

A tiro limpio, metro a metro, los faplas, con sus oficiales al frente, sacaron a los fantoches de allí. Como resultado, en el campo de batalla quedaron diez muertos enemigos, entre ellos el jefe de la unidad. Se hizo un prisionero, que luego informó de la destrucción total del batallón UNITA, incluidos treinta hombres más enviados como refuerzo.

El ejemplo es bien elocuente. Coincido con las conclusiones que acerca de él sacó el propio oficial que me lo contó: “Los faplas, cuando se dirigen bien y se les llama a la conciencia, son sencillamente invencibles”.

Muchos ejemplos similares ocurrieron durante las difíciles jornadas por la defensa de este pedazo de tierra africana. Innumerables son las heroicidades de los soldados angolanos durante los últimos diez años de guerra cuando, estoicamente, han enfrentado y rechazado una y otra embestida enemiga en el sur de su país, a muchos kilómetros de las líneas defendidas por los cubanos. Son incontables las vidas ofrendadas de forma anónima por el pueblo angolano y sus valerosos combatientes en ese período.

Los Domingos angolanos, de nuevo al lado de sus primos de Cuba, enfrentan y derrotan el racismo sudafricano en las arenas de este nuevo Girón. En Cuito Cuanavale la victoria es cierta.



“Por la Defensa de Cuito Cuanavale”, medalla con la que el Consejo de Estado de Cuba condecoró a los combatientes de las FAR y las FAPLA que defendieron esta posición angolana.

El recuerdo de los héroes

Marcho de Cuito y de Angola cuando todavía se mantiene el acecho de los racistas sudafricanos al poblado. Ninguno de nosotros sabe que aquel 23 de marzo, todavía cercano, fue el último gran combate. Todavía no los hemos vencido tampoco en Calueque ni en Ruacaná. Todavía no se han firmado los acuerdos de paz, ni Namibia ha alcanzado su independencia, ni Mandela ha sido liberado. Todavía el *apartheid* no ha sido desterrado para siempre de Sudáfrica. Todo esto pasará poco después.

Por ahora, me llevo conmigo el recuerdo inolvidable de los héroes. Lo mejor es que ellos ni siquiera saben que lo son. Aunque les llenen de medallas sus pechos, no tienen tiempo para aquilatar, en este preciso momento, el peso de su heroísmo, ni el aporte que anónimamente, a veces como en un juego, a veces con lágrimas en los ojos, han hecho a estos pueblos hermanos del África negra.

Entonces, no escribo de las muertes: escribo de las sonrisas; no hablo del miedo, que yo mismo he palpado y alejado con más orgullo que convicción: hablo del valor y del sacrificio sin límites. Escribo inspirado en el amor y las ansias de justicia de estos hombres y mujeres, que al precio invaluable de sus vidas defienden Cuito Cuanavale.

Redacto, de una en una, las crónicas urgentes de este viaje en su búsqueda. Mi viaje al centro de los héroes.



EPÍLOGO

No queremos victoria militar sobre Sudáfrica, sino una solución justa

LA HABANA, 31 de mayo (PL).- El presidente cubano Fidel Castro afirmó aquí que no se busca una victoria militar sobre Sudáfrica en África Sudoccidental, sino una solución justa.

El jefe del Estado cubano se reunió en esta capital con los delegados a la Conferencia Ministerial de los No Alineados sobre Desarme que concluyó esta madrugada, para explicar en detalles y a puertas cerradas la evolución de los acontecimientos en el sur de Angola y la posición de Cuba al respecto.

Como varias agencias internacionales han difundido distintas versiones, Prensa Latina elaboró esta información sobre la base de lo expresado por fuentes fidedignas que estuvieron presentes en la reunión. Fidel Castro utilizó varios mapas para puntualizar su explicación, en especial acerca de los acontecimientos ocurridos en torno al poblado angolano de Cuito Cuanavale a finales del pasado año.

De acuerdo con estas fuentes, el líder cubano recordó detalles de la ayuda brindada en 1975 por Cuba a solicitud del gobierno de la RPA y que llegó a 36 mil hombres.

En su explicación, Fidel Castro reiteró que esa ayuda fue acordada entre Cuba y Angola, y que nunca se consultó a ninguna otra parte.

Según las fuentes, el líder de la Revolución Cubana precisó que las tropas de Cuba se encontraban estacionadas en Menongue, a 200 kilómetros de Cuito Cuanavale, en el momento de la agresión sudafricana de finales de 1987 y que el enemigo contaba con sofisticados medios de guerra que incluían computadoras en sus puestos de mando y aviones no tripulados, algunos de los cuales fueron derribados.

Señaló que la situación en aquel momento era difícil, pues las fuerzas cubanas no eran suficientes, estaban a 200 kilómetros de Cuito Cuanavale y resultaba muy complejo el envío de suministros (combustible, proyectiles y alimentos) hasta tan larga distancia [...]

Explicó que, por principio, no es aconsejable dar batalla en terreno escogido por el enemigo, pero había que impedir lo que estaban haciendo los sudafricanos, por lo que se decidió a mediados de noviembre de 1987, a petición del gobierno de Luanda, el reforzamiento de las tropas. Se trataba de la misma situación registrada en 1975 cuando la invasión en gran escala de Angola por Sudáfrica.

Ese reforzamiento incluyó el envío de los mejores pilotos cubanos de MIG-23 hasta que se logró la superioridad aérea sobre el enemigo, lo que se sumó a la ya existente en defensa antiaérea.

En ese momento, según el Presidente, Sudáfrica demostró temor y comenzó a rehuir el combate aéreo.

El 23 de noviembre salieron de Cuba las primeras unidades hacia Angola, trasladadas por mar y por aire como ocurrió en 1975, y que el 5 de diciembre llegaron a Cuito Cuanavale los primeros cubanos, unos 300 asesores y combatientes, transportados en helicópteros desde la unidad cubana más próxima. Más adelante se enviaron por tierra unidades blindadas.

Asimismo, admitió que en ese momento fueron obligados a aceptar el reto sudafricano y pelear en terreno escogido por ellos mientras tomaban medidas para golpear a los sudafricanos en otra dirección [...]

El 13 de enero de este año se registró una ofensiva de Sudáfrica contra Cuito Cuanavale y el 14 de febrero se produjo otro fuerte ataque del enemigo, que incluyó 150 vehículos blindados, que fue detenido por la enérgica acción de un reducido grupo de tanques. El 25 de febrero, el 1ro de marzo y el 23 de ese propio mes se produjeron los tres últimos ataques, que fueron contundentemente rechazados con elevadas bajas por parte del enemigo.

Miles de minas que habían sido sembradas ocasionaron importantes pérdidas de tanques sudafricanos. El enemigo se rompió los dientes ante las fuerzas de Angola y Cuba, dijo Fidel Castro según las fuentes.

A partir de ahora, la historia de África tendrá que escribirse antes y después de Cuito Cuanavale, agregó.

Señaló que luego de seis meses de combates los sudafricanos no han podido capturar Cuito Cuanavale y opinó que los soldados angolanos están entre los más sufridos y abnegados del mundo.

En otra parte de su intervención ante los delegados, Fidel Castro expresó que las tropas cubano-angolanas-SWAPO avanzaron 250 kilómetros hacia el sur y se encuentran a 50 de la frontera con Namibia.

Reveló además que se construye a toda velocidad una base aérea mucho más al sur de las actuales, que acercará la aviación a la primera línea. Este hecho lo conoce perfectamente el enemigo. Tenemos ahora la superioridad aérea y la superioridad antiaérea, las mejores armas antiaéreas de Cuba están en el sur de Angola, y contamos con medios para enfrentar cualquier aventura sudafricana. La correlación de fuerzas cambió totalmente.

Fidel Castro añadió que Sudáfrica quiere ahora negociar porque se encontró con una fuerza que nunca antes se había encontrado.

Aceptaron las conversaciones cuatripartitas de Londres (Angola, Cuba, Estados Unidos y Sudáfrica) porque están seriamente preocupados. Preguntan si vamos a avanzar, si ocuparemos los embalses de agua cercanos situados dentro de las fronteras de Angola, nosotros decimos lo mismo que los angolanos; no se pueden dar garantías de ningún tipo, las cuales deben ser parte de la solución negociada.

La Resolución 435 del Consejo de Seguridad es lo que vale. Sin ella no hay solución. Si Sudáfrica se retira de Angola puede reducirse el peligro para ella. En Londres se discutió la aplicación de la 435, sin modificaciones, precisó Fidel Castro.

Además, aclaró, es necesario el cese de la intervención sudafricana en los asuntos de Angola y la ayuda que brinda a la UNITA. No se discute en estas reuniones cuatripartitas la ayuda de Estados Unidos a la UNITA. Eso es un problema en discusión entre Estados Unidos y Angola. Las garantías las daría el Consejo de Seguridad.

Seguidamente dijo que se ha propuesto un calendario para el repliegue y la retirada gradual y progresiva para las tropas cubanas en un período de cuatro años. Este calendario admite reducciones dentro de ciertos límites.

Según las fuentes, Fidel Castro opinó que a Estados Unidos le conviene lograr un acuerdo al respecto desde el punto de vista interno y externo, pues la alianza con Sudáfrica dificulta las relaciones Estados Unidos-África. Estados Unidos está interesado seriamente en el avance de las negociaciones.

Consideró que Sudáfrica no es seria. Que en Londres se acordó celebrar un nuevo encuentro cuatripartito; pero Pretoria pidió a Angola un contacto en Brazzaville que fue aceptado por los angolanos con el principio de que esa reunión no sustituyera las conversaciones cuatripartitas. Sin embargo, plantearon exigencias inadmisibles y amenazas apenas disimuladas en un lenguaje cuidadoso.

No trabajamos por victorias militares, pues queremos evitar derramamientos de sangre. Queremos solución justa. Corrimos riesgos y estamos dispuestos a seguirlos corriendo. Si quieren enfrentamiento el enemigo puede sufrir una derrota seria.

Granma, 1ro de junio de 1988

Para tu libro

Luanda, 16 de noviembre de 1988

César:

Aprovecho la oportunidad para enviarte unas fotos de Cuito ya restablecido, donde la población comienza de nuevo a asentarse. El puente está completamente reparado y por él transitan vehículos ligeros y camiones con poca carga.

La Brigada 25 la integran ahora solo faplas. Te mando una foto de la entrada. Existen cuatro escuelas en el pueblo, te envió fotos de dos de ellas. Además, los cubanos hicieron y entregaron juguetes a los niños por el día 11 de noviembre. Espero todo esto te sirva para tu libro.

Saludos a los compañeros de la revista. Éxitos:

Carlos Cánovas.



Después de la retirada del enemigo, el puente fue reparado.



Los niños regresan a Cuito y reciben juguetes confeccionados por los “primos cubanos”, los mismos que también les regalaron la paz.

Cuando lloran los soldados

Libán no quiere hablar.

Adys y Froilán tratan de explicarme; conocen bien la labor del periodista y, mejor aún, el difícil arte de arrebatar los recuerdos a las personas. Advierto cierta preocupación en sus rostros. Temen que Libán —como llaman cariñosamente al segundo de sus tres hijos varones— eche por tierra mis intenciones de obtener un buen testimonio.

Los padres parecen tener razón. El hijo internacionalista está tenso, algo cohibido. Es lógico. Fue mucho el tiempo metido en el monte, con la pesadilla de la guerra y la muerte pisándole los talones.

Luego la victoria, y la última semana repleta de grandes acontecimientos, también vivida como en mi sueño.

Los comprendo de sobra. Hasta cierto punto mi presencia aquí tiene matices de ironía del destino, para estos dos seres maravillosos que forman el matrimonio González-Cupull, entre otras razones, porque fue casualmente el propio Libán quien los descubrió, al pronunciar de carretilla sus dos apellidos, la tarde cuando nos conocimos en el Cacahual.

—¿González Cupull? ¿Entonces tú eres hijo de los que trabajaron en la nueva edición del *Diario del Che*?

Él sí fue corto, pero suficiente para que yo me aferrara a la idea de hurgar en los vericuetos de esta familia, marcada para siempre por la presencia del Guerrillero Heroico.

Ahora, mientras esperamos que el joven se acomode en su primera ropa de paseo, después de muchos meses de camuflaje ininterrumpido, Froilán pone en mis manos una vieja fotografía: el ministro de las FAR, con grados de comandante de división, escribe algo en el cuaderno de un niño.

Es él cuando era pionero —explica el padre—. Me parece simbólico. Adys y yo hemos estado buscando desde ayer esa libreta, pero son tantas las cosas que

tenemos guardadas... Yo sé que Raúl le escribió sobre el futuro, le aconsejó que estudiara bien y se hiciera un hombre útil a la Revolución...

Y pensar que el martes lo recibió como a un héroe...

Fecha histórica: 10 de enero de 1989. Aeropuerto "José Martí" de La Habana. Es casi medianoche. El Il-62 procedente de Luanda rueda despacio por la pista hasta detenerse en el lugar previsto. Es el último vuelo. Con él se completa el primer contingente de cuatrocientos cincuenta combatientes internacionalistas cubanos que regresan victoriosos, después de cumplir su misión en tierras angolanas.

Hombres y mujeres, jóvenes en su mayoría, descienden en fila por la escalerilla. Vienen felices, alegres, emocionados. Llevan en sus pechos el brillo de las hazañas.

Raúl, Vilma y otros dirigentes de la Revolución les dan la bienvenida.

La televisión cubana transmite a todo el país el trascendental momento. En el número 1013 de la calle San Lázaro, en el mismo corazón de La Habana, una familia entera permanece a la expectativa ante la pantalla. De pronto, alguien rompe el silencio con un grito: "¡Ahí está! ¡Es él, se ríe...! ¡Raúl le está dando la mano!". La alegría tiene lágrimas en los ojos.

Un día después, en el Cacahual, los recién llegados reciben el homenaje de todo el pueblo, encabezado por el Comandante en Jefe. Al concluir el acto, Fidel avanza entre las filas de internacionalistas y departe con ellos un rato.

Libán no olvidará jamás ese encuentro: "Lo tuve ahí mismo, cerquítica, casi lo podía tocar con la mano".

El jueves por la mañana llamé por teléfono a Froilán. Le dije que había hablado con su hijo. "¿Con Libán? ¿Usted lo vio? ¿Cómo está él...?". "No, nosotros lo vimos por televisión, al Cacahual no pudimos llegar". "¿Un trabajo periodístico? Bueno, lléguese por la tarde a la casa. Ellos llegan esta noche, el recibimiento va a ser en la Fragua Martiana... Nos vemos".

Colgué y tomé en mis manos la última edición ilustrada del *Diario del Che en Bolivia*. Leí en su contracubierta:

[...] incluye entre otros elementos las trece páginas inéditas en Cuba, precisiones y ampliaciones de carácter histórico-social, fotografías, mapas y documentos, que son el resultado de una amplia investigación realizada por los cubanos Adys Cupull y Froilán González, quienes tomaron centenares de fotografías y el testimonio de más de 300 entrevistados en la selva del oriente boliviano, en ciudades de ese país y de otros de América Latina [...]

Recordé entonces una anécdota:

A su regreso a Cuba, el matrimonio participó en infinidad de actividades; dieron conferencias, presentaron la última edición del libro en centros de trabajo, escuelas, unidades militares... En uno de estos encuentros, efectuado en la escuela “Mártires de Bolivia”, en Güines, fue invitado un grupo de familiares de los caídos en la guerrilla del Che.

Froilán los presentó. Mas no bien había concluido, cuando tomó la palabra la hermana de un guerrillero: “Ellos también son familiares de internacionalistas —dijo refiriéndose a los esposos—. Tienen un hijo entre los heroicos defensores de Cuito Cuanavale”. El aplauso de los muchachos no se hizo esperar...

Fue Froilán quien abrió la puerta y nos invitó a pasar al patio colonial que sirve de recibidor a la casa. Allí, ante una gran foto de la ciudad de La Paz y muchos otros objetos dignos de un museo latinoamericano, comenzó el padre a hablar del hijo. Faltaban muy pocos minutos para el encuentro, y comprendí que en aquel

momento era lo que más necesitaba. Lo dejé hablar sin interrumpirlo:

Una de sus primeras cartas al llegar a Cuito nos preocupó mucho. Libán nos escribía que no había visto nada lindo, ni siquiera pájaros: solo la guerra y mucha miseria. Había cierto pesimismo en aquellas líneas. Le contestamos enseguida. Le relatamos cómo en Bolivia nos había sucedido algo parecido al principio, al ver aquellos barrios tan pobres y los cerros pelados. Pero comenzamos a buscar las cosas bellas y las encontramos. Así se lo aconsejamos, que buscara lo bello, siempre hay algo que encontrar; si uno se lo propone lo logra. Un tiempo después recibimos otra carta. Era hermosa. Ya habían pasado los principales combates y el enemigo se había retirado. Él escribía: “[...]parece que la paz se acerca, han vuelto los pájaros y las gacelas, tenemos una mangosta de mascota [...]”.

La voz de Froilán se entrecortó. Levanté la mirada y tropecé con sus ojos que tanto han visto, asaltados de repente por la más hermosa y humana de las emociones.

Luego partimos en familia hacia la Fragua Martiana. Nunca me será posible ilustrar con palabras lo sucedido allí. Acaso la foto de Libán, abrazado a su madre sea más explícita que cualquier adjetivo arrancado al corazón. Todo fue tan rápido...

Como en una nebulosa recuerdo a Padilla, el primer secretario del partido en Centro Habana cuando abrazó a cada uno de sus internacionalistas y luego se llevó un pañuelo a los ojos; al pionero que leyó emocionado el comunicado; a Natividad, la maestra que cubrió de besos a Libán, su “niño de primaria...” y aquella melodía por los altavoces: “te seré fiel en la frontera del deber”.



Recuerdo que al final del acto dos militares, un oficial y un cadete en uniforme de campaña, se abrieron paso entre el tumulto y se fundieron en apretado abrazo con el soldado de las dos medallas. Alguien a mi lado comentó: “Son Yurko y Chairó, los hermanos de Libán. Los tres tienen nombres de héroes”. Miré de nuevo y ya el trío se había deshecho. El cadete no había podido aguantar: lloraba como un niño, sentado en un quicio cercano.

La Habana, 15 de marzo de 1989

El imprescindible deseo de vivir

Veinte años después de aquellas explosiones de la artillería sudafricana contra nuestras posiciones en Cuito Cuanavale, los recuerdos se avivan en mi cerebro como una nebulosa de sensaciones encontradas, donde todavía no logro percibir claramente la frontera que divide y une las dos caras definitivas de la guerra: la vida y la muerte.

El día de mi llegada a Angola, el joven soldado cubano que fue a buscarnos al aeropuerto, en medio de su disertación filosófica para recién llegados, y con la sonrisa de quien parece resignado a un destino que no busca; pero no elude, me dijo claramente: “Periodista, aquí lo mismo te mata una bomba que un mosquito”.

La realidad que palpé durante mi paso por trincheras, caminos, puestos de mando, ríos, aeropuertos y ciudades angolanas, fue todavía más cruel.

Lo del mosquito no era exageración. El llamado paludismo cerebral, que se trasmite por una simple picada del insecto, podía ser el fin. La guerra en África tenía el inconveniente adicional de una naturaleza agresiva al cubano de nuestros días. Allí son comunes muchas de esas enfermedades que fueron erradicadas en las primeras décadas de la Revolución o que nunca existieron en Cuba; también las fieras del bosque y las

serpientes “tres pasos”, los últimos que das antes de caer fulminado.

Lo de la bomba, léase también mina, metralla, morterazo, cohete, esquirra, gecincazo, granada, balazo..., era como el pan duro (nuestro) de cada día, lo mismo en la 25 brigada de las FAPLA, la más cercana al enemigo, que en la más céntrica calle de Luanda. La biblioteca donde estuve sentado, en busca de datos sobre la historia de Cuito Cuanavale, daba con sus puertas a una de las avenidas más importantes de la capital angolana. Menos de una semana después de mi visita, voló en pedazos a consecuencia de un atentado terrorista.

Un cañonazo perdido, de aquellos lanzados al viento por los sudafricanos, como una ruleta rusa, mató a un explorador de los nuestros, la misma primera noche de mi estancia en el puesto de mando avanzado de Cuito. Me contaron que lo recogieron en pedazos diseminados por los árboles. Esa misma tarde, una BTR cayó en una mina, quedó ruedas arriba. Entre las improvisadas cortinas del puesto médico de campaña, donde una doctora con grados de teniente y rostro de virgen atendía a un oficial angolano herido, alcancé a ver el cuerpo inerte de un soldado cubano, piel clara y pelo ondulado, como una estatua griega. No tenía un solo rasguño: lo mató la onda expansiva.

Esa era la peor parte, el punto inevitable de la guerra, el golpe duro, el que duele, el que daña. La memoria de los caídos hiere para siempre el recuerdo de los vivos.

La muerte, ciertamente, estaba allí por todos lados. La guerra deja pocas opciones a sus protagonistas: matas o te matan. He ahí la fórmula más simple que conoce el soldado del frente. Pero la guerra es también el accidente, casi siempre fatal, porque en la paz uno no anda todos los días con una bala en el directo, ni caminando sobre un puente minado o aterrizando en pistas que son constantemente bombardeadas.

Sin embargo, durante todo el tiempo que estuve entre los héroes de Cuito Cuanavale no percibí jamás el

temor ajeno por la muerte. Su constante referencia, en la mayoría de las conversaciones en Angola, era como una advertencia cotidiana, que siempre interpreté como un grito colectivo de alerta por la vida.

La vida era el mejor regalo que uno podía llevarle a la familia en Cuba. Eso lo sabían todos, aunque todos se empeñaran en ir haciendo espacio en las mochilas de campaña, a las mínimas cosas que podían ir consiguiendo para la madre, la esposa, la novia, los hijos... Nadie pensó jamás en no regresar.

Eduardito Bosch acostumbraba a cantar canciones de Silvio Rodríguez en todo momento, lo mismo cuando filmaba con su cámara, que en el camión donde una tarde escapamos de milagro, y a toda velocidad, del cañoneo sudafricano. Pero su mejor momento eran las noches en el refugio. Una de ellas, entre hamacas y confidencias, me contó que se había ido de Cuba “medio berriado con el viejo”, solo entonces –y a mí–, confesó que la culpa de aquella discusión había sido una niñería suya, y ardía en deseos de regresar al Caimán para darle un abrazote al ser que más admiraba en la vida.

Con Marquitos crucé pocas palabras, él hablaba más con la mirada y con aquella sonrisa que no perdía ni en los momentos más duros, cuando iba de trincheras en trincheras captando los sonidos irrepetibles de la guerra. Aquel mismo día del camión y los gecincazos en Cuito, le pedí desde arriba que me alcanzara el equipo de grabación, para que pudiera subirse más rápidamente. Me quedé atónito con el peso de aquel maletón que él cargaba como si nada. “Cómo pesa esto, socio”, recuerdo haberle dicho. Se limitó a regalarme su sonrisa de siempre, mientras fruncía el ceño y levantaba los hombros, como diciendo: “A mí no me parece, compadre”.

Tony y yo habíamos estudiado juntos en la misma aula los cinco años de la carrera en la URSS. Nos encontramos aquella tarde en la Misión Militar Cubana en Luanda. Hablamos de todo. Recuerdo que él andaba preocupado por arreglar sus espejuelos, que de tanto

ir y venir por el frente habían perdido una pata y se les había roto un cristal. Daba risa cuando se los ponía, para escribir en su agenda de periodista aquellas notas que dieron lugar a los mejores reportajes de su vida.



Acto de imposición de medallas en pleno corazón de Cuito. A la derecha, con la cámara, Eduardo Bosch; a la izquierda del condecorado, Marquitos, con el equipo grabador de sonido.

Dicen que esas gafas, partes de la cámara de Eduardito y del equipo de grabación de Marcos, fueron de las pocas cosas que se pudieron rescatar, después del accidente aéreo que les costó la vida en Angola, luego de unos días de mi primer regreso a Cuba.

Los tres habían reportado desde las primeras trincheras en Cuito y se convirtieron entonces en la principal inspiración cuando propuse volver a Angola para escribir este libro. No olvido las caras de mi familia cuando dije que regresaba de nuevo a la guerra.

Yo sabía perfectamente lo que significaba volver a los lugares de donde ya había salido ileso, e irme a otros donde la muerte podía estar detrás de cualquier esquina. Hoy releo estas páginas y me alegro de que la suerte me haya acompañado, a pesar de aquel refrán

supersticioso y tristemente cierto por entonces en Angola, de que “soldado brindado, soldado reventado”.

Aquella madrugada en la oscuridad de la selva, a decenas de kilómetros de nuestras primeras líneas, en un terreno infectado de minas, congelado por dentro y por fuera, y convencido de que en cualquier momento iban a llover los tiros, me pregunté una y mil veces qué rayos hacía yo allí. La respuesta está en estas mismas páginas: la vivencia personal no tiene comparación con lo narrado por otros.

En más de una ocasión debimos casi fajarnos con aquellos amigos que tenían la difícil misión de protegernos, para que nos dejaran ver con nuestros propios ojos, y los lentes de las cámaras, a los héroes en acción.

Cuando es preciso, también el reportero necesita sentir en el estómago ese estremecimiento único e indescriptible, que solo se alcanza al traspasar a conciencia la barrera que dice peligro.

Como nuestros propios combatientes, los corresponsales de guerra cubanos en Angola, en Etiopía, como antes en Girón y en otras partes de Cuba y del mundo, estuvieron allí donde más falta hacían, para recoger las imágenes, los sonidos, la memoria viva y directa, de cada uno de esos momentos históricos.

Veinte años después, en memoria de mis compañeros caídos, debo reafirmar que si algo sobró en Angola, en medio de la guerra, del heroísmo, del sacrificio y hasta de la muerte misma, fue el deseo de amar, de crear, de soñar, y —aunque muchos no lo lograron— el imprescindible deseo de vivir.

La Habana, 15 de enero de 2008



ANEXOS







DATOS DE AUTOR



CÉSAR GÓMEZ CHACÓN (La Habana, 1960). Documentalista, promotor cultural y, sobre todo, periodista, ha publicado en importantes medios nacionales y ha recibido, entre otros galardones, la Réplica del Machete de Máximo Gómez (en su primera edición 1986), que otorga el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias a destacadas personalidades de la cultura, y la medalla de Combatiente Internacionalista de Primera Clase, por su participación como corresponsal de guerra en Angola. Es miembro de la Unión de Periodistas de Cuba y de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba.